

NARRATIVA

DE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA

MEMORIAS DE UN PUEBLO EN ZONA REPUBLICANA

LUZ GONZÁLEZ

HUERGA & FIERRO editores

HUERGA Y FIERRO EDITORES, S. L. U.

C/ MARTÍN SOLER, 1

28045 MADRID (ESPAÑA)

TELÉFONO: 91 467 63 61

E. MAIL: huerga@huergayfierro.com

WEB: www.huergayfierro.com

PRIMERA EDICIÓN

2012

© LUZ GONZÁLEZ, 2012

© HUERGA Y FIERRO EDITORES, S. L. U.

DEPÓSITO LEGAL: M-13752-2012 - I. S. B. N: 978-84-8958-43-5

IMPRESO EN ROMADAC Industria del Libro

IMPRESO EN ESPAÑA

CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA
(www.conlicencia.com; 34 91 702 19 70 / 34 93 272 04 47)

ÍNDICE

DE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN: Contra todas las guerras | 9 |
| 1. AURELIO EL CIEGO | 13 |
| 2. CUANDO LLEGÓ LA ELECTRICIDAD AL PUEBLO | 18 |
| 3. EL DÍA QUE ARDÍA EL CIELO | 20 |
| 4. MORIR DE HAMBRE | 22 |
| 5. ARJONA: YO TAMBIÉN JURÉ FIDELIDAD A HITLER | 24 |
| 6. LOS UNIFORMES DE LAS MUJERES | 44 |
| 7. LOS EVACUADOS DE EL TIEMBLO | 49 |
| 8. EL HERMANO LOBO | 52 |
| 9. LA AMISTAD POR ENCIMA DE TODO | 56 |
| 10. LOS ENEMIGOS POLÍTICOS SE SALUDAN | 59 |
| 11. DEJAR EL PALUSTRE: PACO Y CIPRIANO MERA, ALBAÑILES | 65 |
| 12. LA GUERRA DEL ABUELO GUMER | 70 |
| 13. MUERTES, DESERCIONES, EXILIO, CÁRCEL Y MÁS MUERTOS | 84 |
| 14. ¡QUÉ VIENEN LOS RUSOS! | 91 |
| 15. DE PARTE DE LA RAZÓN. MÁXIMO | 93 |
| 16. ARMAS QUÍMICAS PARA HITLER | 103 |
| 17. BRUNETE Y OTRAS BATALLAS | 107 |
| 18. SALVAR A UN COMPAÑERO | 112 |
| 19. LUIS PINEDO EN SALAMANCA | 117 |

| | |
|--|-----|
| 20. MACEO Y RADIO PIRINAICA | 120 |
| 21. LOS MAQUIS | 125 |
| 22. LOS HIJOS DE LA HERMANA FILI | 136 |
| 23. LA HERMANA CRISTINA | 138 |
| 24. LAS UVAS DE LA IRA, O EL QUIJOTISMO DE MI TÍO ALFREDO | 142 |
| 25. UN ANILLO PARA LA NOVIA | 148 |
| 26. LA MUJER DEL PRESO | 151 |
| 27. LOS EVACUADOS QUE SE QUEDARON: MARGARITA LA MODISTA | 156 |
| 28. PICAR CON EL ESTÓMAGO VACÍO | 158 |
| 29. LA VIUDA | 164 |
| 30. POR QUÉ PERDIMOS LA GUERRA | 166 |
| 31. POR QUÉ SE PERDIÓ LA GUERRA. Opinión de un comunista del pueblo | 173 |
| 32. REPRESIÓN DE LA MASONERÍA | 175 |
| 33. LA MADRE DE ASTRANA | 180 |
| 34. EL PLAN MARSHALL LLEGA A VILLAESCUSA | 183 |

INTRODUCCIÓN

Contra todas las guerras

Al hilo de la recuperación de la memoria histórica intenté recopilar relatos de gentes de Villaescusa de Haro, una pequeña población manchega de la provincia de Cuenca en la que nací, que estuvo hasta el final de la guerra en zona republicana. Mi interés por el tema empezó en Salamanca, allá por el fin de los años sesenta, de la mano de un viejo socialista, Luis Pinedo. Él me llevó a ver a Maceo, un dirigente comunista, padre de la única miliciana que había habido en el pueblo. Se había quedado ciego y estaba siempre pegado a su radio esperando comunicación de «los suyos»: con él escuché por primera vez, con el misterio y la excitación de lo clandestino, Radio Pirinaica. Pero por entonces no tomaba notas y de aquella época tengo solo recuerdos. Empecé a tomarlas cuando me di cuenta del gran valor que aquellos testimonios tenían, sobre todo por la disparidad de la información que aportaban respecto a la versión oficial de los hechos que se nos daba durante el franquismo.

Tuve la suerte de tener cerca a personas que se atrevían a hablar conmigo de lo que nadie, entonces, hablaba en voz alta. Primero y sobre todo a mi tío Alfredo, que no fue a la guerra pero que vivió la asfixiante falta de libertad posterior, luego a Luis Pinedo que me contagió su añoranza por lo que pudo haber sido y no fue Villaescusa, a Maceo que me mostró la realidad de los vencidos, al hermano Minuto, el preso de Uclés al que visita su mujer; a mi tío Paco el teniente albañil; a mi tío Pepe, de la quinta del biberón; a Gumer, a la hermana Cristina, archivo viviente del pueblo que falleció a los 98 años, a Máximo que vive todavía y a Leoncio, que aún conversa conmigo sobre estas cosas.

Siento que sean tan pocos los que hayan podido ver terminado este libro del que son protagonistas.

Es un deber ético, para mí, publicarlo, agradeciéndoles de esta manera la generosidad y confianza que me mostraron al hacerme depositaria de sus recuerdos tanto tiempo guardados. Al largo silencio obligado por la dictadura, sucedió otro después: el de la incompreensión del entorno, el desinterés de sus hijos y nietos, habituados a oír las historias del abuelo sin prestarles demasiada atención, más interesados en ver las novedades de la TV que oír hablar siempre de la misma guerra. De ahí que a mí, toda oídos, me recibieran con los brazos abiertos.

No se trata de una transcripción literal de sus palabras sino de una recreación de las experiencias que me contaban. Son relatos que reflejan lo más fidedignamente posible las vicisitudes del momento histórico que les tocó vivir.

La razón de que aparezcan menos mujeres que hombres se debe a la naturaleza del tema: la guerra. Sé que hubo al menos una miliciana en el pueblo, pero no he podido entrevistarla, ni siquiera sé si vive todavía. Hubo mujeres presas, mujeres acusadas de ayudar a la rebelión, pero sobre todo mujeres que sufren las consecuencias de la violencia de manera indirecta: la mujer del preso, la madre a la que le matan los hijos en el Frente, la novia que pierde el novio con el que se iba a casar, o la que se queda para vestir santos porque él está en la cárcel o en el exilio. Naturalmente, la memoria es selectiva, se recuerdan unos hechos y detalles, mientras se omiten otros. Pero es sorprendente la exactitud de nombres de lugares y de personas, como he podido comprobar en los diferentes relatos. Lo mismo he podido constatar en cuanto a fechas y hechos. En esta tarea me han ayudado dos profesores de historia, organizadores del seminario «Biografía y literatura: márgenes de la historia». Agradezco a Antonio Plaza sus orientaciones de búsqueda en archivos y a Feliciano Páez-Camino que haya revisado estos textos. De este seminario he sacado el impulso de retomar la tarea de revisar lo que tenía escrito y presentarlo a la editorial.

También agradezco a Jesús Gómez del Castillo que puso a mi disposición las entrevistas que él hizo a los ancianos del pueblo, documento imprescindible para recuperar la historia de estos últimos años.

Con estas historias de la guerra no intento ensalzar ningún heroísmo bélico, sino todo lo contrario: mostrar los horrores de aquella lucha fratricida que, como todas las guerras, fue un paso hacia atrás en la historia de la humanidad no trayendo nada más que muerte, destrucción y sufrimientos.

AURELIO EL CIEGO

Tení una barba blanca de profeta y unos ojos siempre abiertos aunque no veían.

Iba a la tienda y pedía:

—Dame un chato. Sin corona, eh, que no me gustan las coronas.

—Un día se va llevar usted un disgusto

—¿Por qué reina?

—Porque dice usted muchas cosas y no ve quién está delante.

—Eso es verdad. No puedo ver quién hay pero lo sé.

—Ay, que chistoso, anda que decir que no le gustan las coronas.

—A los pobres, por lo menos, que nos dejen ser republicanos. Anda llénala hasta el borde, no seas monárquica tú también.

—Yo no entiendo de política. Mire, como le eche más lo va a derramar al llevarse el vaso a la boca.

—Mujer llénalo, dame ese capricho.

—Si ya se lo he llenao, ¿es que no lo ve?

—¡Ay si pudiera verlo! Qué milagro.

—Ea, pues no decía que no creía usted en los milagros.

—No creo en los curas, pero en los milagros sí, sobre todo en los de la Naturaleza.

—Qué cosas tiene. Qué cabeza.

—No me cabe el sombrero.

—Que ha dicho mi madre que me dé un cuartillo de vino.

—Espera, hermosona, que atienda a este hombre.

—Eh muchacha ¿tú sabes cuál es el animal que primero va a cuatro patas, luego a dos y ya cuando se va a morir a tres?

—Pues el hombre.

—¡Anda qué «espabilá»!

—Ya lo creo que lo es. Ande, pégúntele usted y verá.

—¿Muchacha sabes lo que es la República?

—Anda lo que fue a preguntarle. También usted...

—Ahora no les enseñan más que a cantar el Cara al Sol.

—Dile la tabla del nueve a este hombre, que vea cuanto sabes.

—¿Y Azaña? Os enseñan en la escuela quien fue Manuel Azaña?

—No diga usted disparates que se va a buscar una desgracia.

—¿Más desgracia que la presente?

—Hoy está usted muy agrio. No parece usted... No beba más vino que se le avinagra.

—Ya que lo has echao... No te voy a hacer un feo.

—Ay, que hombre... Ande, dígame que dice el periódico.

(Le recita un discurso de Azaña:

«... la expulsión de la dinastía y la restauración de las libertades públicas, ha resuelto un problema de importancia capital, ¡quien lo duda!, pero no ha hecho más que plantear otros problemas. Estos problemas, a mi corto entender, son principalmente tres: el problema de las autonomías locales, el problema social en su forma más urgente y aguda, que es la reforma de la propiedad, y este que llaman problema religioso, y que no es más que la necesidad de implantar el laicismo del Estado con sus inevitables consecuencias.

(Se calla para tantear sobre el mostrador en busca del vaso y llevarse a la boca otro trago de vino)... La República ha rasgado los telones de la antigua España monárquica, que fingía y ocultaba a la verdadera España; la que detrás de aquellos telones ha fraguado la transformación de la sociedad española, que hoy, gracias a las libertades que nos da la República, se manifiesta, para sorpresa de algunos y disgustos de no pocos».

—Pare, pare usted, hombre de Dios que se va a buscar un disgusto.

—Anda, échame otro que se me ha quedao la boca seca.

—Y negra, con tantas disparates como ha soltao.
—No seas ignorante mujer.
—Oiga sin insultar que yo a usted no le he hecho na.
—¿Te parece poco insulto llamar disparates a unas palabras tan bien dichas?
—Unas palabras que le van a buscar la ruina. Se confía usted porque es ciego y dice cosas que mucha gente no quiere oír.
—Yo no le pongo a nadie una pistola en el pecho para que lo hagan. Son las masas que me siguen porque quieren oír lo que otros no se atreven a repetir.
—Ya. Mire usted, yo no se lo voy a decir más. Haga lo que quiera, pero luego no se queje si algún día le dan un disgusto.
—Anda. Échame el chato y me voy.

Siempre era lo mismo. Necesitaba ejercitar su prodigiosa memoria recitándole al primero que veía lo que no quería olvidar. No esperaba convencer a nadie, hablaba para sí mismo pero necesitaba público alrededor.

Gracias a su memoria era capaz de ganarse la vida, de tener un oficio que muchos en el pueblo querrían tener. Cuando se quedó ciego a consecuencia de una reyerta entre jóvenes, creía que era lo peor que podía pasarle. El tiro no lo había matado pero le había dejado ciego para toda la vida. Su hermano había tenido más suerte, la explosión lo había dejado tuerto de un ojo, pero con el otro podía defenderse. Él hubiera tenido que depender de la caridad si no le hubieran ofrecido el trabajo de pregonero. Casi todos los días había algo que pregonar: la fruta que había llegado a la tienda, el pescado que había llegado a la Puerta del Cerezo, el puesto de melones, las vacunas en el Ayuntamiento y los bandos del alcalde...

Antes, cuando la República, incluso pregonaba trozos de la Constitución para informar a los vecinos de las novedades. ¡Entonces sí que lo escuchaban con atención!

Vivía en una casa de puerta de cristales. Para pasar adentro, había que subir unas escaleras empinadas sin que hubiera nin-

guna barandilla de protección. Estaba en una cuesta, al lado de las escuelas nuevas, en lo que hoy es la casa del policía. Tenía un ventanillo por el que, a veces, se veía la luz aunque lo normal era que estuviera a oscuras.

Aurelio tenía periódicos en su casa aunque no los pudiera leer. No le hacía falta porque se los sabía de memoria. Unos eran los del Casino y otros se los daba Cayetano después de habérselos leído en voz alta. Se los llevaba para guardarlos. Algunas veces los sacaba en el bar para que alguno se los leyera otra vez. En el invierno, se los ponía entre la ropa, debajo de la chaqueta, para quitarse el frío.

Mis primas, cuando venían de Madrid, siempre traían un paquete para Aurelio de parte de su padre, Cayetano, que había sido guardia de asalto durante la República. Les decía que era el hombre más listo del pueblo y el mejor amigo que había tenido.

Vivía solo y se las arreglaba muy bien. Cuando era tiempo de matanzas lo invitaban en todas las casas a comer. Tener a Aurelio de comensal era tener fiesta segura. Sabía amenizar las reuniones con su palabra y con su guitarra. Cuando le avisaban siempre la llevaba con él. Tenía mucho oído. De hecho, había aprendido a tocar sin saber música, solo de oír a otros, y sabía cuándo alguien desafinaba.

Además tenía un gran sentido del humor. Me contaron que una vez estaba el chico del maestro, que tenía estudios, comiendo gachas en la matanza del cerdo de los vecinos. Se comía de una sartén con patas puesta en medio de un corro de invitados. A cada uno se le daba un tenedor y un trozo de pan para mojar. El muchacho tenía fama de glotón, pero no comió muchas gachas, no se le daba bien llegar hasta la sartén. A la hora de las tajás, en cambio, metía la mano y sacaba de la fuente una detrás de otra sin ser observado, aparentemente, por nadie nada más que por el ciego. Éste, cada vez que cogía una, decía en voz alta: «Ya va la segunda». Y al rato: «Ya va la tercera», «Ya va la cuarta»... Y así hasta que el muchacho se cambió de sitio. Pero Aurelio seguía llevando la cuenta y cada vez que el chico metía la mano en la fuente decía en voz alta el número correspondiente.

Se habían puesto de acuerdo con otro del pueblo para gastarle aquella broma. Hacía como si no le prestara atención mientras que le daba un pisotón a Aurelio cada vez que el chico cogía una tajada.

Después de ese día todos los chicos querían saber si era ciego o no, para averiguarlo le hacían gestos de burla en su propia cara cuando andaba por la calle (por lo de darse margen para correr en caso de que quisiera cogerlos), iban detrás de él cuando pregonaba y le cambiaban de sitio la trompeta que había dejado encima del mostrador del bar mientras se bebía el chato de vino.

CUANDO LLEGÓ LA ELECTRICIDAD AL PUEBLO

La trajo un alemán que vino andando por la carretera de Fuentelespino con un perro. No sabía decir perro y decía pego, «pego, ven». Traía una mochila a la espalda que le sobresalía por encima de la cabeza. Los chicos salimos detrás de él. Y luego llegó al casino y habló a los hombres. Les contó lo que era aquel invento de la electricidad. Los convenció y se quedó para poner en marcha el invento.

Los más pudientes pusieron un dinero para comprar los materiales y Cornago, además puso el sitio. Era una casilla, la casilla de la luz de la que tú todavía tienes que acordarte. Estaba en el callejón de las Monjas, en lo que ahora son esas dos casas. Entonces era una sola, la casa de Cornago.

En una caseta estaban las máquinas y allí se hacía la luz. Había otra casilla para el reparto.

Al principio sólo la daban unas horas. Y solamente en algunas casas, la de la gente que podía pagarla. Los demás seguían alumbrándose con carburos que olían a demonios y además hacían ruido, tenían una mecha que estaba constantemente: bss, bss, bss. O las velas. Las velas no podían dejarse. Ni siquiera los que tenían luz en su casa podían desprenderse de ellas, porque en el momento menos pensado, zas, se iba la luz otra vez.

Luego el alemán se casó con una del pueblo. Está enterrado aquí, en el cementerio.

En el casino no se hablaba de otra cosa. Bueno, en todo el pueblo. Uno preguntaba: ¿qué palabra has dicho? Y otro: ¿cómo dices que se llama el invento? El maestro explicó que electricidad es una palabra griega que significaba ámbar y que ya los griegos habían visto que se podía sacar chispas del ámbar y de la seda, pero que como estas cosas eran muy caras y además había pocas

en el mundo, pues que no siguieron haciendo chispas. Porque eso era la electricidad: hacer chispas y llevarlas a las casas para poder alumbrarse con ellas.

Desde luego era un misterio eso de poder guardar las chispas a voluntad y que se pudieran llevar de un sitio a otro.

En Madrid ya lo habían hecho y en Cuenca, la capital. Era el progreso, decía Cornago. Había que traerlo a Villaescusa para combatir el oscurantismo de la derecha, por eso puso todas las facilidades a disposición del alemán. Aunque yo creo que si no hubiera sido por la mujer de la que se enamoró no hubiéramos tenido electricidad en Villaescusa. La mujer hizo que se quedara aquí a formar una familia si no, se podía haber ido con el invento a otro pueblo. En cambio se quedó aquí y aquí siguieron estando sus hijos y sus nietos.

No fue fácil, no creas, la gente tenía miedo. A muchos le había dado alguna sacudida y ya no se acercaban a la caseta. Al principio todos querían ver qué era aquello y siempre había alguien por allí figoneando lo que se hacía. Hasta que pusieron un cartel con una calavera y dos huesos cruzados con un letrero rojo en el que estaba escrito: PELIGRO DE MUERTE.

La gente no sabía por qué al alemán no le pasaba nada si aquello era tan peligroso. Para que no creyera la gente que era cosa del demonio, tuvo que enseñarles el traje y los guantes de amianto que tenía. Aun así, lo miraban un poco raro.

Era muy valiente el alemán. Y tenía paciencia con la gente. Cuando pusieron los palos de la luz, tuvieron que poner en cada palo la misma calavera de «no tocar» avisando del peligro. Cuando había alguna avería en algún cable o algún borne de cristal, allá arriba, se subía por los palos con unos ganchos en los pies y la arreglaba.

Decían que la electricidad la habían inventado en el extranjero, la producían en el río y la traían hasta el pueblo en cables hasta aquella caseta en la que había una máquina que almacenaba las chispas.

EL DÍA QUE ARDÍA EL CIELO

Fue cuando la guerra, al poco de empezar. La gente creía que ese fuego que se veía era por culpa de las explosiones y de los cañonazos. Decían que el Frente se iba acercando que ya la teníamos a la vista. La gente tenía mucho miedo. Salías a la calle y veías hacia el norte todo el cielo rojo y como un arco verde del que salían rayos luminosos y llamas. Las mujeres corrían desparvoridas por la calle y metían a los chicos en las casas sin dejarlos que salieran a jugar.

Nosotros éramos muchachos que todavía íbamos a la escuela, por eso, porque lo habíamos aprendido en la escuela, sabíamos lo que era aquello y paseábamos por la calle tan campantes. En la calle Las Peñas, una mujeres nos querían pegar: Eh, muchachos, no seáis temerarios. Meteros en vuestras casas.

Se oían llantos y gritos por todas partes.

Todos los hombres estaban en el Frente, menos los que eran viejos y los que teníamos menos de dieciséis años. ¡Mira, yo me iría al año siguiente! Debíamos ser los mayores que quedaban en el pueblo.

Fuimos a buscar a Raúl que vivía en la Placeta, como hacíamos todas las tardes, y como la casa del maestro estaba al lado, pasamos a decirle lo que pasaba para que él lo explicara y tranquilizara a la gente. Ya te digo, en la calle Las Peñas, se oían hasta gritos. Mira, a una mujer que estaba dando a luz la sacaron de su casa y la metieron en la cueva de Francis para protegerla, porque decían que venía el fin del mundo.

La mujer cuando vio aquello se quedó sin habla. Y es que no había palabras para decir lo que veíamos. Daba miedo, eso que nosotros ya lo habíamos estudiado en la escuela y sabíamos que era la aurora boreal.

Ya no he visto otra. Ningún espectáculo como aquel. Los cielos parecía que ardían. Se movían y cambiaban de color. Por la carretera, por los molinos, toda la parte norte estaba así.

El parto de la mujer aquella que sacaron de su casa fue normal. La mujer dio a luz una chica, que nació bien. Pero luego cuando fue creciendo tuvo dificultades al empezar a hablar. Nunca llegó a hablar bien. Ha hecho su vida normal, pero con ese defecto del habla. Es la que llaman la muda. Dicen que se quedó así por el susto que tenía la madre ese día cuando la trajo al mundo.

MORIR DE HAMBRE

El hambre que pasaron aquellos chicos! Y la madre, la Bernabea que venía del campo con una carga de hierba que no podía con ella. Estaba embarazada pero se cargaba como un hombre. ¡Los trabajos que pasó esa mujer!

Un día la vi caída en la calle y me dio tanta lástima que me vine a mi casa corriendo y pensaba:

—Si tuviera algo para darle y que no se muera.

Pero no tenía de nada. Me había pillado sin nada en la casa. Me subí a la cámara desesperada, buscando algo, un poco de trigo, una alcuza de aceite, algo, lo que fuera para que aquella mujer no se muriera con tantos chicos pequeños que dejaba. ¡Y como son las cosas! Luego dicen que no hay Dios. Buscaba algo por la cámara y justo detrás, en un palo, me encontré dos huevos que habían ido a poner allí las gallinas. ¡Mira que ir a poner un huevo encima del palo!

No sé cómo ocurriría, pero cogí los huevos y se los llevé a la Bernabea. Se los batí en leche, se los di y revivió.

Pero luego se murió de tisis.

Toda la familia se murió de tisis.

Vivían en una cueva y no tenían ni ropa para abrigarse. Se ponían lo que les daban. Pasaron mucha hambre.

¿Medicinas dices? ¡Cómo iban a poder comprar medicinas si no tenían ni para comer!

Él era muy pobre, trabajaba a jornal cuando lo llamaban, pero entonces no había trabajo en ningún sitio. Cada uno se hacía sus cosas, nadie tenía para dar un jornal. Y luego, es que se casó con otra más pobre, que tampoco tenía tierras ni casa. Y empezaron a tener hijos, uno después de otro. Llegaban a ser mocetes, pero entonces se morían. Se murieron más de cinco, y la madre y el padre. Se murieron todos en aquella familia.

Otro día, los vi tan traspellaos a los muchachos que les llevé un saquete con dos kilos de trigo. Les dije:

—Mirad, se sacude así el saquete, se golpea el trigo para que se reblandezca y luego que tu madre os lo cueza como si fuera arroz.

Yo, arroz no tenía para darles, pero trigo, gracias a Dios, sí podía darles un poco.

Pues luego me enteré —¡qué tal no sería su hambre !— que no esperaron a cocerlo. Se lo comieron a puñaos, Las criaturas no pudieron esperar del hambre que tenían.

Vivían en la cueva al final del paseo que acaba en la Placeta. Le decían los Pollos, los del Pollete, habrás oído hablar de ellos. ¡Pero si creo que eran algo familia tuya! El marido era hermano de la Convertida, prima de tu abuelo Juan Ángel. En una familia, ya se sabe, unos van a más y otros a menos. De los Pollos no quedó ninguno.

Esto fue antes de la guerra. Entonces se pasaba mucha necesidad y aunque quisieras no podías socorrer a la gente. No tenías ni para ti.

ARJONA: *YO TAMBIÉN JURÉ*
FIDELIDAD A HITLER

Hay una foto de él en uno de los libros de «Imágenes de Villaescusa» publicados por el Ayuntamiento. Está en el patio de su casa, sentado junto a su padre, su madre, su tía Teresa y alguno más de la familia. Es el que aparece en primer lugar, vestido con el hábito de monje y mirando con confianza a la cámara.

No sólo su familia está orgullosa de él, todo el pueblo presume de sus méritos:

—Eduardo es el más listo de la escuela.

—Ese chico promete.

—Puede llegar a ser alguien.

Los maestros de las escuelas por las que pasa coinciden en las valoraciones. Es una pena que el chico se quede en el pueblo con lo fácil que aprende.

Con mucho esfuerzo, los padres lo llevan a Belmonte para ver si los curas lo admiten. Es la única solución para que puedan enseñarle algo más que las primeras letras. No tienen otros medios para darle estudios. Si los curas lo aceptaran, podría labrarse un porvenir con ellos. Y sería una boca menos que alimentar.

La madre reza para que esto ocurra. La vocación del hijo ni se plantea, eso vendrá después. Es tan pequeño que no puede saber lo que quiere. Además ¿cuándo se ha visto que los hijos decidan? Son los padres los que mejor saben lo que les conviene a sus hijos. Y es tan bueno. Es un trozo de pan este chico. Seguro que sería un buen sacerdote porque además de que se le dan bien los estudios es que le sale del corazón ayudar a los demás. Y hablar, hay que ver como habla. Consigue lo que se propone con solo abrir la boca. Y es que tiene palabras para todo.

Llega el verano y el maestro aconseja a la familia que le permitan bajar todos los días a que le den clase los frailes de Bel-

monte. Los padres acceden, como no tienen tierras no tiene obligación de ir a trabajar al campo. Comerá allí en el convento. Al caer la tarde vuelve, otra vez andando los seis kilómetros, a dormir a su casa. Hasta que llega finales de noviembre y vienen las lluvias y los fríos. Entonces, deciden dejarlo interno. Después, por Navidad, vendrán los curas de Uclés a reclutar chicos que tengan vocación para ingresar en el Seminario.

Está decidido. Será cura. Así no tendrá que hacerse esas caminatas cada día. Le darán comida y enseñanza gratis ¿qué más se puede pedir?

Al año siguiente ya está en Uclés.

El monasterio es como el de El Escorial pero en pequeño. Hay una biblioteca, con libros para dar y tomar. Nunca había visto tantos ejemplares juntos. Libros de leyes, de teología, de filosofía, pero también de arte y de literatura. En fin, un paraíso. Aunque en invierno las habitaciones no estuvieran caldeadas, ni la comida fuera como los guisos de su madre. Ni estuvieran sus hermanas para gastarles bromas.

Los chicos que había allí procedían, la mayoría, de pueblos de la provincia de Cuenca. Se podía hablar con ellos, jugar a la peonza, a las tabas, al fútbol... Se estaba bien allí. Lo malo, decían algunos, era que no había chicas. Y que los curas pegaban. A él no. A él no le pegaban porque se aprendía muy bien la lección, hacía los trabajos que le encomendaban y no daba motivos para que pudieran dar a sus padres ni una queja de su comportamiento.

Las chicas tampoco le hacían falta. A lo mejor cuando fuera mayor sí, pero ahora ni pensaba en ellas. Mejor que no las hubiera para que no lo distrajeran. ¡Había tantas cosas que estudiar y tantos libros para poder leer en el tiempo libre! Cuando iba a su casa en las vacaciones se llevaba algunos pero volvían como se los había llevado, sin abrirlos siquiera. Es que sus hermanas no le dejaban tranquilo ni un momento. Si se encerraba en una habitación lo llamaba Obdulia para que le diera los pantalones para cosérselos, o ropa para lavársela... Pilar venía a contarle un chiste que le habían contado, Anita venía a jugar con él, Piedad a pedirle

consejo porque quería ser monja... Eduardo esto, Eduardo lo otro. No era posible ni un minuto de silencio en aquella casa. No, él no echaba en falta a las chicas en el seminario. Tenía bastante con ellas en vacaciones.

Tenía su vida hecha, o al menos eso creía, cuando estalló la guerra y le dio un vuelco a todo. Cerraron el Seminario y se tuvo que volver al pueblo. Todas las dudas que había tenido sobre su vocación, y que creía haber conseguido acallar tras la firme decisión de entregar su vida por los demás consagrándose al sacerdocio, volvieron en tropel.

Ahora era peor. Porque ya era cura y, sin embargo, no podía llevar puesta la sotana.

Se oía cantar por las calles:

*Si los curas y frailes supieran
la paliza que le vamos a dar,
correrían al coro cantando:
libertad, libertad, libertad.*

En Barcelona y en Madrid habían entrado en los conventos y habían desenterrado cadáveres que ahora les servían para levantar calumnias a todas las órdenes religiosas: que si retenían a niñas contra su voluntad, que si había monjas muertas embarazadas... En fin, horrores contra el clero.

No entendía la furia anticlerical que se había desatado de la noche a la mañana. Desde luego, la iglesia había cometido muchas equivocaciones. No estaba libre de pecado. Pero era injusto que se juzgara con el mismo rasero a todos, que no apreciaran el espíritu de sacrificio de la mayoría, ni su entrega a los demás...

Se volvió a su pueblo ¿adónde, si no, iba a ir?

Allí estaba su familia. Estaban su madre, sus hermanas, sus tías, sus tíos, sus primos, sus vecinos. Se acababa un ciclo. Él, que

quería estudiar para conocer mundo, volvía al pueblo sin apenas haber salido de la provincia. El hombre propone y Dios dispone.

No lamentaba dejar el Seminario. Una vez ordenado, tenía que dejarlo de todas maneras. Lo que sentía era la incertidumbre de lo que iba a ocurrir, lo mismo que les pasaba a sus compañeros. ¿Qué iban a hacer ahora? ¿Qué sería de ellos?

Se decía que en algunos sitios a los que se negaban a dejar de llevar los hábitos los mataban. También podían ser ganas de asustar al personal.

El hábito no hace al monje, eso estaba claro, así que si sólo se trataba de eso, de no ponerse los hábitos, pues bueno, no se los pondría. Por lo demás, no tenía miedo.

Había escuchado el discurso de Azaña, el ministro de la Guerra, que decía que España ya no era católica. ¡Qué equivocado estaba! España seguía siendo católica y si no, que viniera a su pueblo a comprobarlo. Las creencias no se quitan de la noche a la mañana de un plumazo, ni tampoco por ley. Lo tranquilizaba el hecho de que este ministro hubiera pedido respeto para las creencias individuales: la cuestión religiosa era una cuestión individual de las conciencias, había dicho, y que merecía todo el respeto.

Aun así, podía haber algún fanático —en todos los bandos los hay— que quisiera imponer su descreimiento a los demás. Tenían razón los republicanos: la educación era crucial. Había que educar al pueblo para que aprendiera a respetar opiniones distintas a las suyas.

Sin educación no habría libertad.

Esa había sido su vocación secreta: educar al pueblo, pero desde el púlpito, como otros lo hacen desde las aulas. Educarles en los valores que le habían enseñado a él y que hacían que la vida no fuera solamente un paso de la cuna a la sepultura, sin más alicientes que el de comer, juntarse con una mujer, tener hijos... No, la vida era algo más interesante. Había un antes que se podía estudiar en los libros de historia y un después que se podía predecir y modelar a voluntad por medio de la ciencia, de la filosofía y de la religión. Sobre todo con la religión.

Él había querido salirse del círculo de la vida rutinaria del pueblo. Sus padres y sus maestros habían alentado su ambición y había triunfado: había hecho una carrera, era cura.

La guerra venía a echar por tierra su triunfo. Su carrera, conseguida con tanto esfuerzo, no tenía ningún valor. Pero lo que había estudiado ahí estaba. No se arrepentía de nada.

Era un hijo del pueblo y al pueblo volvía. A lo mejor podía ser útil de alguna manera. No se le caerían los anillos por tener que trabajar en el campo si hacía falta. Y si no, ayudando en la casa, o en la de su hermana Obdulia, con los animales.

Siempre habría algo por hacer, algún medio de ganarse el pan que llevarse a la boca porque eso, el pan, sabía que no le iba a faltar entre su familia. ¡Menudas eran sus hermanas!, antes le faltaba a ellas algo que le faltase a él.

Hizo el camino andando. Salió de madrugada del monasterio para estar antes del amanecer en Tarancón. Dejó los hábitos allí, colgados en el respaldo de la silla. Sólo se llevó la poca ropa que tenía de paisano, en un hatillo que se colgó al hombro.

El padre superior se despidió de ellos como si no se fueran a ver más, dándoles su bendición como hacía con los que salían para irse a las misiones.

Había compañeros de Saelices, de Belmonte, de Montalbo...

Algunos no quisieron volver a sus pueblos, por lo que, al llegar a Tarancón, cogieron el tren para Madrid. En una gran ciudad era más fácil camuflar su condición de sacerdotes. Eduardo prefirió volver con los suyos. Dejaba su vida en manos de Dios, podía hacer de ella lo que quisiera. No tenía miedo de los hombres, menos aún de sus paisanos.

Llegó al atardecer, cuando aún no se había puesto el sol.

La República había estallado el 14 de abril, en plena primavera. Los días cortos y fríos del invierno habían quedado atrás, dando paso a otros con muchas más horas de luz. Aún así, había tenido que caminar deprisa, sin detenerse siquiera en las ruinas

romanas de Segóbriga, como hacía siempre que pasaba por allí, para que no lo pillara la noche en descampado.

Nada más llegar al pueblo, los hombres que jugaban a las bolas en la puerta del Cerezo, interrumpieron la partida para saludarlo.

—Hombre, Arjona, ¡cuánto tiempo!

—Que alegría verte, paisano.

—Así vestido pareces más hombre.

—Un hombre hecho y derecho, sí señor.

—Todo un señor con estudios.

—¿Qué, a ver a la familia?

—A quedarme por una temporada.

—Es lo mejor que puedes hacer, hijo, esperar con los tuyos a que las cosas se normalicen.

—Están los tiempos revueltos, has hecho bien en venirte.

—Aquí nadie te tiene mala sangre. Por ahí dicen que se meten con los curas. Has hecho bien en colgar los hábitos.

—Ahora, sin tener que decir misa, no sé de que vais a vivir los curas...

—Pues trabajando como cualquier hombre, no seas borrico. ¿No ves que tiene dos manos igual que tú?

—Y que le cuelga lo mismo que a ti entre las piernas

—Pues mira, eso que le cuelga a lo mejor sale ganando con haberse salido de cura.

—Bueno, paisanos, me voy a ver a la familia que estoy que no me tengo en pie...

—¿Y vienes andando todo el camino?

—Andando todo el día, desde esta mañana que me levanté. Y sin descansar para que no se me hiciera de noche.

—Eso es tener un par de cojones...

—O no tener más remedio... Bueno, con Dios.

A los pocos días de estar en la casa vinieron los milicianos a buscarlo. Su hermana lloraba cuando se lo dijeron. Estaba en la casa del tío hortelano comprando y una vecina le avisó:

—Los milicianos van para tu casa. Me han preguntado que dónde vivís. Buscan a tu hermano.

Dejó la cesta de las patatas y salió corriendo.

Cuando sonó el llamador en la puerta, su madre tardó un rato en abrirla. Quería darle tiempo a que se escondiera. Su otra hermana le propuso escaparse por el corral. Podía saltar la tapia y salir por la casa de la vecina. Todo menos dejarse arrestar.

—Pero yo no tengo por qué esconderme. No he hecho nada malo.

—Si no es lo que hayas hecho, es lo que eres. Eres un fraile.

—No está prohibido serlo, que yo sepa. Yo no he contravenido ninguna orden. No quiero vivir escondido. Vamos, abre.

—Mira tu primo Pepe, anda escondido por ahí.

—Pero Pepe era un jefe de Falange. Yo no tengo nada que ver con la política. No estoy ni con unos ni con otros.

—Hijo mío, qué ingenuo eres.

—Venga, abre. No tengáis miedo, no tengo nada que ocultar. No va a pasar nada.

—Dios no lo quiera

El que guiaba a los milicianos era Colorín

—Na, que como tú tienes estudios, hemos pensado que podías encargarte de llevar las cuentas de la almazara.

—Hemos hecho una cooperativa para el aceite. Hace falta alguien para llevar las cuentas. Controlar los kilos de aceituna que entran, los litros de aceite que se sacan, los que se debe dar a cada uno y los que se pueden vender.

—Y como nos han dicho que venías para quedarte, hemos pensado que a lo mejor querías trabajar para la colectividad. El sueldo no es muy grande pero algo es, y entras en el reparto del aceite para el consumo.

—A lo mejor para ti es poco. Con tus estudios podías hacer un trabajo mejor, pero también es verdad que en el pueblo no hay mucho donde escoger, por eso les he dicho a estos que a lo mejor aceptabas. Como se te ve voluntad y ganas de ayudar...

—Bueno ¿qué dices?

—Pues que quieres que os diga, que acepto. Que me siento muy honrado de poder hacer ese trabajo.

Cuando llegó la hermana y los vio a todos juntos debajo del árbol, hablando tan amigos, como si no pasara nada, no sabía qué pensar.

Su madre la mandó a la fuente a por un botijo de agua fresca por si querían beber los hombres. Y ella, con todo el calor, salió sin protestar, en contra de lo que era su costumbre, con un botijo en cada mano.

Cuando volvió, los hombres estaban sentados en el patio. Dejó los botijos a mano por si gustaban y se pasó adentro con sus hermanas a rezarle a la Virgen por el milagro que había hecho.

Pasan los días. La guerra continúa pero los Frentes siguen estando lejos del pueblo. Se nota su presencia por las ausencias de los hombres que, en vez de estar trabajando los campos, están fuera, luchando; por el miedo de las familias a que crezca el chico y se tenga que ir también si esto no se para; por el hambre y la escasez de todo.

En las capitales dicen que es peor. Los milicianos que vienen, cuentan las necesidades que están pasando. En algunos sitios hacen tortilla de patata sin huevos y sin patatas: fríen las pieles de las naranjas, las mondaduras de patata, todo lo que encuentran, y se las comen.

Se siente culpable de estar allí, a resguardo, mientras otros están arriesgando sus vidas. Tiene problemas de conciencia y sobre todo tiene dudas, muchas dudas. ¿Y si a alguien se le ocurriera en el pueblo pedirle que bautizara a escondidas? ¿Sería capaz de negarse? ¿O aceptaría, como dicen que han hecho algunos curas de otros pueblos? No los critica, pero tampoco está seguro de que fuera su deber aceptar. Además del riesgo al que se expone, está el peligro en que pondría a otros. Y no solo eso,

si empieza con los bautizos le van a pedir entierros y sabe, por la radio, lo que está pasando en otros sitios. Los entierros católicos se han prohibido, dicen que para evitar provocaciones y alteraciones del orden público. Él no puede ir en contra de la ley ni traicionar a los hombres que han confiado en él para el puesto que tiene. Está trabajando para ellos y les debe lealtad. No, no debe prestarse a provocaciones que traerían violencia.

Sus compañeros saben sus dudas, saben que necesita ir a «confesarse» con los curas de Belmonte y le dejan ir. Hasta le toman el pelo.

—¿Qué, Eduardo, a confesarte otra vez?

—Lo que tenías que hacer era buscarte una novia. Ya verías cómo se te iban todos los problemas.

—Es normal que quiera hablar con gente culta, no con vosotros que ninguno sabéis hacer una o con un canuto.

—Bueno, bueno... por mí que vaya.

—No, si al muchacho no se le puede pedir más. Las cuentas las tiene al día. Cumplidor es como el que más.

En Belmonte, los frailes visten la misma ropa que los milicianos. Saludan con el puño en alto y dicen «Salud» en vez de «Con Dios» como dice la demás gente, seguramente que por costumbre, aunque sean ateos la mayoría.

Desde que mataron a cuatro trinitarios en la Cañada de las Huertas, el resto de la orden vive en casa de Maceo, el comisario político de la zona, que es de Villaescusa. Los mataron porque alguien los denunció y después cuando se escondieron, ese alguien condujo a los milicianos de fuera hasta el lugar dónde estaban escondidos. Maceo, que tenía un gran corazón y más visión política que todos esos exaltados anticlericales, se llevó a los otros monjes a vivir a su casa para protegerlos.

A uno de ellos, el más perseguido, lo ha hecho pasar por el novio oficial de su hija para justificar su presencia en la casa. A los otros les ha asignado distintos trabajos, entre los que está el de hacer los recados. Así, al padre Julio se le ve ir con un cesto, de tienda en tienda, por Belmonte. Nadie, que no sea del pueblo,

podría decir que es un cura, hasta lleva puesto la gorra de los milicianos.

Cuando baja Eduardo a ver a su amigo, tienen la costumbre de pasear hasta la ermita de Gracia y allí sentarse en un banco del parque que hay enfrente, hasta que Maceo, o algún camión que vaya a subir a Villaescusa, lo recoja para llevarlo de vuelta.

Son sólo cinco kilómetros que ha hecho muchas veces a pie, pero si encuentra vehículo que lo suba, lo prefiere a tener que regresar andando, así tienen más tiempo para hablar.

Le cuenta sus dudas. El amigo lo escucha y le aconseja.

—Son pruebas que pone Dios. Mira, no sé a ti, pero a mí no me dijeron nunca que el camino fuera fácil.

—«Mi yugo es suave y mi carga llevadera», que dice el Salmo... Yo sí creí que mi vida de religioso iba a ser fácil. En el monasterio tenía todo cuanto podía desear: libros, compañeros, liturgias... eso era lo que me hacía falta para ser feliz.

—Sí, demasiado fácil. La vida de aquél al que deberíamos imitar no lo fue tanto. Por el contrario, sufrió el desprecio y la incompreensión de los suyos. Jesucristo fue un preso político al que torturaron y escarnecieron y que murió ajusticiado. Los jueces de su tiempo lo condenaron a muerte en la cruz como a un vulgar ladrón.

—¿Y nosotros qué somos? Tú con esa gorra... ¡Si te viera la jerarquía del otro lado!

—Les parecería un delincuente. Lo mismo que tú.

—Un anarquista incendiario.

—No juzgues así, también en la alta curia hay quien sabe mirar más allá de las vestimentas. Y mirar el interior de los corazones. El hábito no hace al monje, si nos hubiera pillado en el otro lado, llevaríamos sotana. Es cuestión de sitio...

—¿Cuál es nuestro sitio? Desde que empezó todo esto no dejo de preguntármelo.

—Si Dios nos ha puesto aquí, es porque es aquí dónde tenemos que estar. No lo dudes.

—¿Tan seguro estás?

—Nuestro sitio es estar al lado de los pobres. Eso el Evangelio lo deja bien claro: Bienaventurados los pobres porque de ellos

es el Reino de Dios, bienaventurados los que sufren hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos...

—¿Los pobres que ya no bautizan a sus hijos, los pobres que nos impiden enterrar cristianamente a los muertos?

—¿Es eso lo que echas de menos? ¿Los bautizos y los entierros?

— Es que no sé a dónde va a ir a parar esto. ¿Qué voy a hacer en la vida si ya no hacemos falta los curas? ¿Qué sentido tiene guardar el celibato?

—Acabáramos, es eso.

—No, no es eso y sí es eso, también.

—¿Te has enamorado?

—No. No me he enamorado ¿Y tú?

—Me lo preguntas por lo de mi novia.

—Hombre, todo le mundo lo sabe.

—Sí, esa era la idea, que todo el mundo lo supiera. Vinieron a por mí y a Maceo lo primero que se le ocurrió fue presentarme como su yerno.

—Pero la cosa sigue

—Claro y seguirá hasta que acabe la guerra.

—¿Cómo es la chica?

—Debería responderte que no importa cómo sea. Cuando su padre me presentó como su novio yo aún no la conocía. Así que realmente no importaba mucho cómo fuera.

—¿Y entonces? ¿Ha pasado algo después?

—No lo que te imaginas. Por si te sirve de algo, te diré que mantengo mi celibato.

—Entonces no importa qué chica sea.

—Sí que importa. Creo que ni la menor brizna de paja cae al suelo sin la intervención de Dios. Él está en todo, no lo olvides. Eso es lo importante. Estaba de Dios que fuera ella y no otra.

—¿Te has enamorado?

—No, no. Aunque el que lo estuviera no cambiaría las cosas.

—Bien, dime cómo es.

—Es valiente, joven, buena persona. Nada fea, una chica normal. Su padre pensó que debía saber lo que había pasado por si le preguntaban sobre nuestro noviazgo. Si ella no estaba con-

forme, siempre se podía cambiar la versión y decir que habíamos reñido, que la relación se había roto. Una de las veces que vino al pueblo, el padre la llamó y me llamó a mí. «Mirad —nos dijo— lo de si seguimos diciendo que sois novios o que ya no lo sois depende de vosotros».

—Maceo es muy listo. A lo mejor quería asegurarse un yerno y tú le gustas como pariente.

—No. Es más noble que todo eso. Lo hizo para salvarme la vida, no te quepa la menor duda. Fue una decisión que surgió así, de forma espontánea sin tener en cuenta las consecuencias que podría tener. Dijo lo primero que se le ocurrió para que los milicianos no me llevaran preso. Sepa Dios lo que me hubieran hecho. Después se dio cuenta de que no estaba del todo bien lo que había hecho, que debía haberlo consultado con su hija, porque mientras que la República reconocía la libertad de las mujeres y sus derechos, él se había comportado como un padre a la vieja usanza sin pedirle opinión siquiera. Yo creo que también temía la reacción de la chica. Tarde o temprano tenía que enterarse, se lo dirían los milicianos de su brigada.

—Ah, pero entonces ¿es con la miliciana con la que te va a casar?

—Para un momento, no te adelantes... Sí, es la miliciana, pero no nos vamos a casar, que yo sepa.

—¿Te ha rechazado ella?

—Tampoco es eso. Vino y se fue. Ahora está en el Frente. No es que diera saltos de alegría al enterarse de lo que había hecho su padre sin su permiso, pero no le pareció mal del todo la idea.

—Vamos, que te acepta de novio. Vaya, vaya...

—No hagas bromas, que la cosa es seria. Pero sí, dijo que bueno, que seguíamos de novios.

—Hombre, enhorabuena.

—Tenemos la obligación de salvar vidas, también la nuestra. No hay nada grandioso en perder la vida inútilmente, sería pecado dejarse matar cuando puede evitarse. La vida es sagrada, nos la dio el Señor para que hagamos el bien y ayudar a otros a que lo hagan. Estoy vivo gracias a una acción buena, la de Maceo. Si me hubiera dejado matar, mi muerte hubiera sido un crimen más

en el mundo. Así hay más bondad, Maceo es un buen hombre y su hija también es una buena mujer. Les agradeceré siempre la caridad que han hecho conmigo. Eso no quiere decir que vaya a formar parte de su familia, sigo siendo un religioso.

—Las cosas cambian. Todo cambia. ¿Quién dice que no se pueda seguir siendo cura y tener una novia? A lo mejor ni siquiera podemos volver a nuestra vida anterior, a lo mejor ya no hacen falta los curas.

—Yo no pienso dejar de serlo y se lo he dicho a ella. Como lo oyes, me he atrevido a decírselo a ella a sabiendas de que me puede denunciar. No me arrepiento. Ahora sé que no lo va a hacer. Venía dispuesta a echarle la bronca a su padre por utilizarla sin consultarle, pero dice que conocerme, le ha hecho cambiar de opinión.

—O sea, que se te ha declarado ella.

—No exactamente, no saques conclusiones apresuradas.

—¿No decías que no te habías enamorado? Pues lo parece.

—Las apariencias engañan, tú deberías saberlo.

—Yo. ¿Por qué?

—La distancia entre Villaescusa y Belmonte no es mucha, las habladurías han llegado hasta aquí.

—¿Qué habladurías?

—Ten cuidado, por mucho que cambien los tiempos, hay cosas que no cambiarán. Desde que el mundo es mundo ahí están sus tentaciones: el mundo, el demonio y la carne.

—Ya, imagino lo que habrá llegado a tus oídos. Bueno, de eso vendré a confesarme otro día. Hoy hablemos de ti y de la chica.

—No creo que haya mucho que hablar. Sé muy poco de ella, solo sé que no es creyente.

—¿Habéis hablado?

—Como lo estoy haciendo ahora contigo. De hecho hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan profunda y sincera con nadie. Y menos con una mujer. Es joven pero la vida le ha enseñado mucho. Salir del pueblo y tratar con gente diferente le ha dado cierta cultura. Ya quisieran muchos hombres poder expresarse como se expresa ella.

—Así, a primera vista, parece una chica normal.

—¿Sabes? creo que los curas no conocemos a las mujeres, no todas son como las que vienen al confesionario. Deberíamos conocerlas mejor.

—Y poder casarnos.

—No iba por ahí la cosa. Eso no creo que sea muy necesario.

—Vaya, y lo dices tú en la situación en la que estás.

—Que me haga pasar por novio suyo no quiere decir que me vaya a casar con ella. Es más, me ha dicho que no quiere casarse con nadie, por ahora. Ni yo tampoco. Hemos llegado a un acuerdo. Vamos a decir que seguimos de novios, ella con su independencia, a salvo de las críticas y de otros hombres que se le acercan, y yo, a salvo de que vengan a por mí para darme el paseo. Si la guerra acaba y se asienta la República, ya veremos lo que pasa. Y si ganan los del otro lado y vuelven a abrirse los conventos, yo, seguramente, volveré al mío.

—Yo no estoy tan seguro. No sé lo que haría. Desde luego, si estuviera en tu caso, actuaría de otra manera.

—Somos distintos. Tú, a lo mejor, hasta te casabas por lo civil.

—¿Por qué no? A mí lo que me pasa es que no quiero a ninguna. Me gustan todas, pero no para casarme. No quiero encerrarme en el pueblo y traer hijos al mundo a pasar hambre. Quiero irme, viajar, conocer otras formas de vida, correr riesgos, trabajar por los demás e intentar cambiar el mundo sin tener que dar cuentas a nadie y sin poner en peligro la seguridad de la familia, ser libre sin que esa libertad suponga faltar a la lealtad de quien vive contigo o de quien te ama.

—Has cambiado de humor. Te has puesto muy serio. Mira, la alegría es algo que no debemos perder.

—¡Cuánto bien me hace hablar contigo! Sabes comprender a todo el mundo. Hasta a los ateos. Seguro que hasta la miliciana se ha confesado contigo.

—Así me gusta, que no pierdas las ganas de reírte, aunque sea a mi costa... Pero te diré que muchos ateos están más cerca de Dios que los que usan su nombre en vano. «Por sus obras le conoceréis», como recuerda la inscripción en el altar de la ermita de tu pueblo.

—Antes, en el monasterio, era todo más simple. Es ahora, fuera, cuando ya no tengo claro lo que soy ni lo que quiero ser. Por una parte, es muy cómodo estar con la familia, con la gente que me conoce desde que nació pero también me siento atado.

—Vete de Villaescusa. Es lo mejor. Vete a Valencia. Pide otro trabajo que puedas hacer, vete de camillero de ambulancia o de enfermero a un hospital de sangre. Eres la única persona que conozco a quien la vida que llevamos en estos tiempos le parece cómoda. Vete... te están llamando en otro sitio.

En Valencia se acordaba de las palabras de su amigo trinitario ¿permanecería célibe aún? Le habían llegado noticias de la miliciana. Después de la derrota había tenido que huir y se había casado en el extranjero. Lo más seguro es que ni se acordara del fraile que había tenido por «novio».

Añoraba aquellas conversaciones que tenían sobre lo divino y lo humano mientras paseaban dentro del pueblo, caminando desde la ermita de Gracia al Castillo, o bien dando la vuelta por la carretera que comunicaba Villaescusa con Belmonte.

¡Qué tiempos aquellos!

Al final, le había hecho caso a su amigo. Se había ido del pueblo y el desasosiego, poco a poco, se le fue yendo. Se había ido tranquilizando con los años. A lo mejor, como decía el compañero médico, se trataba solamente de apaciguar los nervios cumpliendo con la naturaleza...

Ahora, ya los tenía apaciguados.

La mejor manera de olvidarse de una tentación era caer en ella, y él se había dejado caer. Había sucumbido y estaba en pecado, como hubiera dicho cualquier confesor, pese a las advertencias de su amigo contra las tentaciones del mundo, el demonio y la carne.

Estaba más tranquilo pero no era feliz. Por el contrario, se veía a sí mismo entrando en un túnel sin salida. Había contraído una deuda de gratitud con aquella mujer que lo acogió tan generosamente en su casa, que lo cuidaba mejor que una madre,

casi como una amante esposa, y a la que él, sin duda, también amaba a su manera. Pero ese no era el amor que él iba buscando. Ese era un amor cómodo, como una habitación templada y gris en la que uno busca refugio contra la tormenta.

Hubo algún momento más glorioso, pero ahora su relación se había convertido en eso: un refugio del que apetece salir, una vez ha dejado de llover. Pasada la fogosidad de los primeros tiempos, había llegado la tranquila medianía. Los años lo estaban convirtiendo en lo que él no quería: lo más parecido a un padre de familia... pero sin renunciar a la tonsura.

En Valencia, acabada la guerra, no encontró protección más segura que vestir de nuevo los hábitos que había colgados antes de salir del seminario de Uclés, al estallar la contienda. Con la misma facilidad con que había abandonado la sotana para vestir las ropas de paisano, había vuelto a ponérsela cuando lo consideró conveniente. En contra del dicho de que el hábito hace al monje, él pensaba que las personas eran mucho más importantes que lo que llevaran puesto, que el hábito no era sino una envoltura más. Es verdad que decía mucho del que lo vestía, pero él no se identificaba con ello, se lo ponía porque le facilitaba la vida en muchos aspectos. No por sacar ventajas personales, que también pudiera ser, sino, sobre todo, porque le facilitaba su labor de ayudar a los más necesitados. Y porque después de la confusión que había vivido, necesitaba la seguridad que le daba la Orden, su protección. Pensaba que eso era lo que Dios le pedía en ese momento, mientras sus padres vivieran estarían orgullosos de verlo haciendo el bien vestido de fraile. En aquellos tiempos difíciles en los que la persecución y las venganzas estaban a la hora del día, el hábito, además de ser una protección, le permitía salvar muchas vidas. Sus viejos camaradas de los sindicatos eran ahora los perseguidos. Tenía que ayudar a los que antes le habían ayudado a él. Si no hubiera sido por ellos, que lo pusieron a llevar las cuentas de la cooperativa, se lo hubieran llevado al Frente o se hubiera tenido que esconder como hicieron otros,

arriesgándose a ser descubiertos cada vez que había una requisita. Los sindicalistas del pueblo, miembros de la CNT y de la UGT, que avisaban a los que estaban escondidos en sus casas de cuando iban a venir los milicianos de Cuenca para que cambiaran de escondite, los que habían evitado que en el pueblo mataran a la gente como habían hecho en otros de la provincia, estaban injustamente en la cárcel, sin juicio alguno, por el mero hecho de ser «sospechosos». Algunos salían después de muchas penalidades pero otros morían de hambre y de enfermedades, cuando no asesinados por un pelotón de fusilamiento.

Él podría ayudar más con el hábito. Los curas eran los únicos a los que dejaban pasar a las cárceles a visitar a los enfermos, los únicos que podían establecer relación con las familias de los presos, los únicos que podían llevarles comida y avisar de sus muertes.

Los primeros años de postguerra en Valencia fueron tremendos. Más crueles aún que los de la guerra. La violencia había pasado de los Frentes a la vida civil y la gente de paz, como él, tenía mucho trabajo por hacer.

En el pueblo habían desaparecido las cooperativas, las tierras se habían devuelto a sus antiguos dueños y las cosechas, el poco trigo, la cebada, hasta el aceite y los garbanzos, almacenadas en las casas de la colectividad, también se devolvieron. No había trabajo y la gente pasaba hambre.

Arjona se quedó en Valencia y desde allí venía de vez en cuando a ver a los suyos. Se cuenta que un año vino para la fiesta del Cristo y celebró él la misa mayor. Algunos todavía se acuerdan del sermón que pronunció, muchos tiempo después se repetía una frase suya, la de: «Hermanos míos, haced lo que yo digo pero no lo que yo hago».

Su hermana Obdulia recordaba aquellas palabras y las asociaba a la vida licenciosa que estaba llevando en Valencia, viviendo con una mujer con la que, según habladurías, tenía hijos que le llamaban tío.

Esas habladurías debieron ir creciendo. Hasta tal punto que se vio obligado a acabar con ellas. Y no se le ocurrió otra cosa mejor de hacerlo que presentarse voluntario para ir de capellán castrense

a la División Azul, esa expedición militar con la que Franco recompensaba a Hitler por haberle ayudado a ganar la guerra.

Otro inesperado capítulo en su vida.

Desde que se fue vestido de paisano a Valencia no había vuelto por el pueblo hasta el mismo día del Cristo en que dijo aquel célebre sermón en la misa mayor. Pero llegaban noticias sobre él, rumores de que vivía en la pensión de una mujer. Eso era lo que decían sus parientes, que otros, con más malicia, decían que vivía amancebado en una pensión, que lo habían visto por la calle acompañado siempre por la misma mujer, y cosas peores.

Lo cierto es que mientras duró la República anduvo por Valencia y que se desenvolvía bastante bien entre los republicanos. Tenía amigos y se ganaba la vida con su trabajo. Durante todo ese tiempo no había vuelto a ver a su familia pero les escribió algunas cartas. Una de ellas la conservó su hermana Obdulia durante mucho tiempo, escondida en el cajón de la mesilla de noche y no entre las fotos de la caja de hojalata donde tenía las otras cartas. Junto a ella, metida en el sobre, estaba su foto, la única que tenía de él, sentado en una silla, vestido con un hábito oscuro al lado de una imagen de la virgen.

Una vez que una nieta encontró la carta y preguntó qué era aquello, la abuela se la metió entre el pecho, debajo de su camisa, y se le saltaron las lágrimas.

—Es una carta de mi hermano Eduardo —le dijo.

—¿Y por qué lloras?

—Porque me ha hecho sufrir mucho.

La abuela no le dio más explicaciones a la nieta, pero luego, ella, juntando y pegando hilachas de conversaciones entre las vecinas y entre sus tías, dedujo que lo de hacer sufrir tenía que ver con aquellas cosas que habían pasado en Valencia de las que no debía enterarse nadie.

—Con lo listo que era y perderse de esa manera como se perdió.

—Los más listos son los más tontos en cosa de mujeres.

—Bah, bah, toda la vida los curas han tenido amas.

—Y también ha habido curas que han tenido hijos, y no ha pasado nada.

—Siguen de curas.

—Es que dejarse engañar así...

—De puro bueno, lo han engañado.

En la carta le daba las gracias por no hacerse eco de los rumores y comentarios sobre su vida tan poco «virtuosa» siendo él religioso. Además le quedaba muy agradecido por haberse interesado por su salud y por si le faltaba algo en vez de reprocharle su conducta con la que seguramente no estaría de acuerdo.

También le decía lo buena que era y que siempre había visto en ella un ejemplo de lo de «Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán en herencia la tierra». Le pedía perdón a ella, ya que no podía pedírselo a sus padres, que ya estaban muertos, ni tampoco a otros miembros de la familia, que sabía no lo iban a perdonar nunca. Además, le anunciaba que muy pronto le llegarían noticias de algo que iba a hacer que le ayudaría a recuperar la buena fama.

Después de esta carta, se presentó en el pueblo algunas veces, pero pocas. La primera vez que lo hizo, trajo la sorpresa de aparecer vestido de nuevo con el hábito, que no se quitaría ya en ninguna de las posteriores visitas. Con él marchó a Cuenca a participar en el desfile de la División Azul por Carretería.

Los falangistas de toda la provincia (y también algunos que habían dado muestras de ideas republicanas durante la guerra) desfilaban con su uniforme de camisas negras al son del Cara al Sol, esa canción que se había estrenado en la provincia, en el encuentro que José Antonio tuvo con los militantes de su partido en Quintanar del Rey el 29 de diciembre de 1935 y que a partir de entonces se usaría al final de cada uno de sus mítines.

Eduardo no era el único que tenía que hacerse perdonar. Allí estaban viejos cenetistas, ugetistas y comunistas, unos porque tenían algún familiar en la cárcel, condenado a muerte, otros que se habían escapado de la Ley de Responsabilidades políticas de

pura chiripa. Allí estaban, desfilando todos juntos, detrás de la bandera roja y gualda, con el águila imperial en medio, dispuestos a dar su vida por la victoria del fascismo. ¿O por salvar la de los suyos?

Formar parte de aquella gente desfilando por Carretería le produjo una inmensa compasión. Si le hizo también sentir vergüenza nunca lo confesó a nadie. Como cada cual, él tendría sus razones, más o menos vergonzantes, más o menos legítimas para hacer lo que hizo.

El siguiente paso fue jurar fidelidad al Hitler. Ese era un requisito imprescindible para formar parte del contingente de soldados que iban a ingresar en el gran ejército alemán: firmar cada uno su juramento de fidelidad personal al Führer.

LOS UNIFORMES DE LAS MUJERES

La primera mujer que llevó pantalones en Villaescusa

Se llama Aurora, tiene más de noventa años y goza de buena salud.

Las noches de verano podéis verla tomando el fresco en su puerta, unas veces fuera, sentada en una silla baja de anea, y otras adentro, con la luz apagada, detrás de la cortina, para ver pasar a la gente. Porque le gusta la gente. Habrá a quien le guste quedarse metida en su casa sin ver a nadie, pero a ella no. Y es que está acostumbrada al bullicio. De pequeña, su casa estaba siempre llena de familiares y amigos de su padre y de sus hermanos.

De ellos eran los pantalones que se ponía, los que a éstos les quedaban pequeños se los arreglaba y los usaba para trabajar en el campo. Y para montar en bicicleta. Seguramente, también fue ella la primera que montó en bici en el pueblo. Se la compró su padre para ir a la aldea de Casablanca donde tenían el ganado. Iba allí todos los días a traerse la leche y el queso. Le puso unas cestas atrás, una a cada lado de la rueda, que parecían unas agüaeras de las que se ponen encima de la borrica.

—Todavía debe estar por ahí —dice señalando algún rincón del corral.

Le gusta hablar de su infancia, ese periodo anterior a la guerra en que su casa estaba poblada de gente, antes de que sus hermanos tuvieran que irse obligados al Frente.

—¿Te acuerdas tú del tío Quimeras? Así le llamaban. Pues no sé por qué le llamarían eso, pero todo el mundo lo llamaba así. Entonces cada uno tenía un mote. A tu abuelo le decían el tío Pataseca, que tampoco sé por qué le dirían eso, a otro el Chistorras, o el Chinarra, o el Rey, ¿no te acuerdas tú del Rey y de su mujer la Reina? ¿Qué si eran republicanos? Pues no sé, no se destacaban, no sé qué serían, seguramente republicanos como era el

gobierno. Le llamaban los reyes porque eran muy estiraos, muy altos ¿no te acuerdas tú del rey? Tenían un par de boricuas con las que labraban su tierra. No eran ricos. Les decían eso como a otro le llamaban el Notario, o el Feligrés. Ves tú a saber por qué.

—¿Dónde estabas durante la guerra? ¿La pasaste en el pueblo? ¿Cómo fue aquello?

—Para mí la guerra no fue muy mala. Estaba acostumbrada a trabajar en el campo. Lo malo fue para las que no estaban acostumbradas. Se dio la orden de que no se repartiera alimentos entre la gente que no participase en las tareas de la cosecha. Sería por eso que se pusieron a trabajar las señoritas y la gente que no lo había hecho nunca. Las mandaron a segar. Bah, para algunas fue una diversión. Para las chicas, digo. Venían la Pilar, la Anita, y le decían a mi padre con una guasa: «Venga amo, ¿dónde vamos a trabajar hoy?» Mi padre era el mayoral de Girón. Las mandaba aquí o allí, donde fuera. No sabían ni coger la hoz. Cogían las espigas así, con una mano, hacían un ramo y lo cortaban como si estuvieran cogiendo flores en vez de estar segando.

Después del paréntesis de la guerra, los hermanos regresaron al pueblo y ella otra vez pasó a ser la chica de la casa, la única de cinco hermanos. Siguió llevando pantalones y haciendo las mismas labores que antes. Aunque ahora se ocupara más de las tareas domésticas y menos del campo porque ya estaban los hombres.

Trabajaba mucho, pero cuando llegaban las fiestas dejaba el hato de faena y se ponía su vestido de falda estrecha, con encajes en las mangas y en el escote, sus zapatos de tacón y su bolso a juego.

—Bueno lo del bolso es sólo para la Feria. Mujer ¡cómo iba a ir por el pueblo con el bolso! Se hubieran reído de mí. Esta foto es en Belmonte. Íbamos todos los años. Bajábamos en la tartana. Entonces ir en tartana era como un ir en un Mercedes ahora, un lujo. Era como un carro pero más elegante que un carro. Las ruedas eran más grandes y tenía unos muelles para que la carga no diera botes. A un lado se abría una puertecilla y salía un escalón para apoyar el pie al subir. Cerrabas la puerta y el escalón se metía

adentro, ya no se veía. Tenía su techo y todo, como un coche de caballos pero con un caballo solo. Cuando venía alguien importante, al que había que ir a buscar a otro pueblo, le pedían a mi padre: «Amparo, déjanos la tartana». A las chicas nos gustaba más que la galera o el carro porque así no nos daba el sol en la cara. Entonces nos tapábamos todo lo que podíamos para no ponernos morenas y que no se nos estropeará el cutis. Lo moderno era tener la piel blanca, había hasta la que se daba polvos de arroz en la cara.

Me enseña fotos antiguas que sus nietas han ido colocando en un álbum. Fotos de su padre delante de una plaza de toros con sus amigos: Tomás Pinedo, el tío Quimeras, rostros de gentes que han muerto hace más de un siglo.

—Ea, todo esto, lo guardo para que me lo echen en la tumba cuando muera. ¿Para qué lo van a querer mis nietas si no saben quién es quién?

Hay una foto de ella con otra mujer de su misma edad, las dos jóvenes, con unos chicos delante, sus hijos.

—Esta es la Filo, la hija de Maceo.

—¿La miliciana?

—Sí, la miliciana.

Ella también debió llevar pantalones, pero se los puso más tarde que la Aurora. Las milicianas llevaban pantalones de tirantes o un mono de arriba abajo con correajes, La imagino con pañuelo rojo al cuello y su gorro de punta. Pero Aurora no recuerda haber visto a su amiga así vestida. En los pueblos las milicianas no querían llevar el uniforme porque las llamaban «tionas», me cuenta.

Busca y rebusca en las fotos y me muestra otra foto de mujer, ésta sí vestida de uniforme. Pero no el de miliciana sino otro bien distinto. No lleva pantalones sino una larga falda azul y una camisa del mismo color con el yugo y las flechas bordados en le pecho y eso sí, correajes en la cintura con una gran hebilla, seguramente otro emblema falangista. Es otra amiga suya con la que fue a ver el féretro de José Antonio cuando pasó por El Pedernoso.

—Eso fue al terminar la guerra. Fuimos mucha gente de los pueblos de alrededor. Me acuerdo que hacía mucho frío y tuvimos que esperar allí helados hasta que viniera. Lo traían a hombros desde el otro pueblo, El Provencio, sería. Encendimos lumbres para calentarnos del frío que hacía.

Había tanta gente que yo ni si siquiera vi la caja, pero esta amiga se fue colando, colando, y llegó hasta ella. A la vuelta le pregunté que cómo era y me dijo que muy bonita, con muchas letras de oro, pero que no sabía lo que querían decir porque estaban en latín. Éste es el uniforme que llevaba entonces, la camisa y la falda de Falange.

—Pasa, pasa, siéntate. Te estaba esperando. Cómo dijiste que ibas a venir. Mira te tengo más fotos. Este es mi padre, el hermano Amparo

Teníamos el ganao en la sierra y allí hacíamos el queso. La gente iba andando a traerse una tinaja de suero para hacer sopas y tortas de suero.

Yo iba en bicicleta o con la tartana, ahí llevaba y traía los cántaros de la leche.

Cuando la guerra también pasamos mucho, como todo el mundo. Mis hermanos, los dos, en el Frente y aquí me quedé yo con toda la faena. Mi padre bastante tenía con ir al campo con las mulas.

Pedro e Ildefonso estaban en Madrid, Luego, conforme las tropas de los nacionales iban avanzando, ellos se iban replegando hasta Valencia.

Ildefonso estaba en el Regimiento de Caballería, en el batallón 112. Cuidaba de los animales, hacía lo que había hecho siempre aquí en el pueblo, estar con las mulas, darles de comer, limpiarlas y llevarlas de un lado para otro, pero en el Frente. Hasta que lo hirieron y lo llevaron a Tejada, un pueblo de Cuenca cerca ya de Valencia. Y allí le pilló el final de la guerra. Les dijeron que la guerra se había terminado, que cada uno se fuera a su pueblo y él se fue desde el hospital hasta Utiel y luego se vino aquí.

Herido y todo, se vino andando, lo más pronto que pudo.

Lo mismo hizo mi hermano Pedro que estaba en Cuenca. No había trenes ni coches, ni mulas siquiera, que las habían matado también durante esos años.

El hermano Amparo era alto y fuerte, como sus hijos. Parecía que había hombre para rato pero se murió joven, de sesenta años.

Por la mañana salían a hacer sus necesidades al Hortal, al lado de los frailes, porque entonces no había cuartos de baño ni wáter en las casas, como hay ahora. Antes se salía al campo a hacerlo. Una vez, mientras estaba agachado haciendo de vientre, notó un dolor en el pecho, como un punzón en el corazón. Luego se le pasó. Después le debió repetir y se murió.

—Durante nueve noches toda la familia cenamos juntos aquí en esta mesa. Los hijos, las nueras, los nietos, todos juntos. Venían los hombres del campo y poníamos la mesa, la ensalada de judías todas las noches. Después de la cena era el rezo, el novenario al muerto.

Luego cambió la costumbre y se rezaba solo tres días. Ahora ya, sólo se va a la casa del duelo la noche en que el muerto está de cuerpo presente.

LOS EVACUADOS DE EL TIEMBLO

Llegaron en noviembre a Villaescusa. Era un día de mucho frío, después de la fiesta de los Santos. La gente, como hacía todos los años, había sacado los abrigos de los armarios, todavía con olor a naftalina, y había subido al cementerio. Como siempre, lavaron las tumbas de sus seres queridos, les quitaron los hierbajos de alrededor y les pusieron flores cortadas de las macetas. Dejaban los patios de sus casas desnudos, a lo más algunas hojas verdes, hasta la siguiente primavera.

Ese año no hubo misa en la capilla de la Concepción, ni en la iglesia. En ningún sitio, porque se habían suprimido las ceremonias religiosas por el motivo, decían, de evitar tumultos.

Sin embargo, aquel año, hubo más gente visitando las tumbas. Aunque todavía no hubiera habido muertos recientes, la muerte se sentía próxima, podía llegar en cualquier momento. El Frente estaba lejos, eso sí, pero cada familia tenía a alguno de los suyos luchando y ya había desaparecidos entre ellos. No quedaban hombres jóvenes en el pueblo, solo los chicos, los lisiados y los que eran muy viejos.

Los evacuados eran una señal de que el Frente se acercaba.

Habían dejado sus casas, sus tierras y también a sus muertos. Las tumbas de sus antepasados eran ahora campo de batalla. Contaban que los nichos vaciados por las bombas, servían ahora a los soldados para guarecerse de la lluvia y del relente de la noche. Contaban también, los que venían de permiso, que había quienes preferían dormir en los cementerios porque se sentían más seguros y que les daban más miedo los vivos que los muertos. Era entre los vivos donde había peligro ya que podían dejarte mutilado o mandarte al otro barrio a ti, pero los muertos, decían, descansaban en paz y lo que daban era envidia.

Los evacuados vinieron en camiones por la carretera de Madrid y no pararon hasta llegar a la Casa Grande. Allí se bajaron y se quedaron de pie, esperando que les fueran dando acomodo.

Se pidió voluntarios para alojarlos aquella noche en sus casas hasta que pudieran distribuirse mejor. Había familias enteras para las que se buscó casas vacías.

Hubo quien venía con dinero para pagar un alquiler, fueron los que más duraron, se establecieron aquí hasta que pasó toda la guerra. Las chicas solteras hicieron amistades y hasta se casaron con hijos de gente del pueblo.

También vinieron huérfanos, entre ellos un chiquillo que se llamaba Segundete al que alojaron en casa de Tomás Pinedo y que le seguía a todas partes. Cuando éste se casó en segundas nupcias con Teresa la Roja, les dieron la cencerrá (se hacía siempre que se casaba algún viudo) La chiquillería iba con cencerros, botellas vacías de anís, esquilas de las ovejas y campanillas de las mulas, cualquier cosa con la que pudieran hacer ruido, cantando chirigotas por la calle hasta llegar, justamente, debajo de la ventana de los recién casados. Hacían un coro a dos voces en el que unos cantaban: «¿Que lleva el novio al banquete?» Y los otros respondían: «A Segundete».

A los evacuados que eran solteros los enviaron a vivir con otros solteros. Las mujeres con las mujeres y los hombres, ya digo, enfermos y ancianos nada más, con los hombres. Así a Margarita la modista, le tocó ir a vivir con la Pilar de Auxilio, que no se tenía este apodo todavía, porque se lo dieron después cuando se encargó ella de llevar la hucha de Auxilio Social por las casas y vender las insignias en las que estaban el yugo y las flechas, o en las que ponía SS, de Servicio Social.

Entonces, cuando la guerra, no había esas huchas. Lo que había era la colectivización de las tierras y de las cosechas y de todos los alimentos requisados que se repartían con cartillas de racionamiento y cupones para lo que la gente tenía que hacer cola.

Los que vinieron niños crecieron y se hicieron hombres. Cuando les tocó se fueron al Frente ellos también y algunos perdieron la vida, como le pasó al hijo del Tío Hormigón, un chico de menos de dieciséis años.

Se habló de la solidaridad de Villaescusa para con las gentes que habían perdido su casa y sus campos, ahora les tocaba defender a ellos estas tierras para que no fueran ocupadas también. Conforme avanzaba el Frente, los trigales se iban convirtiendo en eriales de muerte, los ríos bajaban con cadáveres y los pastos eran zonas de guerra donde no podían pastar los animales.

Los evacuados vinieron huyendo de la barbarie. Aquí, al pueblo, no llegó, pero si llegó el hambre y el miedo.

Los chicos se iban cada vez más jóvenes y la edad de los más viejos se estiraba para que estuvieran con más años en el Frente. Hubo trincheras donde había un padre y un hijo juntos. Pero eso no era la mayor desgracia que podía pasar. Peor era cuando uno estaba enfrente del otro, cada uno a un lado distinto de la línea de fuego. Eso pasaba mucho entre padres e hijos y entre hermanos, que cada uno estuviese luchando en un bando y dándose tiros.

EL HERMANO LOBO

Miren ustedes a su hijo y le tienen a él. O para ser más precisos, el recuerdo que tengo de él. Altura media, corpulencia mediana, aspecto tranquilo y edad, para mí que era una niña, la de un hombre mayor. Puede que ahora su hijo tenga la que tenía él entonces, pero ya sabemos que los tiempos han cambiado, sobre todo en esto de la edad y que ahora consideramos joven a quienes entonces veíamos ya viejo.

Vivía en una casa de la cuesta, en el mismo lugar que ahora vive su hijo y dónde también se han hecho casas sus nietas. Entonces, a toda la familia se le llamaba con ese sobrenombre, los del Lobo. Como muchos apodos en el pueblo, se llevaban con tal naturalidad que se confundían con los apellidos. Creo que el apodo empezó con el abuelo. No sé cómo sería ni cuando empezarían a llamarle de esta manera, aunque puede que la explicación venga de mucho antes de la guerra, probablemente de los tiempos de su juventud. Lo que sí supe muy pronto es que el Lobo era del bando de los vencidos en la contienda.

Tengo el recuerdo de un entierro importante en el pueblo. Era un día lluvioso y oscuro, veo la escena con una luz gris, escasa como si fuera a eso de media tarde de un día de invierno. Estaba asomada a la ventana sin poder salir a jugar a la calle. Me entretenía viendo llegar coches y más coches que venían de Cuenca, porque el que se había muerto había sido un alto cargo de Falange de la provincia. Y escuché a mis tías que allí en el duelo había estado el Lobo, que se abrió paso entre todos aquellos forasteros, autoridades y gente importante y fue a decirle el último adiós al difunto que había sido su amigo.

A lo mejor el Lobo no era tan lobo como lo pintaban.

A lo mejor sólo era que la vida, a veces, a ciertas personas, les obliga a adoptar la audacia y la ferocidad del lobo para no ser derrotados del todo. Porque para unos vivir es fácil, pero para otros transcurre entre hachazos del destino ¿Cómo, si no, llamar a la desgracia de perder un hijo en plena juventud y después otro? A esto no se acostumbra uno nunca...

Hay que ser valiente y fuerte como un lobo para no sucumbir a las dentelladas de tal vida. De ahí que aunque uno sea manso como un cordero tenga que dejar de parecerlo, para que no se lo coman a uno, y en vez de lobos con piel de cordero, que también los ha habido en el pueblo, hubo corderos con piel de lobo como el hermano Julián.

¿Sabían de su desgracia?

Lo que si debe saber todo el mundo es que nuestro pueblo estaba en zona republicana y que por tanto respetar la ley era obedecer las reformas de la República, la reforma agraria, el reparto de tierras, la colectivización que trajo el Frente Popular, el cierre de las iglesias... Bueno, todas esas cosas que algunos vieron con buenos ojos y otros no tan buenos, pero que no haberlas hecho hubiera sido desobedecer las directrices de un gobierno democráticamente elegido en unas elecciones.

Como es lógico, a los que no tenían nada, las Reformas les beneficiaban: «La tierra para el que la trabaja», «Pan, tierra y libertad»... ¿Se imaginan lo que esto debió suponer para los que no tenían un trozo de tierra que labrar, ni un pedazo de pan que llevarse a la boca?

Los obreros del pueblo saludaron con entusiasmo la llegada de tales reformas porque traían esperanza a sus vidas. Entre ellos el Lobo y sus hijos.

Ya saben lo que pasó después, que hubo una guerra civil que duró tres años, que ganaron los que sublevaron contra el Gobierno de la República, que Franco, una vez en el poder, estableció la Ley de Responsabilidades Políticas por las que media España podía ir a la cárcel: aquellos que hubieran tenido alguna responsabilidad en el gobierno anterior o en cualquier institu-

ción, cargo o posición que hubiera luchado contra el denominado «glorioso» Alzamiento Nacional.

Así que el Lobo y sus hijos fueron a la cárcel. Como no podían tener encerrada a más de media España, poco a poco los fueron soltando. Así iban saliendo los que presentaban avales de gente de derechas o los que no tenían la desgracia de que alguien que les tuviera inquina, los denunciara.

Al Lobo, en la cárcel lo nombraron jardinero y dentro de la desgracia de verse privado de libertad, tuvo la suerte de estar haciendo algo que le gustaba y que es lo que había hecho toda su vida: cultivar la tierra. Pero la suerte no duró mucho. Un día de los que vino su mujer a traerles comida a él y al hijo, se le ocurrió pedirle a ella que se diera la vuelta por la alambrada antes de volverse para Villaescusa. Por ese lado estaba el huerto donde lo habían destinado. La mujer fue hasta allí y así pudieron encontrarse una vez más y alargar en unos minutos el tiempo de estar de juntos. Pasaron los dedos por los agujeros entre los alambres y se tocaron. Hasta llegaron a darse un beso. Pero el guardia los vio y vino con el fusil a romper aquella cercanía prohibida:

—Tú aquí no eres más que un preso y tienes prohibido acercarte a la reja.

De nada valieron las súplicas ni las protestas. Julián insistía en que aquella era su mujer y que no estaba haciendo nada malo. Pero el guardia le hizo callar a golpes con la culata del fusil. De resultas de aquello, se le quedó rota la muñeca. Pero no fue ese el mayor dolor, porque al día siguiente le quitaron el puesto de jardinero que tantas satisfacciones le había dado. Tuvo que volver al interior de la prisión, y conformarse con ver el cielo y las nubes solamente cuando los sacasen al patio.

Otra desgracia, seguramente la mayor que podía pasarle, fue ver a su hijo enfermo, muriéndose allí dentro, poco a poco, sin que ninguna carta pidiendo clemencia surtiese efecto. Escribió a los ministros, al obispo, hasta se atrevió a hacerlo a Franco. Pero nada. No hubo perdón para él.

Murió apenas cumplidos veintiún años.

¿Imaginan el dolor que debieron sufrir esos padres?

Después, sin haberse repuesto aún de esa muerte, otro hijo tuvo un accidente con la bicicleta y se mató.

Dos hijos enterrados en plena juventud y el Lobo siguió siendo el Lobo, el hermano Lobo. No sé si viene a cuento traer a colación un poema de San Francisco de Asís en la historia de un hombre acusado de quemar imágenes durante la guerra, pero yo creo que las palabras del santo están más cerca del hermano Lobo que de los hombres que dejaron morir a su hijo en la cárcel, sin mostrar ninguna piedad.

Pueden preguntar en el pueblo como he hecho yo ¿cómo era el hermano Lobo? Les dirán que era buena gente,

Y también, los más ancianos, los que recuerden la guerra, les dirán que salvó a muchos que estaban escondidos avisándoles de cuando iba a haber registro para que cambiaran de escondite. Cuando venían de Cuenca los milicianos de la columna Del Rosal, que tenían fama de ser los más crueles, el Lobo y otros salían a recibirlos a la Puerta del Cerezo. Entonces hacían hogueras con palos y con algunas imágenes de poco valor evitando a los de fuera que llegaran a la iglesia a hacer la quema y disuadiéndolos al mismo tiempo de hacer más registros.

LA AMISTAD POR ENCIMA DE TODO

La plaza llena de coches. Pasan mujeres vestidas de negro para el entierro. Alguien murmura:

—¿A qué tanta gente ahora? Podían haber venido antes cuando estaba vivo.

Vinieron sus antiguos correligionarios, las autoridades de Cuenca, sus amigos y sus enemigos políticos.

(¿Quiénes eran unos y otros a estas alturas de su vida?)

El pésame más emotivo fue el de El Lobo. El viejo comunista se emocionó ante el féretro.

Y emocionó a todos.

Había muerto un gran hombre, un hombre que pudiendo haber conseguido honores y grandezas había preferido quedarse con la grandeza del alma. Y con el respeto de los amigos y de los enemigos.

El Lobo y él eran «enemigos» políticos, y amigos entrañables desde que coincidieron en la cárcel de Belmonte, ambos, presos por pertenecer a partidos muy distintos entre sí, a los que en el 34, con motivo de la rebelión en Asturias, el Gobierno consideraba una amenaza para la estabilidad de la República.

Rara coincidencia, un comunista y un falangista juntos, acusados de lo mismo. No sería esta la única cosa en que coincidirían a pesar de que uno era un intelectual y el otro no hubiese ido a la escuela, de que uno tuviese tierras y una carrera, de las de más prestigio entonces, y de que el otro no tuviese más capital que sus manos.

A pesar de tales diferencias, había nacido entre ellos una amistad de las que duran hasta la muerte.

Una amistad que no sólo superó la prueba que trajo consigo la guerra, sino que se fortaleció con ella. Sus respectivos partidos

fueron agudizando sus diferencias, uno a cada extremo del espectro político, y ellos no solo siguieron siendo amigos sino que dieron pruebas de serlo aún más que antes.

Uno había salvado la vida del otro manteniéndolo escondido durante el periodo más encarnizado de la persecución de falangistas por el Frente Popular y el otro había hecho lo propio para evitar que lo fusilaran cuando ganaron los de su bando. Lo que no pudo evitar fue que lo tuvieran en la cárcel durante siete años, ni tampoco pudo conseguir que soltaran a su hijo. A pesar de todas las cartas que escribió, a pesar de poner todo el empeño y pericia de su profesión, de todas las peticiones de perdón y clemencia, no consiguió que indultaran al chico que, con veinte años, murió en la cárcel de Uclés. Aquella muerte le dolió tanto a él como al padre. Porque además de dolerle el dolor del amigo, le debió doler su impotencia ante la injusticia de los suyos.

Se habían apropiado de los símbolos de una organización que él había ayudado a fundar con el fin de traer pan y justicia a los trabajadores. Habían ganado la guerra y los trabajadores no tenían ni lo uno ni lo otro.

Su amigo era un claro ejemplo de esa injusticia. Después de salir de la cárcel, en el pueblo nadie le quería dar trabajo. No tenía más remedio que irse a buscar algún sitio dónde la familia no se muriera de hambre. Y el amigo le salió al paso y le ofreció las tierras de la huerta, con su pozo, y hasta el dinero para comprar un motor con el sacar agua para el riego. Con lo que le salvó la vida otra vez, porque los amigos están para eso ¿no?

No hizo nada más que corresponder.

Y predicar con el ejemplo.

Cosa que, a veces, no gusta demasiado, sobre todo a la gente que se aprovecha de unos ideales para medrar. A esa gente no le gusta ver que hay otros mejores que ellos. A esa gente no le gustan los idealistas como este amigo ni como el Lobo.

Pero ellos eran así. Siguieron toda la vida profesándose gratitud y respeto mutuo.

Ahora, uno de ellos se quedaba huérfano del otro.

Desgraciadamente, no hubo cámaras que recogieran el momento de la despedida, ni micrófonos que recogieran las sentidas palabras del Lobo.

¿Habrá alguien que se acuerde de ellas dentro de unos años?

De lo que si debe de haber noticia en algún periódico es de aquel entierro. Porque vinieron todas las fuerzas vivas de la provincia de Cuenca al pueblo. En la plaza no cabían los coches y la iglesia estaba atestada de gente.

Aunque los últimos años de su vida hubieran transcurrido en soledad, lejos de los centros de poder y ajeno a cualquier reconocimiento oficial.

Habían prescindido de él. Lo habían ignorado. Se habían olvidado de la gente que hablaba demasiado de justicia. Y de la que no se había dejado sobornar.

Todavía hoy los más ancianos de esta comarca lo recuerdan. Si preguntas por él te dicen:

—Fíjate si era bueno, que teniendo su carrera no se hizo rico. Aquí en la comarca todos los de su profesión han hecho mucho dinero.

—Otros, con menos posibilidades que él, hicieron un capital y él, pudiendo más, siguió igual que siempre.

—¡Con las amistades que tenía!... pero era de la gente que no pedía favores. Eso sí, si te podía hacer alguno, no hacía falta ni pedírselo.

—Cuando José Antonio vino a dar un mitin a Mota del Cuervo todos quería darle la mano, pero al único que saludó fue a él.

—Al terminar la guerra, lo de su bando querían cortarle el pelo a las mujeres de los republicanos, como habían hecho en otros pueblos. Las tenían detenidas en la Casa Grande para raparlas pero llegó él y lo impidió.

LOS ENEMIGOS POLÍTICOS SE SALUDAN

En el arco de la plaza, que antes se llamaba de la Villeta se encuentran dos hombres. Uno sube con una yunta de mulas hacia la iglesia donde tienen la colectividad, el otro viene de trabajar y va camino de su casa. Es mediodía.

—Buenos días Pepillo. ¿Qué, le niegas el saludo a un camarada?

—Yo no soy camarada tuyo.

—Pues hasta hace bien poco lo eras. La República te nombró alcalde y le juraste fidelidad. Le debes respeto como se lo debo yo.

—Ya.

Cuando los de la CEDA ganasteis las elecciones los demás nos tuvimos que callar, ahora os toca a vosotros hacer lo mismo.

—Ha pasado mucho desde entonces.

—Yo te he respetado a ti cuando has sido alcalde, ahora tú respeta a los demás.

—No faltó al respeto a nadie ¿O es que hay alguna ley que mande saludar? Porque cuando yo estaba en el Ayuntamiento cada uno saludaba a quien quería, los saludos eran libres. Claro que vosotros le estáis dando la vuelta a todo, estáis poniendo el pueblo patas arriba.

—Sí, estamos cambiando cosas, las que el pueblo necesitaba que se cambiasen y que los tuyos impidieron que se hiciera. Los que están poniendo patas arriba todo han sido los tuyos

—¿Los míos?

—Sí, los tuyos que cuando os votaron a vosotros bien, pero cuando ha salido elegido el Frente Popular no han podido aguantarse. Son los tuyos los que han empezado la guerra.

—No me hagas hablar.

—No te he pedido nada más que los buenos días.

—Pues queda con Dios.

—Salud ciudadano.

—Eso sí, ciudadano sí, pero camarada no. Queda con Dios, hombre.

¿La República una madre? Valiente superchería. No en balde la pintaban con los pechos desnudos. La República se había convertido en una moza de partido. El había jurado su cargo a la República, le debía lealtad al gobierno elegido, pero a los comunistas no les debía nada. Y ahora eran ellos los que mangoneaban en el pueblo, los que dirigían el cotarro.

Se metió en su casa de mal humor. Era la hora del almuerzo. En ninguna casa tenían para comer pero a ellos, gracias al hijo que era oficial en el Frente, no les faltaba la harina ni el arroz, ni siquiera el café aunque éste fuera más achicoria que otra cosa. No es que les sobrara, pero podían comer de caliente dos veces al día. Y permitirse algún lujo como ese del café. Eso lo sabía Maceo. Debía de saber que las sacas que Paco traía del Frente venían cargadas de comida para su familia. Debía de saberlo pero hacía la vista gorda porque Paco era de los suyos y todos debían de hacer igual. Y él se tenía que tragar su orgullo y transigir en eso porque la necesidad obliga.

—Caridad, echa el arroz que ya viene padre

Su mujer, está en el patio pelando unas palomas. Es la hija mayor, Caridad, la que se encarga de hacer la comida. Las otras hijas son más pequeñas pero también tienen tareas que hacer en la casa.

—¿Qué tenemos para comer hoy?

—Arroz con pichón

—Ya veo.

Ponían una tabla sobre la pila de lavar, levantada sobre un palo al que ataban una cuerda y se escondían. Cuando las palo-

mas venían a beber agua tiraban de la cuerda y quedaban atrapadas en la pila. Luego no había nada más que levantar con cuidado la tabla y cogerlas.

Catalina era la encargada de la caza.

El padre, sin decir nada cogió dos de las aves que estaban ya peladas, las escondió debajo del blusón y se dio media vuelta hacia la puerta del corral.

—Con una tenemos bastante para el arroz. Espera un poco para echarlo. Voy a hacer un recado.

La mujer no rechistó. Tiró el agua con las plumas al corral, se lavó las manos y se entró para la cocinilla a ver como iba el fuego. El hombre sabría lo que hacía.

El recado era ir a llevar los pichones a los señores. No podía consentir que aquella gente pasara hambre. Los pobres, más o menos, tenían algo que llevarse a la boca, salían al campo y recogían verduras, melones, uvas, tomates... Nadie se moría de hambre en verano. Además estaban los pájaros. Los chicos, con la hondas, los cazaban al vuelo. Y los animales propiamente de caza como perdices, liebres y conejos. Pero esa gente, los señoritos, no estaban acostumbrados a buscarse la vida, para ellos estaba siendo más duro. Ellos sí que pasaban hambre. Era de cristianos socorrerlos. España habría dejado de ser católica, lo había dicho el que era ahora Presidente de la República en aquel discurso, pero lo que no iban a conseguir era que dejara de haber católicos que cumplieran con los Mandamientos. Por lo menos en lo que a él concerniera, cumpliría con lo de darle pan al hambriento, o pichones en este caso.

Cruzó el corral y salió a la calle dándose de bruces otra vez con Maceo que venía de la Casa Grande.

—Eh, Pepillo, me acaban de decir que hay noticias del Frente. Una buena noticia. La brigada de tu hijo pasa muy cerca de aquí y a él le dan dos días para que se llegue hasta en el pueblo. Díselo a tu mujer.

—Se lo diré, gracias ciudadano.

—¡Que sorna tienes! Qué trabajo te costará decir camarada...

—¿Es una orden?

—Y vuelta con lo mismo... No hombre, no. Pero decir «salud camarada» no hace daño nadie. No vas a pecar de ateísmo por unas palabras.

—Con Dios Maceo, que llevo prisa.

—Es la hora del descanso. Todo obrero se lo merece.

—Sí, vosotros, que os da de comer el Partido. Los que tenemos que ganarnos el pan no podemos permitirnoslo.

—Mira, Pepillo, no te lo voy a tener en cuenta. Yo voy de buenas.

—Bueno, pues con Dios.

—Pero no me des en los morros ese «con Dios» a todas horas. La cuestión religiosa es un asunto privado

«Anda, que bien te has aprendido el discurso». Iba a decirlo pero se mordió la lengua. Le hubiera dicho: «Pero si te lo sabes de memoria. A lo mejor pretendéis que nos lo aprendamos todos y por eso los mandas pregonar». En otras circunstancias se hubiera puesto a discutir, pero ahora, con los dos palomos escondidos debajo del blusón lo mejor era irse de allí cuanto antes. La señora se iba a alegrar de tener algo que poner en la mesa, si se daba prisa a lo mejor llegaba a tiempo para que lo guisaran para el almuerzo.

Entró en el patio de columnas. El tío Hormigón se puso a cantar:

*Somos comunistas, revolucionarios
por eso luchamos por la libertad...*

El tío Hormigón era uno de los evacuados. Cuando el frente de la guerra llegó a su pueblo desplazaron sus habitantes a otros de la zona republicana. A él lo trajeron aquí, junto a otros vecinos. La casa que le habían destinado para vivir era la planta baja de una de las casas más ricas del pueblo. Arriba vivía la familia, ampliada en estos momentos con familiares que se habían venido huyendo de otros lugares.

—¿Están los amos?

—Aquí no hay ningún amo. Ya no hay amos ni esclavos ¿no te has enterado todavía camarada Pepillo?

—Digo que si hay alguien arriba

—Algún parásito habrá

Otra vez se mordió la lengua para no contestarle y subió la escalera en silencio.

—¿Se puede?

—Adelante

—Que me ha dado la mujer esto para que haga un arroz

—Gracias Pepe, Dios se lo pague.

—No hay de qué señora. A mandar. Y con Dios, que me esperan en mi casa para comer.

Le llamaban Pepe el Maestrillo porque era maestro albañil. El taller lo tenía debajo del casino. Allí guardaba las herramientas y allí hacía los trabajos que podían hacerse fuera del tajo. Los peldaños de las escaleras, los cálculos de los cimientos y los soportes, el diseño de la alzada, los planos... Porque un maestro albañil era como un arquitecto en el pueblo. No había más planos para levantar una casa que los que él hiciese. Era un buen oficio. No se ganaba mucho pero daba para comer. Siempre había trabajo. Y aunque no se construyeran muchas casas nuevas, quien más quien menos siempre tenía algún arreglo que hacer o una habitación que añadir, un techo que retejar o una cubierta que poner nueva. Lo había aprendido de su padre, y sus hijos lo estaban aprendiendo de él. El mayor, si la guerra acababa algún día, también se dedicaría a lo mismo. Al menos eso es lo que le gustaría a él. Que viniera vivo del Frente y se olvidara del Ejército de una vez por todas. Aunque fuera un oficial.

Estaba orgulloso de lo que había llegado a ser su hijo. ¡Un oficial el hijo de un albañil! Desde luego, la República había tenido cosas buenas, no iba a negarlo. Pero tantos desmanes después. Aquel desorden y aquel miedo en el que vivían. Las quemadas de los conventos y el que hubieran convertido la iglesia en una cuadra con las mulas dentro, eso no... Eso no era la República que él había vitoreado cuando se proclamó y de la que había sido alcalde. Ahora, la República parecía sólo de ellos. De Colorín, de El Lobo, de Minuto, de este Maceo que parecía un general con tanto correaje como llevaba. Venía a engañar a los muchachos

para llevárselos al Frente. A esa edad todos querían ser héroes... cuando tenían que estar en la escuela. No era mal hombre, pero era la guerra y de él dependía el reclutar milicianos. Temía por sus hijos. Había chicos de su edad en el castillo de Belmonte donde preparaban a los que habían reclutado, antes de llevarlos al Frente. Allí, en el Frente, ya estaba su hijo mayor, que por lo menos dejaran a los pequeños con él. Había trabajo y los necesitaba... Pero no se iban a conformar con uno. Lo sabía. Por eso evitaba encontrarse con el jefe de reclutamiento. Y la fatalidad hacía que cada vez que este venía al pueblo se encontraran:

—¿También me vas a negar el saludo esta vez?

—No se lo niego a nadie.

—Muchos de los tuyos no me dan ni los buenos días. Por no dar, no dan ni eso...

—A cada uno lo que es suyo. Ni más, ni menos.

—¿Y no sería mejor que no hubiera mío ni tuyo?

—Yo no tengo mío nada más que el techo bajo el que vivo, que lo he levantado con mis manos, y las herramientas con las que trabajo.

—Pues esas... No sería mejor que fueran del pueblo, que fueran de todos, que el día que no las necesitaras, las pudieras usar otro. Y que como iban a ser de todos y para todos, se compraran las mejores.

—Ya. Entonces, cuando fuera a por ellas, estarían rotas, las habrían perdido, o no se habrían acordado de devolverlas. No, gracias Yo prefiero tenerlas en mi casa y que lo poco que tengo sea mío. Es preferible mil veces a que fuera de vosotros y tenéros las que pedir para poder trabajar.

—Eso es propaganda capitalista.

—Bueno. Eso es lo que hay.

—Mira Pepe, lo que no puedo entender es que siendo pobre seas de derechas.

—Ya ves. He sido siempre las dos cosas y me parece que lo seguiré siendo.

—Salud.

—Con Dios.

DEJAR EL PALUSTRE: PACO Y CIPRIANO MERA ALBAÑILES

Llevaba jubilado algunos años cuando le llegó la noticia: los socialistas iban a pagar una pensión a los oficiales de la República. Lo leyó en el periódico y todavía no se lo podía creer. Si aquello fuera cierto, empezaría a creer que las cosas estaban cambiando de verdad en España. Por si acaso, no diría nada. Los días transcurrían con la tranquilidad merecida. Ya no tenía que levantarse antes de salir el sol para llegar puntual al trabajo. Una etapa de su vida estaba cerrada, cuarenta años de albañil, toda una vida, o casi toda...

Ahora le llamaban obreros de la construcción, pero él prefería el viejo término: albañil, como su padre, como su abuelo, como sus hermanos y como Cipriano Mera.

Siempre había sido un hombre prudente, la discreción lo había salvado. Y el silencio. Había tenido callado aquello todos esos años. Cuarenta años de silencio. Ni siquiera sus hijos conocían su historia. Pero ya era hora de permitirse recordar. Ahora tenía mucho tiempo para hacerlo y nada que perder. Si acaso, algo que ganar. Si los periódicos decía la verdad y aquello no era un bulo más, no solamente no tenía por qué avergonzarse de su pasado sino que, por el contrario, le hacía merecedor de una compensación económica.

Nunca se había movido por dinero. Ahora tampoco. Pero reclamaría esa pensión porque era justo.

Y siguió recordando, pero en silencio. De lo que no se puede hablar, es mejor callarse. Ese era su lema.

Estaba en Brihuega con los anarquistas, un sitio cómodo porque no estaba muy lejos de Madrid, pero era el Frente.

Y vinieron los fascistas italianos con sus modernos tanques. Eran muchos y bien equipados, así que los que la defendían se replegaron y dejaron que tomasen el pueblo. Paco contaba que en toda la guerra no disparó un solo tiro, en aquella ocasión, tampoco.

De su brigada quedaban pocos. Unos muertos, otros heridos, más los que se habían dispersado o huido. Eran muy pocos y se unieron a los refuerzos que llegaron para intentar recuperar la ciudad: la división de Cipriano Mera, que entonces ya empezaba a ser conocido como uno de los jefes del anarcosindicalismo. Había estado en Cuenca varias veces con su columna. Se decía que habían conseguido parar un intento de sublevación de la Guardia Civil en la capital y que luego había ido por los pueblos haciendo milicianos entre los chicos jóvenes para incorporarlos al Frente. Pero él llevaba tiempo fuera de Cuenca y no lo conocía. Estaba haciendo la mili en Madrid, cuando estalló la guerra. Eso sí lo había contado mil veces a su familia. Faltaban unos días para cumplir los tres años del Servicio Militar y volver para Villaescusa cuando recibió la orden de no abandonar el cuartel porque había estallado la guerra. Estaba en los cuarteles de Campamento, cerca de Carabanchel.

De aquellos tiempos no guardaba ningún documento, nada que acreditase los servicios prestados en el Ejército, ni el rango adquirido. Nada. Después de tantos años era difícil encontrarlos. No se podía hacer ninguna reclamación sin tener algún papel, algo que probase la veracidad de los hechos.

Recurrió a los periódicos de la época. Allí tenía que estar la prueba. Pidió a sus hijos que le ayudaran a buscar en las hemerotecas. Por eso, poco a poco, la familia se fue enterando de más datos.

En la República no tenían muchos oficiales, Paco había acabado la mili de sargento, por eso echaron mano de él. Hacían falta hombres para instruir a la tropa y los pusieron a hacerlo. Él tenía tres años de mili más los que llevaba de guerra. Esa era toda su instrucción militar... Había estado dirigiendo la construcción de trincheras y el coronel lo había felicitado por el trabajo tan bien hecho, después había conseguido algunos éxitos en el avituallamiento de la tropa, pero nada más.

—Me ofrecieron ser oficial de mando y les dije que no, que yo no era militar. Me dijeron que era una orden y que debía obedecer, que era un honor que me concedía la República, que cada uno tenía que servirla como mejor pudiera. No me quedaba más remedio que aceptar...

Me llamó el jefe de la división:

—A ver oficial Rubio ¿por qué no quieres el ascenso?

—Mire usted, yo no soy militar

—Has coordinado acciones militares. Y según los informes, muy bien hecho.

—Sí, porque no había otro... y en cosas pequeñas

—Ahora tampoco hay otro... Si tú te niegas en redondo y tienes tus razones podríamos buscarlo, claro, pero en estos momentos cada hombre debe dar de sí más de lo que es capaz. No se puede escatimar esfuerzos.

—Mire usted, yo les agradezco la confianza que ponen en mi persona, pero es una responsabilidad muy grande para uno que no es más que un albañil. No es que no esté dispuesto a esforzarme. Cuente conmigo para lo que haga falta. Es que ya le digo, uno es albañil. Ya me ve. No sé si un simple albañil podrá desempeñar ese cargo que me ofrece.

Los que estaban allí al oír aquello empezaron a reírse y el que me preguntaba también. Se levantó me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Ah, si es por eso, no se hable más. Se puso a escribir algo en un papel y cuando terminó se dirigió a mí mirándome a los ojos.

—¿Así que tú crees que un albañil no puede defender una línea de combate?

—Bueno, defenderla sí. Ya la hemos defendido muchas veces, pero no es lo mismo que dar órdenes.

—Ah ¿no?

—Quiero decir que yo no tengo estudios para saber de estrategia y dirigir un ataque.

—Ah, eso no puede hacerlo un albañil según tú.

—Pues mire usted, yo creo que lo haría mejor otro.

Los demás seguían atentamente la conversación. Parecía que se estaban divirtiendo. Miraban a Mera y se reían.

—Mire usted, yo no soy más que un albañil como mi padre y como mi abuelo... —decía Paco

—Ya, ya. Pero tendrás otras aspiraciones.

—No, señor, lo único que quiero es que acabe la guerra y poder volver a mi pueblo, a mi trabajo de antes.

—Mira, en eso estamos todos los presentes. Por eso es por lo que necesitamos gente como tú, que no quiere glorias militares, sino acabar la guerra cuanto antes y con el menor número de bajas. Desde ahora tienes el mando teniente Rubio

—A sus órdenes

—Ah, espera ¿sabías qué oficio tenía yo antes de la guerra?

—No, mi comandante.

—El de albañil, como mi padre y como mi abuelo. Y estoy deseando, tanto o más que tú, que acabe la guerra y volver a coger el palustre. No lo olvides.

Hicieron huir a los italianos y reconquistaron Brihuega. Era al caer de la tarde cuando pudieron por fin entrar en la ciudad, ocuparon las casas vacías y se lavaron, cenaron y la mayoría pudo dormir en camas. Ocuparon las casas señoriales y los conventos en busca de comida. Una bonita ciudad, Brihuega.

Hicieron más de setenta prisioneros, camisas negras italianos a los que respetaron la vida. Les hablaban español y lo entendían. Les echaron en cara que vinieran a otro país a quitar la libertad a un pueblo. Ellos pedían clemencia en italiano, y también los entendían perfectamente aunque no hablaran su idioma ¡Eran tan parecidos! Españoles e italianos, primos hermanos. Los entregaron a todos sin haberles tocado un pelo de la ropa.

Cuando acabó la guerra estaba en Valencia.

Se quitó los distintivos de oficial y se puso al lado de su tropa. El mando de los nacionales pidió a los oficiales que dieran un

paso al frente y él no lo hizo. Todos los suyos lo conocían y se arriesgaba a que alguno pudieran delatarlo. Aún así, se arriesgó. Confiaba en ellos, lo habían estado hablando antes y habían decidido decir que los oficiales se habían ido a Francia, que los que quedaban eran solo los de la tropa... Es que si no, los mataban. Entonces se les leyó la ley que castigaba con seis años de cárcel para todo el que fuera nada más que soldado, solamente por haber estado en el Frente, aunque hubiera sido llamado a filas con los de su quinta. Alguien dijo: pero oficial, con todo respeto, los hay que solo hemos estado cavando trincheras, que hay quien no ha disparado un tiro...

A Paco, como era albañil, lo llevaron hacer trabajos con los de su oficio.

LA GUERRA DEL ABUELO GUMER

Era 1936, año de la guerra. Por primavera ya estaba las cosas un poco revueltas en el pueblo aunque nadie podía imaginar la que se avecinaba, dice Gumer.

Leo en el libro de actas del ayuntamiento que el 24 de mayo las autoridades del pueblo, seguramente para evitar males mayores, requisan unas armas a particulares y las envían a la Audiencia Provincial de Cuenca. De ello da fe un acta escrita por el secretario de entonces.

El día 27 del mismo mes se piden informes desde Cuenca sobre el estado de las fincas cultivables en el pueblo. Se acompañan con solicitudes de que se incluyan en la Reforma Agraria para explotarlas colectivamente.

Había triunfado el Frente Popular en todo el país y se disponía a llevar a cabo las reformas que los anteriores gobiernos de la República no se habían atrevido a hacer.

El 31 mayo hay una reunión de patronos y obreros en el Ayuntamiento de la que también dan cuenta las Actas de ese día. Se lee en ellas que «los patronos han abandonado el salón de sesiones sin llegar a un acuerdo de bases y se les manda las de la sociedad».

¿De qué sociedad se trata?, pregunto a Gumer. Según él deben ser los del Consejo del que forman parte los miembros de los sindicatos y de los partidos de izquierda.

El 4 de junio se celebra una sesión extraordinaria en el Ayuntamiento para destituir al alcalde.

Se trataba de Manuel Cornago, que era el socio propietario más importante de la Sociedad Eléctrica, uno de los que más había hecho por traer el progreso a Villaescusa. Republicano convencido, pero no marxista. Pertenecía a Izquierda Republicana y, después del triunfo del Frente Popular, los políticos

de Cuenca, probablemente, consideraron que no era lo suficiente de izquierdas. O quizá fue él el que no quiso respaldar las consignas de la CNT y de la UGT, que eran los sindicatos mayoritarios en el pueblo y que desde febrero, con el triunfo en las elecciones del Frente Popular, serían la fuerza más importante.

Las revueltas obreras de las ciudades y de las zonas industriales se extendieron hasta llegar al campo. Los jornaleros de Villaescusa «ocupan» tierras sin cultivar, para trabajarlas.

Las autoridades del Ayuntamiento de entonces respaldan dicha ocupación, ya que en una nota del nueve de junio enviada a Cuenca se dice: «se participa que los obreros que trabajaron en Haro no asaltaron la finca, sino que fueron a trabajar en ella cumpliendo con la ley».

El día once de ese mes de junio, un obrero se atreve a presentar una denuncia contra su patrón, uno de los terratenientes del pueblo, de la familia de los Lodaes.

Nada se dice del 18 de julio, fecha que tantas páginas va a ocupar las Actas de los años posteriores. Es como si en Villaescusa no se enteraran de la guerra hasta diez días después.

Ya no hay Actas en el Ayuntamiento hasta el 28 de julio. Ahí se habla de la incorporación al ejército de la República, en Madrid, de varios soldados del reemplazo de 1934 y la causa de por qué no lo hace Gumersindo Mena: no puede desplazarse porque se encuentra enfermo. Sí se incorporan Jacinto Lopezosa, José Vicente Mena, al que llaman el Chato, Ángel Moreno y Adolfo Ruiz.

También aparece el llamamiento a Nicolás Mena y Ramón Alarcón Millán, del reemplazo de 1935.

El uno de agosto aparece una «Relación de los sucesos ocurridos por la sublevación fascista de los que resultó herido el alcalde saliente», dirigida al «Señor Gobernador de Cuenca».

Los sucesos a los que se refiere la anterior Relación deben ser la revuelta, que también cuenta Juan Antonio Cornago en su libro, en la que dispararon un tiro y dejaron abandonado, dándolo por muerto, a Manuel Cornago. Ocurrió en la puerta de su casa, en frente de la ermita de las monjas.

—A lo mejor fue que lo acusaron de simpatizar con los sublevados, ¡a él que era más republicano que nadie y que había celebrado la República mucho antes de que cualquier otro del pueblo hubiera oído nombrarla siquiera! Aquello debió dolerle más que el tiro—.

A Gumer las fechas y nombres que escucha le llevan a aquel periodo de su vida que tiene más presente. Sigue contando cómo el alcalde herido, según unos, se escondió en un pajar hasta que consiguió encontrar a alguien que lo llevara a Montalbo, el pueblo en el que estaba su hijo de médico, quien lo curaría de las heridas que le produjeron los disparos. Después se marchó a Madrid donde permaneció hasta acabar la guerra. En esa ciudad, en la Carrera de San Jerónimo, sería visitado por el joven Gumer, años más tarde, en uno de sus permisos del Frente.

El dos de agosto, en los documentos del archivo del Ayuntamiento, hay un parte de alta de Gumersindo Mena en las Actas, por el cual deberá incorporarse a su Batallón.

Ese mismo día, en la misma página, consta una relación de cosechas, una estadística de cereales y otra relación de la ganadería existente, presentadas por los agricultores y ganaderos al Comité de Enlace. Este comité estaba formado por milicianos y autoridades republicanas que tenían la misión de establecer enlaces entre la población civil y los Frentes de la guerra. Se encargaban de abastecer los Frentes, además de reclutar a los soldados. Las otras notificaciones daban cuenta de lo que el pueblo podía aportar para el avituallamiento de las tropas: aceite, cereales y ganadería.

Más adelante, el siete de noviembre, también habrá requisas de animales de labranza: todo el mundo debía llevar a la plaza las caballerías que tuviera para que los que venían de fuera eligieran. Se llevaron las mejores mulas para la guerra.

Cuenta Gumer que tan pronto se recuperó de una caída con la galera, se incorporó al Ejército con los de su quinta, los del replazo del 34.

—Cuando empezó la guerra yo estaba en la casa de Alarcón, a las chicas les dejó su padre tres mulas y un terreno. Cuando vine

de la mili me contrataron. El accidente lo tuve trabajando allí. Venía de la cuesta la Mueda cargado de trigo, se escapó una travilla de la galera, en la rueda delantera del lado derecho, me acuerdo como si hubiera sido ayer, y se me volcó la mies encima. Me tuvieron que llevar a Cuenca. Por eso no me fui con los de mi quinta y por eso no me mataron en el Cuartel de la Montaña como les ocurrió a los otros con los que me tocaba haber ido. Aquel accidente me salvó la vida. Pero tardé poco en incorporarme, el 29 de julio tuve que salir para dónde estaba mi compañía, al Cuartel de la Montaña. Era el sitio en el que había hecho la mili y lo conocía. Hacía nueve meses que me había licenciado y otra vez allí, pero ahora peor. ¡Cómo estaba aquello...! ¡Cómo había cambiado desde la mili!

Desde aquel lugar lo enviaron a Somosierra con lo que había quedado de su batallón.

Y recuerda que nada más llegar, le dieron un petate con avituallamiento para un día: un chusco y una lata de sardinas, además de un arma, y lo mandaron a las trincheras.

También se libró de ir con su batallón a defender el Hospital Clínico, donde un cañonazo partió el edificio de parte a parte, muriendo en la refriega varios soldados del pueblo. Hubo tantos heridos que tuvieron que estructurar el batallón de nuevo. Mientras, el capitán de su compañía los dejó ir a su casa. Y Gumer se volvió al pueblo.

Pero tampoco esta vez le duraría mucho el descanso.

En el Frente, estaban también Juan Vicente Carlote, Matildo, el Pistolas... Nos había llevado Adalberto Escribano con él. Él fue el que tomó el cuartel de la Montaña. Al mando estaba don Manuel Truchante Sampere, hermano de un coronel que tuvo yo en la bandera, don Luis Truchante. Este militar fue el que montó los cañones para tomar el cuartel de la Montaña. Pero el que la tomó de verdad fue Adalberto Escribano.

Después del Clínico, en el pueblo no podía soportar oír lo que se decía: que si él estaba a resguardo mientras que sus compañeros estaban muertos, que si tenía que estar en la guerra. En fin, que

no lo dejaban tranquilo y escribió a Luis Pinedo, que era oficial del Ejército, para que lo reclamara. Así fue como se incorporó de nuevo al Ejército y lo mandaron con él a Aranjuez donde estaba de veterinario militar.

Al llegar a la Cuesta de la Reina, lo recibieron a cañonazos.

—Toda la noche estuvieron tirando morteros —cuenta—. Ese fue mi recibimiento.

De allí nos fuimos a Villanueva de la Cañada. Teníamos que recoger unos animales. Iba con LuIs, uno al lado del otro. Él llevaba una gorra de oficial y se le cayó de un cañonazo que nos lanzaron. Nos tiraron munición de todos los lados. Luis bromeaba, me decía: «ahora sí que puedo decir en el pueblo que he estado en primera línea». Yo pensaba, de ésta sí que no salgo. Entonces me dieron de baja por la cosa del corazón. No sé que me pasó. El ruido de los morteros, la tensión de tanto tiempo en las trincheras o las bombas que nos pasaban por encima, no sé lo que sería, pero me puse muy malo. Nos dieron de baja a tres: a uno que era músico de La Puebla, a Jesús Calero de Osa de La Vega y a mí. Pasamos por un Tribunal militar y el médico nos mandó a nuestra casa.

Estuve en aquellas trincheras una noche y luego dos o tres más hasta que un sargento dijo: «este hombre no puede estar aquí de esta manera». No me podía tener en pie. Así que nos bajaron del monte a la carretera donde estaba el puesto de socorro, me vieron los médicos de la brigada y me hicieron un escrito de lo que me había pasado aquella noche, cuando ya me rehíce me quedé de enlace con Luis Pinedo. No me dejaba solo, hasta dormíamos juntos allí. Estuvimos allí en el Frente de la cuesta de la Reina. No pasamos mucho frío, teníamos un capote manta de aquellas con una lista blanca en medio, de las que se ponía encima de las mulas debajo de la albarda. Con ellas nos tapábamos, pero las pasamos estrechas.

De allí lo mandaron a otro Frente, a Extremadura. Recuerda como al cruzar un puente los fascistas los estaban esperando,

bien equipados de armamento. Y como la memoria se fija en hechos insignificantes y olvida otros, caprichosamente, la suya retiene una imagen de un matrimonio cruzando por el puente con un montón de pavos. Las balas rozaban a los animales y salían plumas por el aire. La mujer seguía detrás, empujándoles a andar: Hale, hale. Y el hombre tiró de ella hacia los rastrojos, poniéndola a resguardo: «A la mierda los pavos», lo oyó gritar.

Esto ocurría en el término de Manrupe. También pasaron por Sotillo de Ladrada y otros pueblos. En el camino se encontró con un sargento que había escapado de los moros. Un sargento de carabineros herido, que venía del Puente de Alcántara.

—Me pidió: «Por Dios, no me dejes» y lo saqué como pude. Dio la casualidad que luego, en ese mismo hospital al que lo llevé, fui a parar cuando me hirieron en un pie.

Allí en Extremadura había sido muy duro por los moros. Ellos no hacían prisioneros, al que pillaban le rebanaban el cuello. Por eso no podía dejar aquel sargento solo y herido por el camino. Los moros eran muy traicioneros. Nos pisaban los talones, se podían oír las campanas del pueblo que acababan de tomar.

Atacaban por la noche. Hacían un ruido que metía miedo. Gritaban y se te tiraban encima. Huía el que podía. Los que habíamos hecho la mili éramos algo disciplinados. Por eso de haber hecho la mili, obedecíamos a los militares, pero a los milicianos no les hacía caso nadie. Estábamos con la columna del Rosal. De diez mil que éramos, sobrevivimos muy pocos.

Quiero hablar un poco yo para que él descanse. Aprovecho este momento que se ha quedado en silencio para hacer un comentario intrascendente con su hija que ha pasado a la habitación donde estamos nosotros dos, Gumer y yo, sentados en una mesa, hablando. Durante un rato se le ve reflexivo, como meditando las consecuencias que tuvieron los sucesos que recuerda. A lo largo de la conversación ha salido varias veces el tema de lo cerca que ha estado de la muerte, batallas en las que el azar evitó

que interviniera por haber tenido un accidente, por haberlo trasladado a otro lugar o por haber estado enfermo. Varias veces se libró de que lo mataran. Seguramente, ese hecho lo ha empujado a saborear más la vida, a vivirla con tal plenitud y vigor pese a su avanzada edad. A diferencia de otros ancianos, él vive la actualidad, lee el periódico y algún que otro libro que le trae su nieto. Aun así, tiene en común con sus coetáneos las ganas de hablar del pasado, sobre todo de estas cosas acerca de las cuales han tenido que guardar silencio durante tanto tiempo.

—Bueno, nosotros vayamos a lo nuestro. ¿Por dónde íbamos?

—dice llamando mi atención, por lo que corto la charla banal que mantenía con su hija, que opta por salir de la habitación.

—Vino uno y nos dijo: «Ha llegado un teniente del ejército y el sargento de la artillería le ha pegado dos tiros, han desmontado los cañones, y aquello es la hecatombe». Nos vinimos de retirada por Talavera. La gente se tiraba al río para que no los cogieran los moros. La corriente venía llena de cadáveres.

Pasamos por Manrupe, La Higuera... Pueblos con huertas cercadas que se iban quedando desiertos. ¡Qué iban a hacer! Huir lo mismo que nosotros. Ya se oía a los moros que tocaban las campanas. Y la gente con los pavos por la carretera: «Al bolo, to pa ellos», dijo el marido a su mujer dejando todo lo que llevaban allí tirado.

Allí en Sotillo de Ladrada estaban los nuestros. Nos unimos a los milicianos que estaban en los grupos escolares. Nos organizaron el batallón y nos mandaron al Frente otra vez. Y vinimos a Ladrada, cerca de la sierra y estando allí, gracias a ello, nos salvamos del follón de la noche.

Los guardias mandaron a los soldados a lo alto del cerro, ellos se quedaron en el castillo. Esa tarde se cargaron a un batallón de moros casi entero. Pero los moros que sobrevivieron, por la noche, volvieron a atacar y hubo muchos muertos. Luis, un guardia del pueblo, cayó herido. Entonces la Guardia Civil, a la que pertenecía, luchaba de nuestro lado. Llevaban en la gorra la bandera republicana. Bueno, pues a este Luis, le pasó el tiro por el hombro y le salió por la cadera.

Habían cortado por San Martín de Valdeiglesias. Estábamos preparados para abrir por guerrilla, con el coronel López Tienta, que nos dijo que el pueblo de San Martín estaba libre y podíamos pasar por Burgondo y Casas Viejas. Allí estuvimos un tiempo.

Era invierno y el agua estaba helada, pasé noventa días sin afeitarme, sin quitarme la camisa, ni lavarme apenas. Tengo por ahí una foto en la que estamos los tres: el Chato, Juan Vicente y yo.

Lleva más de dos horas hablando y se le fatiga la voz. Bebe agua, para aclararse la garganta, dispuesto a seguir. Soy yo la que le digo que me tengo que ir. Y él, como hacen en los seriales de la televisión, me adelanta un trozo de lo que me va a contar el próximo día cuando nos veamos.

—No te he contado cuando el alcalde y Teodosio se envalentonaron y le dijo Cornago a Maceo: «Por Dios Maceo...». A Cornago lo vi luego, durante la guerra, cuando acompañé a Luis a verlo para pagarle unas tierras que le había comprado. En esa visita, Luis le liquidó lo que quedaba, vivía con una hija de Antonia la Maña.

Un domingo por la mañana le pide a su nieto que lo lleve en coche a mi casa porque tiene algo que contarme y no quiere que se le olvide. Me conmueve que sea él el que se desplace para venir a buscarme y lamento no haber aprovechado tantos años que hemos vivido en el mismo pueblo para escuchar tantas cosas como hubiera podido contarme. Afortunadamente, he llegado a tiempo, aunque a él no le parece que le quede suficiente para todo lo que tiene que decir. Nos habíamos cruzado muchas veces por la calle —en un pueblo tan pequeño nos conocemos todos— pero sin más palabras que los saludos de cortesía. No habríamos tenido estas conversaciones de no ser por sus nietos. Fueron ellos los que me hablaron de las historias tan interesantes que su abuelo les contaba. Un día fui a verlo a su casa y así empezó nuestra amistad.

Desgraciadamente, la muerte la truncó en apenas unos años. Cuando asistí a su entierro en Villaescusa, lo hice con el sentimiento de que se me iba un amigo.

Gracias a sus recuerdos aprendí a ver mi pueblo y sus gentes de otra manera. Nos dejó como herencia la lucidez de palabras:

—El otro día me preguntaste por los jóvenes de mi época, que sí eran más políticos que ahora. En el pueblo no era político nadie, en el pueblo nos vino todo de golpe con la guerra. Luego sí, lo primero que hubo fue las Juventudes unificadas. En la mili me enteré yo, escuchando en las sala de suboficiales, de lo que eran esas organizaciones. Ellos estaban afiliados a las Juventudes Socialistas Madrileñas. El sargento Marín era el presidente. Luego fue el primero al que hirieron en Guadarrama, en el Frente. Cayó herido grave y se lo llevaron en la camilla Juan Vicente y otros que hacían de camilleros.

Por cierto que nos pasó una tragedia allí, en Guadarrama. El sargento de la legión nos mandó un parte falso en el que se ordenaba que retiráramos la posición en la que estábamos. El comandante dijo «Sí, pero tú te quedas aquí con nosotros». Estaba con el membrete del Estado Mayor, de puño y letra, firmado y todo.

En la carretera estaban los guardias del asalto.

Nos dimos cuenta de lo que nos podía haber pasado.

Esto ya te lo he contado ¿no?

—No sé, ahora no caigo. Siga contando usted y le digo. Creo que nos habíamos quedado en que había vuelto usted al Frente.

—Ah, sí. Retrocediendo con el Frente fui a parar a Pedralaves...

Allí, en una batalla le pegaron un tiro en el pie y lo llevaron a un hospital que había en Escalona de Alberche. Era un hospital de campaña y dio la casualidad que se encontró con el hijo de Cornago, José, que estaba allí de médico. Hablaron de todo un poco, y el médico le ofreció quedarse con él para trabajar de enfermero o de cualquier otra cosa, que siempre sería mejor que en primera línea del Frente. Aceptó el puesto, pero no llegó a incorporarse. Un avión soltó dos bombas justo encima de ellos. Dijeron que había sido uno del propio pueblo. Salieron en des-

bandada. Cada uno se fue por su lado y ya no se vieron. El hospital quedó destrozado. Él pudo salir por un boquete en la pared.

—Mucho tiempo después, un día me encontré a Cornago hijo en el casino, ahí en la plaza. Nada más subir la escalera, detrás de la puerta, en una mesa a la izquierda, allí estaba sentado. Hacía tiempo que había acabado la guerra. No nos habíamos vuelto a ver desde el hospital de Escalona. Me preguntó: ¿Por dónde saliste? ¿Cómo es que escapaste vivo? Yo le dije por el boquete que fue. El salió por una ventana. Tuvimos suerte. Murieron muchos.

Aunque haya tenido más guerra que nadie, tuve suerte. Si en Extremadura me llego a quedar con los del pueblo, con los de mi reemplazo, ahora estaría muerto como lo están ellos.

De allí lo llevaron al hospital de Valencia y también atacaron el hospital. Vino un barco y soltó un cañonazo desde el mar que partió el hospital en dos. Los llevaron a Onteniente y sin estar del todo curado el capitán médico les dijo que podían irse cada uno a su casa.

—Ya estaba terminando la guerra. En cuanto me dijeron que podía venirme, cogí el camino y me vine.

Del Frente se trajo dos mulas que había encontrado por ahí sueltas. Venía contento. La guerra había acabado y él traía animales de labranza. Pero nada más llegar, se las requisaron.

Luego supo de más muertes de sus compañeros de reemplazo ¿Por qué ellos sí y él no?, se pregunta todavía. ¿Por qué quedó él, único superviviente de esas batallas? ¿Por qué sigue aún, con la mente asombrosamente lúcida y esas ganas de vivir, a sus noventa y seis años?

Entre otras cosas, con toda seguridad, para recordar, para que el pueblo no olvide lo que pasó, porque, como dice la sentencia «el pueblo que ignora su historia repite sus errores».

Reviso las notas que he tomado en los archivos del Ayuntamiento. El seis de octubre figura el acta de constitución del Comité Agrícola Local. Se habla de las funciones del Comité, del número y deberes de sus integrantes pero no se nombra cuáles son éstos.

A continuación el Comité da una contestación por escrito a las peticiones que se hacen desde Cuenca: declaración de no haber existencia de nitrato de sosa ¿Para qué lo querían? ¿Para fabricar bombas?

Gumer, durante gran parte de ese tiempo del que le hablo ha estado fuera del pueblo y no puede aclararme lo que pasó en su ausencia. A pesar de todo llevo conmigo estas notas y se las leo. Es una manera de hacerle descansar cuando le noto fatigada la voz.

Del catorce de octubre pueden leerse varios oficios: oficio de creación de Consejo local de la enseñanza, oficio de estar depurándose a una persona del ayuntamiento por el que se contesta a la delegación del trabajo, que es el organismo que insta a la depuración.

Otro que habla de la existencia del «mal rojo» en el ganado de la Encomienda. El veinte de noviembre aparece el documento de haber sido alojados en el pueblo los evacuados de El Tiemblo, Ávila.

Una tarde, cuando llego a su casa, sus nietos le están cortando el pelo y bromean de lo joven que lo están dejando.

—¡Si no fuera por las piernas! —dice levantándose de la silla, sin ayuda de nadie, para sentarse en su sitio de siempre, junto a la mesa camilla donde apoyo mi cuaderno y la grabadora que llevo a veces.

—Sí quiere puedo venir en otro momento.

—No, no, si te estaba esperando, contesta. Y en seguida empieza con sus recuerdos.

—En Ladrada había una iglesia, desde allí a un muchacho lo quemaron con aceite hirviendo, a otro casi lo matan de las quemaduras. Ortega, uno del pueblo, se tiró y se rompió una pierna, pero no lo cogieron. Consiguió escapar. Los moros, al que cogían, lo liquidaban, le cortaban el cuello...

En el puente había dos ametralladoras.

Dos mujeres venían corriendo por la carretera y llegaron que no podían hablar. Habían huido de su casa en Talavera, allí te-

nían un comercio grande. Los moros habían entrado y mataron al padre, ellas salieron huyendo... Es que a las mujeres las violaban y luego las mataban.

También muchos guardias de asalto murieron allí, al que cogían lo liquidaban rápido. Era la compañía de Guardias de Asalto de la calle Pontejos.

Se dijo que un oficial de los guardias intentó pasarse con toda la compañía a los fascistas y, dentro ya, el capitán o el general de Franco mandó que los fusilaran a todos. Sólo se escapó uno al que habían dado por muerto. Traía un agujero en la gorra, del tiro de gracia que le habían dado.

Nos dijo que habían fusilado a todos y nos mostró sus heridas. Lo llevamos a un hospital y le dijo el médico al oficial nuestro: «Usted es responsable, si vengo y no está aquí, usted es el responsable».

Era de la compañía a la que pertenecía Cayetano, También Cayetano era guardia de asalto. Estuvo con el Campesino después de haber estado escondido algún tiempo. Estuvo metido en una alacena en casa de Pedro León, en la Placeta.

Luego lo detuvieron y lo encerraron en la iglesia. Como la conocía muy bien porque un tío suyo había sido cura en el pueblo, se escapó de allí. Al final no tuvo más remedio que ir a la guerra.

Sigo leyendo la información que consta en el Ayuntamiento. Cuadernos amarillentos de tapas duras. Caligrafía endiablada a veces. Pulcras y limpias líneas que ofrecen datos escuetos y que los recuerdos de Gumer me ayudan a interpretar.

El veintisiete de noviembre se constituye la Junta Local Calificadora de la Reforma Agraria, y se remite a la delegación provincial once puntos de las bases de la siega.

En 1937 se entrega al padre de Inocencio Ruiz noventa y tres pesetas en concepto de salario adeudado a su hijo, muerto en la guerra.

Y en esa misma fecha hay un llamamiento a Gumer reclamando su incorporación al batallón de Infantería número dos.

En el mismo año está la comunicación que llega al ayuntamiento de las muertes de Ángel Moreno y Juan Vicente Millán, quintos de Gumer.

Hay otro escrito en el que se pregunta si ha muerto Pedro Díaz Lopezosa, dirigido a la 3 brigada mixta de Torrelodones, donde estaba destinado.

El uno de marzo se declara prófugo a un mozo llamado Florencio con un apellido ininteligible del que solo pueden leerse las dos primeras letras: L y a. El resto no se entiende bien.

Se reclama un justificante de baja de Gumersindo Mena. «Se trata de la heridas que recibí en la retirada de Talavera», me dice.

El dieciséis de marzo hay una carta del ayuntamiento «interesando noticias sobre el fallecimiento de Juan Vicente Millán y Ángel Moreno, al Regimiento de infantería nº 2 Madrid. Se dice que murieron en el ataque al hospital Clínico.

—No me pilló allí de milagro —comenta Gumer cuando le leo las notas que he tomado en el archivo.

El diecinueve de abril se realiza, para el Consejo Provincial de Cultura, un inventario de los monumentos y obras artísticas que hay en el pueblo.

Asímismo se apuntan en un registro los objetos de plata que el pueblo tiene entregados a la Audiencia, o al Comité.

En junio de 1937 se recibe una notificación de que Pedro Díaz Lopezosa, perteneciente a la brigada mixta de Torrelodones, batallón 3, compañía de Vadelatas, en Madrid, ha fallecido. Ocurrió en el Frente de Andalucía. También murió un hijo de Sebastián en el mismo Frente.

Ese mismo día se notifican las defunciones de Mercedes Lopezosa, otro hijo de la hermana Fili que había estado con la compañía del Campesino, y de Inocencio Ruiz Lopezosa. De este último, además del certificado de defunción, se envía a sus padres doscientas ochenta pesetas de parte del comandante del batallón Número 4.

También se piden informes por parte de la 2 brigada mixta, primer batallón, para sendas pensiones a Matildo Moreno y Juan Antonio Millán, por el fallecimiento de sus hijos.

En Carrascosa de Haro ha desaparecido el soldado Julián Tierno y el alcalde de Villaescusa, a petición del otro pueblo pide informes sobre él.

«Estaba prisionero. Lo habían cogido en la Casa de Campo. Allí, en la Casa de Campo, en Madrid, ellos estaban a la derecha y nosotros a la izquierda», recuerda Gumer.

El quince de junio de 1937, parece que el Frente está más cerca, se piden camas para hospitales de sangre. La respuesta del ayuntamiento de Villaescusa a la comandancia militar es que no hay camas por haberse llevado a Belmonte las que había.

Se requisan dos bicicletas, la de José Rubio y la de Rosalía. Parece que no quedaba ninguna más en el pueblo.

El hambre arrecia y ya no son solo las estadísticas de la ganadería, cereales y cosechas lo que se pide desde Cuenca, ahora se pregunta por el lugar de los palomares del pueblo y número de palomas. También se envían estadísticas de la lana, y se dice que no hay vino.

En el mes de julio se obtiene permiso para sacrificar corderos de Luciano Salgueiro para el Frente y para la colectividad. Esta tenía su residencia en la casa de don Ricardo. La CNT liderada por Joaquín Cañabate, se reunía en la casa de Cornago, junto a las monjas.

Juan Godina estaba al cuidado de la radio, en las Cuatro Esquinas, enfrente de la iglesia.

En agosto se reclama a varios mozos para incorporarse a Valencia. Junto a esa nota está la relación de los que se incorporan y los que no lo hacen por estar enfermos o encontrarse ausentes. De ellos, muchos ya estaban en el Frente antes de que los llamaran por su remplazo.

MUERTES, DESERCIONES, EXILIO, CÁRCEL Y MÁS MUERTOS

Sigo leyéndole mis notas a Gumer: «En septiembre, Matildo Moreno Cañavate, padre del soldado muerto Ángel Moreno, recibe ochenta y cuatro pesetas por los meses de septiembre, agosto y octubre del pasado año. Lo mismo debe pagarse a Felicidad Medina de su hijo Mercedes, a Juan Antonio Millán de su hijo, Juan Vicente, y a Francisco Díaz Alcáñiz de su hijo Pedro».

Para mí son solo nombres, para él, sin embargo, son parte de su vida. Me ayuda a ponerles cara. Me dice de quien son familia, la casa y la calle en la que vivían y anécdotas de cuando estaban juntos. Me asombra con su lucidez cuando a veces, tratándose de alguna intimidad de alguien, me pide: «Eso no lo escribas, no está bien que se diga».

Hay momentos en que se emociona. Entonces me siento culpable de hacerle recordar cosas tristes, pero no deja lugar para que le pida disculpas.

—Me haces pasar buenos ratos. Aunque me emocione, lo que más me gusta es hablar de estas cosas. Pero bueno, a lo nuestro —dice moviendo la mano en el aire como si pasara página—. Muchos se libraron porque se pasaron a Francia. Aunque también allí fue duro. Felipe, se murió en un campo de concentración. Era hermano de la Benita, de la Ventura, de la Cristina ¿sabes quién te digo? Una buena persona. Más bueno que el pan. Un hijo de la hermana Tomasa también estuvo en un campo de concentración y no se supo más de él. Se le dio por muerto durante muchos años. Hasta que un día bajando la mujer por la calle Empedrá, pero muchos, muchos años después, se lo encontró de frente. No se creía que pudiera estar vivo. Se desmayó al verlo, dicen que de la alegría.

—Hubo quien no volvió nunca, unos porque no podían y otros porque no quisieron hacerlo mientras viviera Franco. En Francia viven aún un hermano de Perfecto, que se llama Segundo, y otro suyo, Deogracias Mena Pérez, y el Trigueros, que se llamaba Ángel González, casado con una de aquí, que vino solo una vez para llevarse al hijo y no ha vuelto.

Más certificados de desaparecidos: José Lopezosa Medina y Silverio González, y de muertos: el de defunción del mozo Antonio Fernández Carretero.

Desaparecidos de la 23 brigada base Turia y de la brigada 48 de Madrid. ¿Habrán muerto en el Frente? ¿Los habrán cogido prisioneros? ¿O se habrán cruzado al enemigo? Sus familias tardarán varios años en saber qué ha sido de ellos. De otros nunca no se sabrá nada.

Otra lista de fecha posterior, ya en junio, con más nombres de soldados del pueblo del batallón de retaguardia, de la 10 brigada; del batallón de obras, sector Este, de las brigadas 1 y 39.

—A la mayoría he llegado a conocerlos. Vinieron sanos de la guerra aunque las autoridades republicanas los habían dado por desaparecidos.

También está la lista de los que llegan heridos del Frente.

Y se siguen recibiendo peticiones al Ayuntamiento: que se envíen con urgencia lo solicitado de la Reforma agraria al Instituto de Reforma Agraria de Cuenca.

El once de julio de ese año, uno antes de que acabe la guerra, hay una relación de desafectos y por tanto peligrosos para el gobierno de la República, entre ellos, dos chicas jóvenes que no cumplen órdenes.

Hay una notificación con el compromiso de no dar víveres a las personas que no se dediquen a las faenas de recolección, por lo que si quieren comer todos tienen que trabajar, se dice.

También hay un parte de «Accidente de trabajo en la Colectividad», con el nombre de los accidentados.

Se solicita noticias del Carabinero Deogracias Mena, natural del pueblo y se notifica la desaparición de más soldados.

Detienen a una mujer y la encierran en la iglesia. Su padre se pasa la noche en la puerta para proteger la virtud de su hija, que es soltera. Ella pide una vela para pasar el encierro leyendo novelas.

Se envían armas encontradas en el pueblo a la Audiencia Provincial.

Y llega, por fin, el final de la guerra, en la primavera de 1939.

El día quince de abril se piden informes y la ficha de evacuación del soldado Jacinto Lopezosa Ruiz, y de los detenidos Victoriano Aparicio Meras y Gregorio López Bonilla, al que llaman Matasiete, «que no había matado a nadie en su vida, no sé por qué ese mote» se pregunta Gumer.

El 18 de abril se informa del estado del ganado colectivizado y evacuado a Levante y tres días después, el 21 del mismo mes, se procede a la constitución de la Comisión de Recuperación Agrícola para la devolución de tierras a sus antiguos propietarios.

Hay un oficio en el que se dan garantía a favor de cierta persona por parte del alcalde, el cura y el juez, sin decir quién lo pide ni para qué son esas garantías ¿será para conseguir un trabajo? ¿Para no ir a la cárcel? ¿O para salir de ella?

Se pide aclaración sobre los refugiados y se contesta en otro escrito que no quedan evacuados excepto las familias de los que están detenidos. El 5 de mayo se dice que no hay interrogatorios por hacer ya que no hay evacuados en Villaescusa por haberse ido a sus pueblos.

El 29 de abril, hay un atestado de la guardia civil contra Luciano Lopezosa Olivares y Juan Julián Mena Moreno por fusilamiento de Valentín Fernández Muñoz. Se emite un informe en el ayuntamiento diciendo que se ignora si han tomado parte en el hecho delictivo y que a Juan Lopezosa se le conoce por Luciano.

El 2 de junio se informa del número y tipo de armas usadas por Falange a la contaduría militar.

Queda habilitado el auxiliar del ayuntamiento, depurados sin sanción el auxiliar aguacil y el guarda, detenido el maestro Ángel Manuel Mena.

Siguen los informes de soldados desaparecidos y Actas de devolución de fincas, aperos, granos y mulas.

El 28 de junio se llevan detenidos a Belmonte a varias personas más: dos mujeres y tres hombres.

Hay una comunicación a varios vecinos del pueblo para que rellenen su ficha azul. Otra en la se dice que a fecha de 15 de julio no existe en la comarca ningún aparato de radiotelegrafía.

Cinco días después, el 20 de julio, se ordena celebrar la fiesta Exaltación del Trabajo con una comida de patronos y obreros pero sin misa.

El 24 de julio se piden informes del otro maestro al juez de instrucción militar y se comunica que se presente el 2 de agosto al puesto de la guardia civil de Belmonte.

Se dice también dónde pueden comprarse las medallas del Glorioso Alzamiento y las del Subsidio de Combatientes.

Al Gobernador provincial se le da cuenta en una carta de la intervención de la cebada a un vecino que es desafecto al Régimen.

El 13 de noviembre se pide que se obligue a los propietarios a arrendar casas vacías para los que viven en cuevas y el 30 del mismo mes, se hace una relación de los quince soldados que han pasado por los campos de concentración: Mauthausen, Argeles... De los quince no llega a la mitad los que regresan al pueblo. Además de derrotados, vienen heridos y enfermos pero no hablan de los trabajos y sufrimientos que han pasado, lo que cuentan de allí es lo positivo: la camaradería de unos con otros, gestos como el de Aquilino que era ayudante de cocina y cada noche al terminar le llevaba un vaso de leche caliente a otro del pueblo que tenía úlcera de estómago. Otros como Victoriano Hernández o Felipe Gómez han fallecido en ellos o se dan por desaparecidos. Hay quien ha logrado escapar y se ha unido a la resistencia francesa, entre ellos Deogracias Mena, quien lucha contra las fuerzas de ocupación nazi en Francia. Los que consiguen sobrevivir ya no regresarán, se quedan a vivir en el país vecino donde tienen trabajo y gozan de aprecio y consideración.

En el mes diciembre un soldado del reemplazo del 38, llega al pueblo con amputación de los dos pies. No se le da auxilio ninguno porque ha luchado en la batalla del Ebro junto a los republicanos. Se le considera desafecto. Viene de uno de estos campos de concentración de Francia.

Unos días después, con fecha del dos de enero del año 1940, una circular del ayuntamiento responde a otra de las ordenanzas que el régimen de los vencedores establece: que el pueblo cumple la ley de que haya dos cementerios, el civil y el católico, ya que dispone de ambos, separados por pared de dos metros y medio, por lo que no es necesario realizar obras.

El día 20 se prohíben los carnavales, no se van a poder celebrar hasta la llegada de la democracia, cuarenta años después.

A Gumer, todos estos hechos no le suscitan ningún comentario. Excepto el del soldado que vino con los pies amputados.

—Se tuvo que hacer zapatero. En el campo no podía trabajar, no se tenía de pie. El hombre tuvo que aprender un oficio nuevo para poder defenderse. Tú lo habrás visto, siempre sentado en su taller. Nunca en bares ni en la Puerta el Cerezo. Nunca se le veía en ningún sitio. Le destrozaron la vida.

—Oiga ¿por qué no me cuenta algo de los anarquistas con los que estuvo? He leído que la columna del Rosal era muy famosa y que estaba por esta zona ¿vino al pueblo?

—No sé si vendría él en persona. Venían los milicianos de su columna a buscar avituallamiento para el Frente. La gente escondía los quesos, el aceite, el trigo, todo lo que tuvieran. Por eso los del Comité, la Convertida y el Vitoriano, iban casa por casa con un pincho buscando sacas de harina, registrando las casas, las cámaras y los pajares. Pero les daba igual, la gente hacía nichos en las paredes y agujeros en el suelo. Se pasaba mucha hambre.

La columna Del Rosal, que estaba en Cuenca, iba por los pueblos quemando santos de las iglesias. Aquí tampoco hicieron mucho destrozo porque los engañaba Colorín diciéndoles que ya lo habían quemado ellos.

Yo conocí a Del Rosal en el Frente. Era militar, teniente coronel pero no le hacía caso nadie. Nos juntamos con su columna de milicianos, te voy a decir cómo.

Un día venían corriendo unos. Habían matado a un teniente del ejército, el sargento le había pegado dos tiros, luego habían desarmado los cañones y el desbarajuste era total, la gente huía de cualquier manera.

Veníamos de retirada por Talavera ¡qué corriente llevaba el río entonces! ¡Para qué te voy a contar! Real de San Vicente, la Higuera, Manrupe, parece que estoy viendo todos los huertecillos cercados con piedra.

—¿Y después de la guerra? ¿No me cuenta nada?

—Me fui a trabajar a Madrid. Al principio la mujer se quedó aquí, trabajando en casa de su padre y yo vivía con mi hermana. Allí vino a verme un día Isidoro que había estado trabajando en Los Altos del Sil cumpliendo pena por lo de colaborar con el maquis. Estuvo preso mucho tiempo y le hicieron muchas perrerías en la cárcel. Vino a buscarme a casa de mi hermana. «Vengo para que me dejes montado en el autobús para irme al pueblo».

La guardia civil durante la guerra estaba del lado nuestro, claro. Mientras duró, lucharon como todos. Entonces, era la guardia nacional y llevaban en el tricornio la bandera republicana. Un día la caballería mora entre dos fuegos les dio duro. Nuestro capitán nos había mandado a lo alto, y nos libramos, dieron duro abajo e hirieron a uno de aquí que era guardia. Un tiro le entró por el hombro y le salió por la correa. Cuando se terminó la guerra se fue otra vez a la guardia civil, ¡y qué depuración le hicieron! Manuel Siete Arrobas era guardia de los de Franco y lo avaló porque era su primo.

La guardia civil estaba en los fregaos más duros. Eran del Gobierno y estaban donde los mandaban. Al acabar la guerra también les dieron los suyo, no creas. Había un sargento muy joven que se había escondido en una casa por la que pasamos con heridos en la retirada. Lo habían descubierto y estaba allí detenido.

También estaban dos de aquí: Blas el Manco y el guardia, al que le salió el tiro por la espalda, que se lo trajeron ya curao.

A Blas le pegaron y salió de allí diciendo: «Decid lo que quieren que digáis, que si no os rematan».

Yo llegué herido a Valencia, estábamos en el hospital cuando un cañonazo desde un barco fascista rompió de parte a parte todo el edificio del Clínico. De allí nos llevaron a Onteniente. Cuando nos mandaron a nuestra casa, me vine al pueblo y estuve casi un año.

¿Cosas que recuerde del pueblo?

Pues a don Fidel el cura, que durante la República se fue a Altarejos. En un viaje a Cuenca me lo encontré con traje de pana, lo habían hecho secretario del ayuntamiento y de la colectividad de ese pueblo. Nos saludamos y me dijo: «¡Cuánto vino nos hemos bebido en casa de tu abuelo!»

Ya no vino después de la guerra. Le dieron la cencerrada cuando se iba, no querían que se fuera, ea, un buen cura. Se fue antes de empezar. Le siguió don Juan José, muy buen cura también y muy valiente. «Ya es hora de que te quites esto, que los tiempos de la servidumbre ya han pasado», le dijo un miliciano tirándole del alzacuello. Y le contestó: «No me lo voy a quitar, seré cura hasta que me maten o me muera», y lo dejaron por imposible.

Otro fue Don Joaquinillo, lo traían de Belmonte para que dijera misa. Venía con alpargatas rotas, todo el dinero se lo daba a los pobres. Era muy pequeño y no gastaba nada en él. Todo lo daba.

¡QUÉ VIENEN LOS RUSOS!

Las brigadas internacionales pasan por Villaescusa

Iban de camino a Valencia, o a Barcelona. Eran las brigadas que habían venido a España a combatir el fascismo. Traían barbas de varios días, pelos largos y grasientos de un rubio color paja y botas y zamarra de cuero bueno. Venían de los diferentes Frentes en los que les había tocado combatir pero ahora el gobierno les pedía que se volvieran a sus países.

Se iban sin haber terminado la guerra porque las naciones a las que pertenecían, habían firmado un Tratado de no intervención que los obligaba a retirarse.

¿Qué si eran muy jóvenes? Pues no me acuerdo bien. Apenas se los vio por el pueblo. Estaban en el corral de Girón y de ahí no salieron. Solo se vio a alguno entrar en la iglesia y en la ermita de las monjas. Por eso se dijo que no eran todos rusos, los de ese país son todos ateos y no respetan nada. Estos, los que se dejaron ver, parecían gente educada. Ya te digo que entraron en la iglesia, si hubieran sido de los que no creen en dios, hubieran ido a otro sitio.

A las chicas nos dijeron que no nos acercáramos a ellos, por si acaso. Nos escondimos pero mirábamos por las ventanas. Los vimos cuando se bajaron de los camiones, cada uno con su petate cargado al hombro. Se quedaron a dormir en el pajar de aquella casa, la más grande del pueblo, que estaba colectivizada.

Nosotras éramos muy pequeñas, ocho o nueve años tendríamos, y también nos escondimos detrás de una ventana con la persiana bajada para mirar sin que nos vieran. Eran muy altos y con cabezas que parecían panochas secas, pero por lo demás parecían normales. Hablaban en su idioma y no entendíamos lo que decían.

De lo que sí me acuerdo era que venían muy guarros.

No, no pidieron agua para lavarse sino que enseguida se fueron a dormir.

Durante todo el tiempo que permanecieron en el pueblo las chicas mayores estuvieron en sus casas sin salir para que no las raptaran. Se decía que esa gente no tenía religión ni moral y que lo mismo les daba ocho que ochenta, así que era mejor prevenir y esconderse a dejarse ver, expuestas a sufrir una desgracia.

Cuando ya se iban, montados ya en los camiones con los motores en marcha, salimos mucha gente a verlos.

El oficial, comandante o capitán, no sé qué cargo sería, había dormido en nuestra casa, en una cama con sábanas blancas. Nada más salir los camiones del corral, una mujer sacudió la ropa de la cama por el balcón ¡Las sábanas blancas estaban negras de los piojos que tenían!

DE PARTE DE LA RAZÓN. MÁXIMO

En la cuesta que sube a la ermita de las Monjas desde la plaza, cerca del ayuntamiento viejo, hay una casa que conserva su estructura antigua. No la han remodelado transformándola en vivienda de dos pisos como han hecho con la mayoría de las casas del pueblo. En ésta, como en las casas de antes, arriba sólo están las cámaras. Son habitaciones abuhardilladas con vigas de madera, sin recubrir, donde anidan las golondrinas, amplios espacios donde se acumulan los trastos viejos y un paraíso para los juegos de la infancia.

La casa tiene una puerta verde por la que se pasaba antes a la tienda, la tienda de la Julia, y al lado otra más grande, la portada, por donde se pasaba al molino.

Todavía hoy está en pie la maquinaria pero hace mucho tiempo que dejó de usarse. Hoy nadie lleva grano a moler. La harina, se compra en las tiendas o en las panaderías del pueblo y tampoco hay ya animales en las casas como antes cuando la gente venía a moler la cebada aquí, al molino de Máximo.

Funcionaba con electricidad. No había más que echarle el grano a la tolva, darle a un botón y el grano se molía solo. No era como los antiguos, los que funcionaban con la fuerza del agua que traía el río.

Antes, el oficio de molinero era más duro, te obligaba a vivir en la aldea, al lado de la corriente. Allí, en la ribera del Záncara había vivido Máximo los mejores años de su vida. Atrás quedaban los años de la guerra y peor aún, los de la prisión, las sacas en los camiones en los que se llevaban a muchos de sus compañeros para no volverlos a ver más. Y el hambre, el miedo y la impotencia ante la injusticia. Son cosas que le duele recordar y que ha mantenido guardadas durante muchos años, pero

que ahora, al final de su vida afloran en su conversación con fuerza reivindicativa, porque, como él dice: «no tengo de qué avergonzarme. Nunca hice mal a nadie, ni he pertenecido a ningún partido, sólo he seguido a la razón toda mi vida. Pero en una guerra no hay razón que valga, y a muchos inocentes nos llevaron a la cárcel».

Después de la guerra, los años de silencio y el comienzo de una nueva vida que recuerda con nostalgia.

Allí en el molino del Cucharano conoció a Julia, la hija del dueño que se había quedado viudo. Julia, la huérfana, que sería luego su mujer y que lo es todavía.

Disfruta contándole su historia de amor a sus nietas.

—Tu abuela era una cría pero trabajaba como un hombre. Se quedó sin madre muy pronto y su padre se casó otra vez. Ella tenía que trabajar mucho y enseguida le tomé cariño. No es que fuera muy guapa, iba siempre con unos pantalones de hombre atados con una tomiza a la cintura.

Pero de eso hace mucho, mucho tiempo. Ahora, Máximo tiene noventa y siete años. Su mujer, unos años más joven que él, lo acompaña a todas partes. Han vivido juntos tanto tiempo que ya no saben vivir el uno sin el otro. A lo mejor, por eso, Máximo no quiere dejarla sola. A lo mejor, por eso, le da más pena haber llegado a viejo.

A ratos, cuando cree que nadie lo ve, se mira en el espejo y habla consigo mismo:

—¡Ay Máximo en qué te has convertido...!

—Abuelo ¿hablas solo?

—No, hablo con ése.

—Abuelo si eres tú ¿no lo ves?

—No, ese no soy yo.

—¿No lo ves que sí?

—Que no, que ese no soy yo.

—Ea, pues ¿Quién es?

—No me reconozco.

—A ver, abuelo, te voy a limpiar las gafas.

—No, si no es cosa de las gafas. Es que hay ratos que ya no sé quién soy.

—Eres Máximo Arribas, molinero, natural de Santa María de Campo Rus, provincia de Cuenca, nacido el... Espera que lo vea en tu carnet.

—No, si eso no se me olvida. Lo que fui, no se me olvida. Tengo buena memoria.

—Venga, siéntate y cuéntanos cosas de cuando eras joven.

—Si ya lo sabéis. Ya os he contado cuando trabajaba en el molino, cuando estuve en la guerra y luego en la cárcel. Eso tampoco se me olvida, porque fue una injusticia, no hice nada malo. Eso, quiero que lo sepáis: que yo no hice nada malo. Nos llevaron allí, porque sí, porque perdimos la guerra. Yo estaba con los de mi quinta, sólo hice cumplir con mi deber. Como todos los de por aquí. Como era zona republicana nos tocó luchar de este lado. Y yo como sabía cuentas, pues se creyeron que era algún cargo de responsabilidad.

—¿Quieres que te lea tus poemas?

—No hace falta. Todavía me los sé. La memoria es lo único que no me falla. Me fallan las piernas y el oído, hasta la voz algunas veces, pero la memoria no. A ver esta. Se titula: «A mis padres»:

Salud, mis queridos padres
Salud queridos hermanos

—Abuelo, ahora el otro, el de la casada infiel

—Ese no es mío. Ese lo recitábamos en el Frente, pero era de otro, muy buen poeta. Lo mataron al empezar la guerra. Nos sabíamos muchos de él. Había una revista en el Frente y la gente se animaba a escribir. Yo escribí muchos, están por ahí en un cuaderno. Me los aprendí para que no se perdieran porque es un papel malo. Me costó diez céntimos. El único papel que había entonces.

—Recita la de «Mi chabola»...

—Ese lo escribí cuando estaba en Aravaca. La ladera que se veía era la de Peñagrande. Teníamos que ir a otro sitio a por los

permisos. Cuando necesitábamos algo teníamos que dar toda la vuelta porque los teníamos enfrente, a los fascistas. Y disparaban mucho. Tenían más munición que nosotros. Una vez me saltó una astilla cerca del ojo de un disparo que hicieron, justo enfrente de mí. Fue a dar contra un palo donde estaba apoyado un rato antes. Si no me llego a mover me había dado en toda la cabeza. Me salvé de milagro varias veces. Tenía un primo que era capitán y me quiso llevar con él a otro sitio más seguro, pero le dije: Yo, adonde me lleve la suerte. Y ya ves, todavía estoy aquí.

«En una verde ladera...», así empieza el poema.

—La chabola era lo más parecido a una casa que teníamos en el Frente. No te mojabas. Y podías estar solo. Con tantos hombres, a veces te gustaba hacerte la idea de que estabas solo en tu casa.

—Ahora la de tu madre, recita la de tu madre

—Es que me emociono.

—Abuelo, no llores.

—¿Ves cómo me emociono como un viejo? Es que no me conozco.

—Pues yo también lloro y no soy vieja, todo el mundo llora.

—Que no me vea tu abuela. Trae, trae que me limpie.

—¿Y por qué no me cuentas cosas alegres?

—Porque no ha habido muchas.

—Sí, me has contado como conociste a la abuela. Y lo de tu novia. Cuéntame ahora que estamos solos lo de tu novia ¿Era Amparito o Encarnita?

—Ya se ha muerto también.

—Cuéntamelo. ¿La querías mucho?

—Sí que la quería, sí. Íbamos a casarnos. Es que la conocía desde que éramos unos chicos. Vivíamos uno al lado del otro, puerta con puerta.

—Ay, qué romántico. Sigue contándomelo abuelo. ¿Y qué pasó? ¿Por qué no te casaste con ella? ¿Te dio calabazas?

—No, la dejé yo.

—¿Por qué? ¿Por la abuela. ¿La dejaste por la abuela?

—No, todavía no conocía a tu abuela. Era antes. A tu abuela la conocí después, es más joven que yo. La Amparito era de mi

edad. Todas las noches íbamos a su casa a echar la brisca o venían ellos a la nuestra. Yo estaba desando que llegara la hora. Nuestras familias no sabían nada. Bueno, luego se percataron. Yo dejaba caer las cartas y me agachaba a cogerlas y así nos tocábamos, nos cogíamos las manos por debajo... Fuimos novios diez años.

—Entonces ¿por qué no te casaste con ella? ¿Ya no la querías?

—Fue por la guerra. Me tuve que ir con los de mi quinta. Tres años estuve, y cuando terminó, me metieron en la cárcel. Al principio me llevaba comida, un pan de kilo y medio lleno de chorizos.

—¡Podía haberte esperado!

—Me estuvo esperando mucho tiempo, pero me soltaban, volvían a poner otra denuncia y me volvían a meter. Una de las veces yo me había enterado de que tenía un novio con el que se iba a casar, ya habían hecho las amonestaciones en la iglesia y todo. Ese día íbamos a merendar e la huerta y, para entrar, teníamos que pasar por la suya, que estaba justo al lado. Allí estaba con su hermana. Yo iba con la mía. Me aparté un poco con ella y le dije: «Ya sé que te han amonestado y que te vas a casar». Y ella me dijo: «Sí, me han amonestado pero no me voy a casar con otro nada más que contigo porque es al que quiero». Y rompió con él, pero en seguida otra vez me enchironaron. La denuncia era de uno de su familia y es que no querían que se casara conmigo.

No sabía cuánto tiempo iba a estar allí dentro.

Porque la quería rompí el compromiso. Una mujer de su edad necesitaba un hombre para casarse y formar una familia y conmigo no podía hacerlo porque estaba en la cárcel. Fui yo el que rompí. Le escribí una carta a mi hermana con otra dentro para que se la diera a ella. Le decía que no podía cumplir el compromiso y que haría bien en casarse si encontraba un hombre bueno.

Lo hice para que no se sintiera culpable por haberse casado con otro mientras yo estaba en la cárcel, pero la seguía queriendo

—¿Y encontró otro novio?

—Sí. Yo estaba todavía preso cuando se casó. Y se acabaron los paquetes de comida que me mandaba.

—Pues vaya...—dice su nieta.

—Había estado ya una vez en la cárcel al terminar la guerra. Me echaron seis años, nada más que por ser soldado republicano, y luego, después de haber salido, me llamaron otra vez con la misma acusación de ayuda a la rebelión... Fue una injusticia. Yo ya había cumplido, no tenía delitos de sangre. Pero no podía defenderme, no podías hablar... y no sabía cuánto tiempo iba durar aquello. A mi madre también se la habían llevado. Eso fue lo más doloroso. Más, si cabe, que decirle a mi novia que no me esperara y que rehiciera su vida.

—Y se casó con otro.

—Sí. Pero me quería a mí.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque todavía muchos años después, cuando íbamos al pueblo en el cochecillo, tu abuela y yo, salía a mirarla. Quería mirar con quien me había casado. A tu abuela no le hacía gracia. Yo, al principio no le dije quién era esa mujer que salía a vernos nada más llegar. Le dije que había sido mi vecina y que nos habíamos llevado muy bien.

—Anda, le voy a preguntar a la abuela nada más que venga.

—La primera vez que fuimos, cuando tu abuela bajó del coche, no le quitaba ojo. Yo no le dije que había sido mi novia, pero tu abuela lo adivinó por la manera como la miraba a ella...

—Estaba celosa.

—¿Quién? ¿Tu abuela?

—No, la otra.

—No te digo yo que no.

¡Tanto tiempo en silencio! Sólo los íntimos conocían su historia y ni siquiera con ellos podía hablar de aquel período tan importante para él. Para que no se perdieran sus recuerdos, porque olvidarlos él no los iba a olvidar nunca, los grabó un día en una casete. ¿Se imaginan a este hombre a solas, grabando para sus nietos y para la posteridad, lo que tanto tiempo se había considerado subversivo?

A pesar del peligro que corría si lo descubrían, jamás se desprendió de ese cuaderno de papel barato en el que escribió sus poesías en la cárcel. Más aún, por precaución, para que no se perdieran, dada la mala calidad del cuaderno y el paso del tiempo, grabó con su propia voz cada uno de ellos y añadió comentarios y recomendaciones para sus nietos: Que luchó por la legalidad y que fue encarcelado injustamente, que él estuvo siempre de parte de la razón, y que esa había sido su política y no la de ningún partido, que no había hecho nada malo nunca, ni tenían por qué avergonzarse de que él hubiera estado en la cárcel...

Afortunadamente, pasaron los años del miedo y por fin puede hablar abiertamente. Solo que le falla la voz. Son muchos años. La mente está lúcida, pero el cuerpo no le obedece como él quisiera. Le fallan las piernas. Y a veces, también la vista.

Sin embargo, cuando habla del pasado, el brillo vuelve a sus ojos y la voz va adquiriendo firmeza.

La mayor parte del día, permanece sentado en el sofá, durmiendo o recordando. Es consciente de la decadencia de su cuerpo y sufre cuando los pies no le obedecen, o cuando la lengua se le traba y le impide decir lo que tiene intención de contar.

Aun así sigue hablando porque comunicarse es una manera de aferrarse a la vida. Hasta que poco a poco la lengua se despepeza y las palabras fluyen rápidas con la agilidad mental de siempre, como si el cuerpo y su cabeza necesitasen entrenamiento. Al rato, ya habla con el vigor de la juventud, aunque sea para lamentarse de haber perdido la suya inútilmente, primero en el Frente y luego en las sucesivas prisiones.

San Clemente, Seminario de Uclés, el de Cuenca... en cada uno de ellos hay un poema escrito. A la madre que sufre por él; a las otras madres que van a la prisión a ver a los suyos y en vez de la autorización para la visita, reciben las pertenencias de los hijos que acaban de ser fusilados; a la verde ladera que se ve desde su trinchera en lo alto de Peña Grande, cuando la defensa de Madrid, o la bala que fue a estallar justo donde segundos antes había tenido apoyada la cabeza. Recuerdos tristes que hay que ahuyentar trayendo otros más alegres, pero a los que él

vuelve reiteradamente, como si no hubiera terminado de colocarlos en su sitio. Como si no terminase de entender por qué pasó lo que pasó. Al final, cada día, siempre la misma conclusión y la misma súplica al aire:

—En la guerra todos perdemos. Ojalá vosotras no tengáis que ver ninguna.

Queremos que nos cuente cómo fue el final, algo que sea menos triste, porque al menos debió haber un momento alegre: aquel en el que se enterara de que la guerra se había acabado.

—Estábamos en la provincia de Jaén, en Huelma. Nos dijeron que cada uno podía volver a su casa, que la guerra había terminado. Las tropas de Franco estaban a las puertas. Nuestra compañía se entregó. No quedaba más remedio. En Zaragoza hubo un coronel que no quiso rendirse y los fusilaron a todos, a la compañía entera. Nuestros mandos fueron más sensatos. Ya no había nada que hacer. Nos dejaron libres, sin más. Para que nos fuéramos como pudiéramos. Las vías del tren estaban rotas y los trenes no circulaban. Pero era la señal para no perdernos, así que cogimos el camino y seguimos las vías. Cuando llegamos a Linares dónde estaba nuestra intendencia fuimos a pedir algo de comer. Allí estaban los oficiales que lo administraban pero el pueblo ya había pasado a manos de Franco. Se compadecieron de nosotros y nos dieron una lata de sardinas y un chusco. Eso fue lo que nos dieron para todo el camino de varios días. Les pedimos algo más para el viaje y nos dijeron que podíamos coger todas las lentejas que quisiéramos. Eso era lo único que había. Cogimos cada uno un saquete para no ir muy cargados. Nos vinieron bien, cuando teníamos mucha hambre las tostábamos y las íbamos masticando por el camino.

Hacían cincuenta kilómetros diarios y aun así tardaron semanas en volver a sus casas. Las lentejas estaban muy duras y no había tiempo de pararse y ponerlas a cocer. Las masticaban para matar el hambre. No se atrevían a pasar a los pueblos, lo hacían de prisa si no había más remedio y como de paso, para no levantar sospechas, con miedo de que los detuvieran o de que alguien les dijera «esos, esos son rojos», porque no se sabía lo que podía

ocurrir, Todos esos pueblos hasta hacía muy poco eran zona republicana, habían sido leales a la República, pero ahora ya no, ahora toda España era de Franco.

Tampoco se atrevían a pedir, nadie tenía nada entonces.

Hambrientos como estaban, miraban el suelo en busca de hierbas comestibles y hete aquí que ocurrió el milagro. Allí en medio, había tirado un pájaro muerto. No era muy grande, si acaso un bocado para cada uno, pero algo era. Lo cogieron, tieso como estaba y antes de dar dos pasos, vieron otro, y luego otro, otro y otro. Miraron hacia arriba, a los palos de la luz y se explicaron por qué habían caído. Aquellos postes, tanto tiempo sin corriente, habían entrado en funcionamiento y una descarga los había matado. Pero no estaban quemados. Hicieron un alto para pelarlos y asarlos, y aquel fue el primer milagro del camino de regreso.

Hubo otros. Aquella mujer que estaba sacando patatas y al verlos les salió al paso. Sin decir nada, con los ojos húmedos, se limpió las manos en el mandil antes de abrazarlos. No la conocían de nada. ¿Tendréis hambre?, les preguntó, y contestaron la verdad, que tenían mucha. Y la mujer los llevó adentro de la casa y les enseñó la foto de sus hijos por si los conocían y le tuvieron que decir que no, que debían de ser de otro regimiento. En un momento les guisó unas patatas y sacó un pan, que se comieron entero. Antes de irse le dejaron lo que les quedaba de las lentejas. «Para que les haga usted un guiso a sus hijos cuando vengan, que no tardarán», le dijeron.

Y se marcharon dejando a la mujer tan contenta. Pero ellos se fueron pesarosos, porque sabían que lo más probable era que aquellos chicos no volvieran nunca. Su batallón había tenido muchas bajas. Tantas que se había reorganizado varias veces.

Siguieron andando y cada uno se iba quedando en su pueblo: El Provencio, Pedroñeras, Las Mesas... Por fin llegaron a Santa María, que era el suyo, y creyó que allí acababa su viaje, que por fin podría vivir tranquilo con la familia, pero no. Alguien del pueblo lo había denunciado otra vez. Alguien de la familia de la novia. Detuvieron a su madre, a un hermano, a él. Los tuvieron

retenidos sin juicio durante mucho tiempo. Luego los fueron soltando. Pero a él lo volvieron a detener, dijeron que por ayudar a la rebelión ¿Qué rebelión si los que se habían rebelado habían sido ellos? Él no hizo sino acudir cuando lo llamaron las autoridades del Gobierno legítimo. Dejó la fábrica en la que trabajaba desde que era muy chico y se fue al Frente como hicieron todos los de su quinta, esa había sido su culpa: ir adonde tenía que ir, adonde lo llamaba el deber.

ARMAS QUÍMICAS PARA HITLER

La Marañososa

Miro la foto de Juliana, Conchita y la otra hermana. —Era una chica muy humilde. Le daba vergüenza pedir ayuda —dice el anciano con ternura.

Toda su vida ha sido un hombre duro. La edad ha ido suavizando su carácter. Tampoco ha sido muy hablador y ahora le gusta hablar. Cuenta las cosas aceleradamente, como si tuviera miedo de olvidarse de alguna. O como si no le quedase tiempo para contarle todo. Nunca han sido habituales en él ni las confidencias, ni los gestos tiernos...

¿Por qué guarda esa foto en la cartera después de tantos años? ¿Por qué nunca ha hablado a nadie de ella?

Detrás de ese silencio de toda una vida se escondía una tragedia. Mira la foto de bordes gastados por el tiempo. Las tres muchachas delgadas, cogidas del brazo, con vestidos de un largo que tapa la rodilla, faldas amplias y blusas sueltas —las prendas ajustadas eran indecentes en la época. Una de ellas lleva un bucle en el flequillo con el pelo recogido atrás. La otra, el pelo corto a lo «garçon» que se pondría de moda por entonces. Las tres miran fijamente a la cámara.

—Se llamaba Amparito. Era la hija de un militar. Trabajaba allí con su padre, en La Marañososa. Salíamos juntos los domingos por la tarde. Esa foto me la dio ella. La de la derecha es su hermana y la otra es una amiga.

Después de una larga pausa, sin dejar de mirar la fotografía, prosigue:

— Está hecha al poco de terminar la guerra. Nos llevaron allí en la «mili». Después de tres años de guerra, otros tres años de mili, otros tres años lejos de la familia, fuera uno de su casa.

Sigue con la foto en la mano. Recorriendo con los dedos los bordes rizados de papel y sigue recordando en voz alta:

—Meses interminables en las trincheras de Villanueva del Pardillo, Quijorna, Villanueva de la Cañada, Melgalamella... Los aviones de la Legión Cóndor bombardeaban nuestras posiciones y los nuestros, las suyas. No te acostumbrabas al ruido. Estábamos hartos de no poder dormir, día y noche sin salir de las trincheras. Había ratos más tranquilos. A veces hasta oíamos a los del otro lado que nos gritaban: «Eh, rojillos ¿tenéis hambre?».

Les decíamos que nos tiraran pan y nosotros les tirábamos tabaco. Se tiraban el farol de que les sobraba la comida. También, como había algunos del mismo pueblo, se preguntaban por la familia. Dormíamos allí en las trincheras. Te despertaba la artillería: pa, pa, pa... Hasta que no nos relevaban, no podíamos descansar. Hemos dormido hasta en un cementerio. Hemos pasado hambre y sed. Hubo quien llegó hasta beberse sus orines. Pero lo peor era la falta de sueño. Se puede volver loco uno.

Por eso cuando se dijo que íbamos a atacar al enemigo la gente se animó. Queríamos acabar pronto. Irnos de allí de una vez. El que mandaba era el teniente coronel Vicente Rojo.

Trajeron otras compañías. La mía siguió en el mismo sitio. Pero ahora era distinto, había más movimiento. Vinieron con carros de combate y atacaron por dos sitios. Se conquistó Brunete al enemigo. Se hicieron prisioneros. Y luego empezó el contraataque enemigo con los aviones. Eran aviones alemanes, los monoplanos BF 109. Mucho más modernos que los de los nuestros. Esto fue en julio del 37. Todavía me quedaban casi otros dos años de guerra...

Deja la foto en la mesa. Se queda un rato en silencio, como si buscara en la memoria y sigue:

—Nuestros aviones eran más antiguos. Volaban más bajo. Eran rusos, los H 51. Ametrallaban las trincheras del enemigo que estaban muy cerca y los oíamos hasta gritar cuando daban a alguno. Venían volando haciendo un redondel en el cielo, un avión detrás de otro. Entonces me salieron unos granos por todo el cuerpo. No sabía lo que era y me llevaron al hospital. Tuve suerte. Estuve allí hasta que me puse mejor ¡y otra vez volví al Frente!

Cuando acabó la guerra nos tuvieron allí prisioneros en una explanada entre el río y Villafranca del Castillo. Los que eran oficiales se quitaron los distintivos. Todos decían que eran soldados rasos. Había que presentar avales para que te dejaran libre y yo di el nombre de una monja del hospital, sor Margarita Bernal se llamaba, todavía me acuerdo de su nombre. Y me dejaron libre. Me vine a Villaescusa andando con otros del pueblo. En mi División estaban Lázaro Barón, Regino el de Carlote —el único que todavía vive— Juan Julián, el hermano de Honorio, al que luego fusilaron en Uclés. ¡Pobre muchacho! Después de pasar tres años prisionero allí, lo fusilaron. Hubo mucho revanchismo.

Yo presencié una venganza que todavía me remueve las tripas. Fue con uno que se llamaba Primitivo, pariente de Aníbal, por cierto. Estábamos allí formando, los que quedábamos de la zona republicana, y uno de los de Franco le pegó de latigazos hasta que lo volcó al suelo. Le dijo:

—Toma, por esto, y por esto ¿te creías que ibais a ganar? Pues toma y toma...

Y no llevaba ni quince días en el pueblo cuando me llamaron a filas de nuevo. Esta vez para hacer la mili. Después de tres años de guerra, otros tres de mili.

Nos mandaron a Ávila, a Arévalo.

Cuando llegó febrero y vinieron las cigüeñas, oíamos pa, pa, pa, y nos asustamos. Parecía el ruido de las ametralladoras: pa, pa, pa...

Hasta el 4 de agosto que llegó Emiliano, uno que había estado en Villaescusa de maestro y me dijo:

—Oye, que nos mandan a la Marañososa.

Y allí estuve, primero de «mili» y luego trabajando a sueldo hasta que me vine al pueblo.

En La Marañososa estaban los laboratorios centrales del Ejército y tenían una fábrica de armamento químico. Había que hacer unas obras, y como yo he sido albañil, me dieron trabajo. Pude hablar por mi hermano Paco, para que lo llamaran, como era también albañil —mi padre nos enseñó a los cuatro el oficio—. Mi hermano había estado en la guerra, hecha ya su mili y le dieron un cargo alto en el ejército Republicano, pero tapamos que

hubiera sido teniente. Muchos habían sido oficiales pero porque los habían hecho durante la guerra, no porque fueran militares.

La Marañososa era un buen trabajo. Venían gentes de Alemania, los directores eran alemanes y los químicos también. Hacían experimentos. La mayoría eran oficiales del ejército alemán. Aquí se había acabado la guerra, pero Alemania empezaba la suya. Se hacían gases y armas químicas para la segunda guerra mundial.

—¿Para Hitler?

—Claro.

¿Será tan obvia para todo el mundo la importancia de la ayuda española a Hitler? Se habla de que el wolframio gallego fue decisivo para la industria armamentista del dictador alemán pero muy pocos conocen que en las afueras de Madrid los nazis estuvieran fabricando armas químicas. Quizá también los gases letales que se usaron en los campos de concentración para exterminar a los judíos.

—A nosotros no nos dejaban pasar dentro de los laboratorios. Sólo si te llamaban para algún trabajo. Yo trabajaba fuera, haciendo un muro y unas escaleras en una especie de plaza.

Después de haber estado en el Frente aquello me parecía tranquilo. No había peligro. Allí se hacían los productos: botes de humo, gases lacrimógenos y armas químicas.

No había peligro. O eso creíamos... A ella —señalando una de las chicas de la foto— le estalló un líquido explosivo en las manos. Yo la esperaba fuera. Ya era la hora de salir y se retrasó un poco para dejar las cosas en su sitio. No le gustaba pedir ayuda y se puso a ordenar el laboratorio. Fue a poner una garrafa en su sitio y se le debió caer. Todo se hizo añicos, la explosión hasta levantó el techo del barracón.

Era muy buena. Todavía me acuerdo. Ya había acabado la guerra y eso no lo esperaba nadie. Murió en el acto. Tenía veinte años.

Mi hermano Paco siguió trabajando allí de albañil. Estuvo en La Marañososa hasta que se jubiló. Pero yo ya no quería estar más en Madrid y me vine al pueblo. Fue un golpe muy grande. Ya, cuando se había acabado la guerra. Y después de haber pasado tanto...

Luego me casé con otra, pero todavía me acuerdo de ella.

BRUNETE Y OTRAS BATALLAS

Las calles están vacías eso que es Navidad, este año ha venido poca gente...

Mi tío Pepe se queja de la soledad que se respira en el pueblo, más acentuada hoy que otras veces. Viene de dar su paseo de después de comer. Cada día, si hace sol, coge su bastón se abriga bien con un jersey encima de otro y recorre los campos cercanos. Primero toma su café en el Hogar. Lllaman así a la sala que se ha acondicionado para los jubilados en la Casa Grande, un edificio señorial que se ha rehabilitado para servicios sociales del pueblo: la biblioteca, la asociación de mujeres, correos, la sala de baile para las fiestas. Antes se quedaba allí leyendo el periódico y jugando a las cartas, pero en invierno no hay entre los asistentes bastante gente para echar una partida. Unos están pasando los rigores del frío en Madrid con sus hijos, otros no se atreven a salir de sus casas en este tiempo. A esta edad, los achaques no perdonan.

—Salgo temprano, nada más comer, y a eso de las cinco ya estoy de vuelta antes de que empiece a refrescar —me comenta.

El sol calienta más a estas horas del día. Pero aún así, no invita a sentarse a charlar en alguno de los bancos del paseo como hacemos durante el verano. No hay gente en el pueblo, pero él sigue sus costumbres y yo intento seguir las mías de caminar lentamente a su paso y escuchar sus palabras, el testimonio de una forma de vida que se está acabando con él.

Aunque a todos nos dice el corazón que el pueblo no lo hacen sólo los vivos. El pueblo son los vivos y los muertos, los que se han quedado a vivir en él y los que nos hemos ido, no importa cuantos años haga que nos fuéramos. Es bueno que haya gente como mi tío Pepe que conserve viva la memoria de las cosas para que no desaparezcan del todo

—Esto que te cuento te lo podrían decir otros. Bueno, no. Creo que soy el único que queda de mi edad.

El último testigo. La última vez que vine estuve hablando con el cura y con otro de mis tíos, mi tío Antonio, que no veía llegar la jubilación para venirse al pueblo. Hoy, los dos están muertos. Eran más jóvenes, pero la muerte tiene esos caprichos. Mi tío Pepe, en cambio, no tiene prisa en irse. Se lo dijo así a unos familiares que vinieron al último entierro y le dijeron, socarronamente:

—Cuídate hombre, que no tengamos que venir otra vez tan pronto.

—Yo no tengo prisa —contesta irónico, dándose por aludido.

Hoy hace frío. Se ha levantado el aire y mi tío Pepe no se decide a dar el paseo. Viene con su bastón y sus dos jerseys de lana hasta nuestra casa. Llama a la puerta a una hora en la que mi madre y yo aún no hemos terminado de comer. Se toma un café con nosotras. Lentamente, bebe pequeños sorbos de su taza, saboreando algo más que el líquido que le he servido. Lo he hecho muy claro para que no le perjudique.

—Se parece al que tomábamos en casa —le dice a mi madre—. Con los posos que quedaban del café del casino, mi madre hacía un recuelo. Siempre había un puchero de recuelo en la lumbre. Por la mañana ese era nuestro desayuno, aquel recuelo con leche —cuando la había que no era siempre— y unas sopas de pan. Y nos estaba tan rico.

—Molíamos el café y hasta lo tostábamos en el patio. Lo tostábamos con azúcar. El aroma estaba por toda la casa.

—Cuando había azúcar —le interrumpe mi madre.

—Cuando no había leche, lo tomábamos solo, pero azúcar siempre hemos tenido en casa. Cuando la guerra, nos la traía Paco del Frente. Era una azúcar morena que se apelmazaba. También nos traía sacos de arroz que mi madre guisaba con palomos. La carne era dulzona, pero daba sabor al guiso. Creo que aborrecí a esos animales para toda mi vida. Teníamos tantos que mi padre se los escondía entre el mono y se los llevaba a Doña

Lola. Los ricos en aquella época lo pasaron peor que los pobres. En las casas de los pobres había caza y se comía lo que fuera. Pero los ricos no tenían nada... y encima les obligaban a trabajar. Se llevaban a segar a las que eran señoras, a las que no habían ido nunca al campo.

Paco era teniente de los rojos. Y mi padre había sido alcalde de la CEDA. Lo eligieron en las elecciones del 33, las que ganó la derecha. Antes, durante un tiempo había sido alcalde el Minche ¿te acuerdas tú del Minche?

Le digo que no. Entonces se da cuenta de la fecha de la que está hablando, mucho antes de que yo naciera. Entonces era en 1930, después de la dictadura de Primo de Rivera. Vino al pueblo una orden de que se eligiera alcalde entre una terna formada por el último estudiante del pueblo, es decir, el estudiante más nuevo, el artesano más joven y el último mozo que se hubiera licenciado de la mili. Ése era el Minche, el padre de la Araceli. Los otros eran el maestro Antonio Romeral, que aunque no era de aquí estaba casado con una hija del pueblo, y el artesano Manuel el herrero. Ninguno quería ser y tuvieron que ir a Cuenca a ver al gobernador. Los recibió en su despacho y Manuel no podía estarse quieto, no dejaba de moverse todo el rato. Habló el primero y dijo:

—Mire usted, mi abuelo fue herrero, mi padre herrero y yo herrero, mi abuelo era muy nervioso, mi padre, usted pregunte, era nervioso también, y yo, brrrr, brre, ya ve usted, más nervioso todavía.

El gobernador debió quedar de tan convencido de los nervios de Manuel que nombró al Minche que le pareció más sereno. Además acababa de hacer la mili.

Enseguida se celebraron las elecciones de verdad. En otros pueblos se decía que habían roto las urnas, que las habían quemado. Pero aquí todo fue normal. Salió mi padre. Luego, cuando las siguientes, salió el Frente Popular y era Maceo el que mandaba. Por eso se decía que eran enemigos, Maceo y mi padre. Eran enemigos políticos, claro. Pero se respetaban. ¿Ya te conté lo del Cristo?

Sí, me lo había contado. Me lo había contado precisamente un día del Cristo después de la procesión. Lo había visto mirar la imagen, como todo el mundo hacía, mientras la pasaban a hombros por la puerta. La banda tocaba algún himno como hace siempre. Una música solemne. En esos momentos todos se callan y se emocionan, incluso los más ateos. El Cristo es un símbolo poderoso. Un símbolo en el que podía verse retratado el más pobre de los pobres y el más injustamente tratado por el poder.

Ahora ya no hay emigrantes, pero entonces, cuando la pobreza obligaba a emigrar a Suiza o a Alemania, o los que tenían más suerte a Valencia o a Barcelona, cuando llegaba septiembre, venían a la fiesta, a la procesión, y cuando les iban bien las cosas hasta sacaban un anda, daban dinero por pasar una de las cuatro que tiene la imagen. El Cristo era el símbolo de identidad del pueblo. Los emigrantes, bien podían quedarse durante las vacaciones en sus ciudades de la costa y pasar el verano al lado de la playa, sin embargo preferían venir aquí, con tanto calor, a este pueblo de muerte, tan ingrato, que no les había dado ni de comer. Porque muchos se habían tenido que ir para no morir de hambre. Aún así, regresaban. Volvían a seguir siendo del pueblo, para que los vieran. Y se emocionaban cuando veían sacar y entrar al Cristo por la puerta, aunque alguno fuera comunista o ateo...

Me enteré ese día, por mi tío, de que si el Cristo estaba todavía allí, emocionando a todos durante generaciones, era gracias a un comunista, Maceo, del que las nuevas generaciones del pueblo ni siquiera habían oído hablar, pero del que en mi época se decían barbaridades. Y también algunas cosas cuya veracidad tuve ocasión de confirmar por boca del propio Maceo, en Salamanca (él nunca regresó al pueblo). Que había sido un dirigente del bando republicano que reclutaba milicianos en el castillo de Belmonte durante la guerra, que si tenía una hija miliciana, etc. Esas cosas que, dependiendo el momento y quien te las diga, pueden ser malas o buenas, pero que entonces eran malísimas.

—Pues, sí —sigue contando mi tío—. Si no es por Maceo, esa imagen del Cristo se hubiera hecho astillas. Mi hermano Manolo y yo éramos dos chicos. Mi padre estaba muy enfermo, se murió antes de terminar la guerra, y mi hermano mayor estaba en el Frente. Un día vino un camión de milicianos y el brigada mandó buscar al albañil del pueblo. Vinieron a mi casa y fuimos mi hermano Manolo y yo. Cuando llegamos a la puerta de la iglesia donde estaban ellos, nos mandó que bajáramos el Cristo del altar mayor. Mi hermano y yo nos miramos y nos pasamos adentro. No sabíamos qué hacer. Si se enteraba nuestra madre se iba a disgustar, pero no podíamos hacer otra cosa que obedecer a los milicianos. Le dábamos vueltas al asunto y salimos de la iglesia. No podíamos escaparnos. Volvimos a mi casa a recoger una escalera grande, ni aún con ella llegábamos hasta la imagen, así que atamos dos escaleras con una cuerda. Estábamos tardando mucho y los milicianos esperaban fuera. Vino otro coche y paró en la puerta. Nos subimos a la escalera, no nos quedaba más remedio que obedecer las órdenes de aquellos hombres armados. Estábamos en guerra.

Manolo estaba subido en todo lo alto, con una cuerda enrollada en el brazo para engancharla a la cruz y así poder tirar de ella. Ya casi estaba llegando cuando se abrió la puerta y nos gritó una voz:

—Pero ¿qué hacéis desgraciaos? Tú, mocoso, baja de ahí inmediatamente.

Era Maceo. Manolo, que era un crío —porque le llevo dos años y a mí todavía no me habían llamado a filas— bajó corriendo de la escalera y tiró la cuerda al suelo. Maceo la cogió y seguía gritando:

—Insensatos ¿os dais cuenta de lo que ibais a hacer? ¡Ay, cómo se entere vuestro padre! Cogió la cuerda y nos fue dando correazos hasta que salimos corriendo. Él estaba al mando del gobierno republicano en esta zona de Cuenca, estaba por encima de aquellos milicianos armados. Eso nos salvó. Luego mandó llevar a mi casa las cuerdas y las escaleras y en la puerta de la iglesia puso un cartel para que nadie tocara al Cristo ni a ninguna imagen. Decía: «PUEBLO, RESPETA ESTO, QUE ES TUYO».

SALVAR A UN COMPAÑERO

A mí, cuando empezó la guerra no me importaba quien ganara, lo que quería es que acabara pronto para poder volverme al pueblo y que me diera tiempo a sembrar.

Se fue alargando la cosa, y entonces, lo normal, querías que ganaran los tuyos... A mí me llevaron con los de mi quinta, yo no sabía de política. Fui done me tocó, a defender a la patria. A mi abuelo le había tocado ir a África y a mí me tocó ir a Extremadura.

Él tuvo la suerte de ser uno de los pocos que volvieron vivos y yo también la tuve.

Mi abuelo contaba cosas tremendas, pero lo que yo viví fue todavía peor. Ellos luchaban contra gente que no conocían, pero nosotros teníamos en las trincheras de enfrente a gente que podía ser de tu mismo pueblo. No era solo contra los moros contra los que luchábamos, como le había tocado luchar a él.

Los batallones de moros de las filas de Franco eran los más terribles, decían de un capitán moro, que cogía a las muchachas de los pueblos que arrasaban y se las daba a su tropa como el que les da una gallina para que se la coman. La muchacha no salía viva. Les hacían mil perrerías a las mujeres. Y a los hombres que cogían presos también. Por eso les teníamos mucho miedo.

Allí en Extremadura estaban ellos, por la noche daban gritos y tocaban los tambores y solo de oírlos era para ponerse a temblar. En una emboscada, detrás de una loma, nos encontramos de frente con una compañía de soldados con los fusiles en alto, nosotros también los llevábamos de esa manera. Si a uno se le ocurre disparar no habría quedado nadie para contralo. Pero en la guerra te haces como los animales, ves más de lo que parece y enseguida vimos, todos a una, que aquello podía ser nuestra

muerte, que de allí no salía ninguno vivo si se disparaba un tiro, así que nadie disparó. En vez de eso hubo uno que dijo:

—Eh, los de enfrente ¿hay alguno de mi pueblo? Y dijo del pueblo que era.

Y otro dijo el suyo, y otro el suyo, y hubo algunos que eran del mismo.

—Venga, bajemos los fusiles, dijo alguien.

Los bajamos y nos sentamos todos juntos. Uno tenía tabaco y repartió una ronda. Hablamos de lo larga que se hacía la guerra, de la pena de que los campos estuvieran sin sembrar y de las fatigas que estábamos pasando para nada. ¡Hasta las mulas se mataban con el buen apaño que hubieran dado en las yuntas de labranza!

—¿De dónde se van a sacar tantas mulas para labrar cuando se vuelva de la guerra?

—Los alemanes dicen que van a traer máquinas

—¿Máquinas para labrar?

—Sí, máquinas para todo.

—Lo del campo ya es cosas del pasado. Cuando ganemos ellos nos darán tractores, arados eléctricos, segadoras —decía uno de los de Franco.

—¿Y con qué van a marchar? —preguntábamos nosotros— ¿De dónde van a sacar el combustible?

—Pues con el carbón del Norte.

Querían convencernos de que tenían ganada la guerra. Era lo mismo que decía la propaganda fascista: que ellos tenían comida y nosotros no. En algún frente hasta les habían tirado panes para que los nuestros vieran que les sobraban.

No queríamos hablar con ellos de política, sólo de comida.

—Mira, Rusia está muy lejos —nos decían—, Italia y Alemania están más cerca.

—Pero desgraciaos ¿Qué nos van a dar ellos?

—De momento tenemos pan, tanques, aviones, gasolina y vosotros sólo tenéis esa carne de caballo en lata que os dan los rusos.

Aquello hizo mella en alguno, no porque lo dijeran ellos, sino porque el que más y el que menos, estaba harto de la guerra y quería volver a su pueblo donde tenía a los suyos.

Te vigilaban para que no te cruzaras, pero aun así, alguno lo hizo.

Lo que más le gustaba repetir a mi abuelo fue cuando intentó salvar a un compañero herido en el Frente. No se acuerda ni de su nombre. Solo de su grito de auxilio:

—¡Por Dios, no me dejes tirao!

Lo arrastró como pudo detrás de unos matorrales. Allí agachados, escondidos entre las matas, no podían estar mucho tiempo, tenían que tomar una decisión de qué hacer.

—Mira, tenemos que cruzar esta trocha, allí hay árboles altos, pero aquí estamos al desnudo...

—¡No me dejes, por lo que más quieras! Sepa Dios las perreías que me harán si me encuentran.

—Venga, arreando.

Le ayudó a levantarse y no se tenía de pie. Era imposible dar un solo paso. Lo agarró por debajo sujetando el brazo alrededor de su cuello, pero nada, las piernas no lo sostenían. No había tiempo, se lo cargó a cuestas y avanzó lo más rápido que pudo. No miró a ningún sitio. Ya no había remedio. Una vez que habían salido de entre las matas eran objetivo fácil. Ya no se podían volver a esconder, no había lugar, solo quedaba seguir avanzando lo más rápido posible y sacando fuerzas de flaqueza subió la loma con el compañero a cuestas.

Si no llevara esa carga podía ir más ligero, pero ¿qué le iba a decir a su familia cuando le preguntaran por el herido? Si tenían la suerte de sobrevivir, ¿cómo iba a poder mirarlo a la cara si lo abandonaba ahora? ¿Y si sobrevivía solo él, qué cara iba a poner cuando tuviera que contarle a la viuda y a sus hijos cómo había sido la última vez que se vieron? No tenía otra salida, iría más despacio, pero no había otra, tenía que cargar con el compañero. Aunque ni siquiera fuera de su mismo pueblo, no sabía mucho de él, solo que era un locatis, siempre riendo y gastando bromas...

El camino se le hacía interminable, no sabía que unos metros pudieran resultar tan largos. Solo miraba al frente, al punto

donde comenzaban los árboles, el sitio donde estarían los de su compañía esperando.

El enemigo podía estar en cualquier lugar, o a lo mejor se habían batido en retirada y ya estaría el campo despejado. Mejor no mirar. Para hacerlo tendría que pararse y no había tiempo que perder...

Se aproximaban a un erial con abrojos, a lo mejor tumbados y envueltos en tierra gris ni siquiera se les notaba, dos bultos más del terreno.

Él podría resistir, pero ¿y la bala del compañero? No sabía lo grave que pudiera ser... A lo mejor era un quejica, estos jóvenes no aguantan na. Los de su pueblo aguantaban carros y carretas, pero este niño parecía de la ciudad ¡Pues no se había desmallao!

¿De dónde sería? Desde luego, de ningún lugar de la comarca. Seguramente no se volverían a ver en la vida. Acabaría la guerra y regresaría a su trabajo de oficina en el Ministerio, en cambio él volvería al surco de donde había salido. El otro, si tenía suerte de salir vivo, acabaría su carrera y puede que llegara a ser un hombre importante, mientras él seguiría levantándose de madrugada a dar de comer a las mulas, y antes del alba, en invierno y en verano, estaría trabajando la tierra sin conocer ninguno de los cafés de los que el otro hablaba tanto en la trinchera.

Echaba de menos su charla pero le había pedido que se callara. Hacía rato que ni se le oía resollar. Desde que le había dicho que no quería oír una queja más. Y no es porque le molestara sino porque podían oírlos y se jugaban la vida si eran descubiertos.

Siguió avanzando con el pesado fardo a la espalda. Las explosiones se oían cada vez más lejanas, pero seguían escuchándose disparos, cada vez más aislados, y ruidos de vehículos circulando por la carretera.

Le pareció más prudente seguir a campo través, sorteando los matorrales, buscando las hondonadas y los árboles para avanzar a escondidas. Ir por los caminos hubiera sido peligroso.

Nunca, estando en el campo, agradeció tanto la llegada de la noche como aquella vez. Oía correr algún conejo que se despertaba a su paso, a los búhos y otros pájaros nocturnos que se movían entre las ramas cazando a sus presas, seguramente dormidas.

Sus alpargatas estaban tan gastadas que notaba en las plantas de los pies cada piedrecilla o guijarro del suelo. Llevaba la camisa hecha jirones pero no notaba el frío. Por el contrario, iba sudando por el esfuerzo de arrastrar aquella carga a sus espaldas. El sudor le bajaba por el cuello, solamente sentía el relente en las piernas, que se le mojaban con el rocío de las plantas que se amagaban al ser pisadas.

Afortunadamente no había luna, la oscuridad era tal que no dejaba ver ni sus sombras. Aunque a él le bastaba con la luz de las estrellas para ver donde ponía los pies.

Siguió caminando hasta llegar a la loma detrás de la cual estarían a salvo. Pero para llegar hasta allí tendría que dar un rodeo buscando la pendiente menos inclinada. Imposible subir con el peso del compañero que aún no había vuelto en sí.

A unos doscientos metros vio una casa y se sintió a salvo. Allí podrían auxiliar al herido. Esperaría a que algún madrugador saliera de ella para pedir ayuda. Si no salía nadie, tendría que aguardar a que amaneciera para llamar a la puerta, no fuera que los confundieran con ladrones.

Bajó hasta el camino y en un repecho, con mucho cuidado, se inclinó para depositar en tierra su carga.

—Eh, amigo, despierta, que ya hemos llegao.

El otro cayó como un fardo inerte al suelo. Mario, lleno de espanto, se acercó a mirarle la cara y vio que tenía los ojos abiertos, muy abiertos, pero que no miraban nada. Tenía el pecho caliente pero no se le sentía movimiento en parte alguna.

Se quedó allí parado, al lado del hombre, a ver si reaccionaba, sin oírle respirar y sin atreverse a dejarlo solo por si acaso estuviera aún con vida.

Al rato, vio llegar por la carretera a unos de su compañía. Les gritó la contraseña y se acercaron. Reconocieron al compañero y vieron que estaba muerto y bien muerto. Debía llevar cadáver varias horas sin que él se hubiera dado cuenta porque el cuerpo se había quedado tieso, no había quien lo moviera de la posición que tenía.

LUIS PINEDO EN SALAMANCA

Hubo un tiempo en que ser de Villaescusa, en Salamanca, era un privilegio. Yo he podido disfrutar de él. Quizá por eso, los dos años de mi vida que pasé en esa ciudad son de los más enriquecedores e intensos que he vivido. Y todo, gracias a Luis Pinedo. A los jóvenes seguramente no les diré nada este nombre. El tiempo pasa y su recuerdo se va borrando de la memoria del pueblo. Cuando los que le conocimos vayamos desapareciendo ya no quedará nada, no tenemos como tienen en Belmonte, una calle con su nombre, ni una lápida que señale la casa en la que nació. Por no tener no tenemos siquiera una placa de agradecimiento por los bancos que donó para que pudieran sentarse los viejos en la Puerta del Cerezo.

Este lugar siempre había sido, y lo sigue siendo, punto de reunión de los mayores, el mentidero de la villa, como hay en casi todos los pueblos. Sin embargo, no había ningún banco dónde sentarse. Fue Luis Pinedo el que los trajo. Tenía gestos así, de generosidad quijotesca con todo el mundo, especialmente con la gente de Villaescusa. Es que por su pueblo tenía verdadera pasión. Por eso, la mejor credencial que podía tenerse a sus ojos era ser oriundo de Villaescusa de Haro. Es por ese motivo que me ayudó a mí y a tantos otros. Por ese motivo también, me presentó a Maceo.

Luis había sido oficial del ejército republicano. Había pertenecido al Partido Socialista desde antes de la guerra. Durante los tres años que duró ésta luchó contra la sublevación militar a las órdenes de otro socialista al que admiraba: Largo Caballero. Y cuando los militares sublevados consiguieron la victoria, él estaba del lado de los perdedores, como Maceo.

Por los años en que yo lo conocí, fines de los sesenta y comienzos de los setenta, ya vivía en Salamanca. Era veterinario de reses

bravas y director del Ateneo de la ciudad. Esto último lo llenaba de orgullo. Su actividad cultural en el Ateneo satisfacía su vocación de hombre de letras. En esta institución daba alguna que otra conferencia sobre costumbres e historia de su tierra, La Mancha, lugares de la ruta de Don Quijote que le resultaban próximos, tan próximos como Belmonte o Villaescusa, y sobre personajes de estos lugares, que eran sus paisanos. Muchos de estas charlas luego eran publicadas en el periódico local salmantino «El Adelanto».

Todo el mundo lo conocía y lo quería en esta ciudad, lo mismo los de izquierdas, que ya empezaban a hacerse notar aunque todavía en la clandestinidad, como los de derechas. Ir con él por la calle era toda una experiencia. Y lo hacía casi todas las semanas. El domingo venía a recogerme a la residencia de la calle Calderón de la Barca porque le gustaba hablar con la directora que era de Santa María de los Llanos, otro pueblo de Cuenca. Luego íbamos a dar un paseo por la plaza Mayor, saludando y presentándome a todo aquel con el que se encontraba, hasta que era la hora de ir su casa para la comida familiar.

Su esposa, Josefina, ya estaba acostumbrada a tener en la mesa a alguien de Cuenca. Nos trataba como de la familia. Eso sí, cuando llegaba el capítulo de recuerdos conquenses o nostalgias villaescuseras, como ella decía, salía de la habitación con cualquier pretexto.

Después de comer, solíamos ir a pasear por las afueras. Cruzábamos el río por el puente romano, y andando, andando, ya estábamos en pleno campo de dehesas de toros, rebaños de ovejas y casas de labor. Allí pasaba lo mismo que en la ciudad, había mucha gente que conocía a don Luis que venía a saludarlo y a agradecerle algún favor. Eran mayores, pastores o ganaderos, desde la gente más humilde a la más encumbrada socialmente. Josefina llevaba una bolsa vacía dentro de su bolso porque casi siempre nos daban algún regalo en esos paseos: manzanas, frutos secos, cualquier cosa.

Otras veces, si había algún nieto en la casa, Josefina se quedaba y nos íbamos Luis y yo solos. Entonces me llevaba al café Pasaje, cerca de la plaza Mayor. Allí conocí a un señor mayor con

gafas que era novelista y tenía muchos hijos. Escribía en el mismo periódico que Luis y se llevaban muy bien aunque el uno hubiera sido socialista y el otro un antiguo falangista.

—Es un hombre con el que se puede hablar. El respeto es lo primero. Cada uno tiene sus ideas pero solo los tontos discuten, los sabios dialogan. Este falangista es de los pocos con los que se puede conversar —repetía don Luis.

Se trataba del escritor Gonzalo Torrente Ballester, pero solo lo supe muchos años después, cuando ya era famoso y vi su foto en los periódicos. Entonces, en esa época en la que hablábamos con él en el café Pasaje, aún no había salido en TV la serie basada en su novela «Los Gozos y las sombras» y todavía no había publicado sus obras más importantes, las que lo harían un escritor conocido.

MACEO Y RADIO PIRINAICA

Conocí a Maceo en Salamanca. Era uno de los personajes de nuestro pueblo a quien Luis Pinedo me llevó a ver en nuestros paseos por la ciudad y sus alrededores.

Para ir a su casa había que cruzar el río. Desde dónde yo vivía, al lado de la catedral, suponía bajar hasta el toro de piedra, cruzar el puente romano y después de atravesar los Arrabales subir a la barriada moderna del barrio de la Vega, en donde hoy está construido el parador de turismo, que entonces no era sino dos o tres hileras de casas de construcción muy parecida.

Maceo era una persona muy especial y no sólo por su ceguera. Hablar con él era recibir lecciones de historia viva y para mí, admiradora de los personajes de Valle Inclán, tener la posibilidad de conocer a un Max Estrella viviente. Así de noble y solemne me parecía su semblante.

Yo no sabía apenas nada de la guerra. En las clases de Historia, en aquellos años sólo llegábamos a la guerra de la Independencia y gracias. Con él, con Maceo, me enteré de lo que había sido la República y de que esos hechos estaban ahí a la vuelta de la esquina, o mejor dicho, a dos cuadras de donde yo vivía. Tan cerca que muchas tardes de domingo después de aquella primera vez que me llevó a verlo don Luis, caminaba yo sola hasta allí y me quedaba hablando con él hasta poco antes de que empezara a oscurecer. Entonces cogía mi camino de vuelta andando hasta la residencia.

Siempre que iba, la familia me recibía encantada, creo que se alegraban de que el anciano tuviera alguien con quien hablar de «sus cosas», esos recuerdos del pueblo y de la guerra que ya debían estar hartos de escuchar miles de veces. Nos ponían unas tazas con el café con leche y pastas y luego nos dejaban hablando mien-

tras ellas, su mujer y su hija, charlaban de lo suyo o veían la televisión en otra parte de la sala. Los días que hacía bueno dábamos algún paseo por los alrededores, pero las más de las veces, recuerdo que nos quedábamos sentados en la mesa camilla sobre la que ponía su transistor, del que no se separaba ni un momento. (Ni siquiera mientras paseaba, entonces lo llevaba colgado delante, pendiente de una correa que le colgaba del cuello).

Creo recordar también que tenía herida una mano y la llevaba envuelta en una especie de guante de cuero. En mi imaginación relacioné aquellas heridas con la guerra. Pero a lo mejor no tenían nada que ver. Pasaba lo mismo que con su ceguera.

Su radio era otra fuente de interés para mí porque no era una radio cualquiera. Tardaba un poco en coger la emisora, además tenía que hacerlo cuando no hubiera nadie porque, según decía, era peligroso. No escuchábamos las emisoras convencionales, sino una que estaba prohibida: Radio Pirinaica, que era de los «suyos». Si bien, las más de las veces hablaba él y su conversación, para mí, era tan interesante o más que lo de la de la radio. Desde luego mucho más cercana que lo que estaba pasando en Rusia, lo que decían los exiliados de Francia o lo que pensaban los gobiernos extranjeros de la dictadura de Franco. A mí me gustaba más que me contase cosas que habían pasado en nuestro pueblo. Me habló de mi abuelo Pepe, su enemigo político, de mis tíos, algunos de su bando. Y me abrió los ojos sobre otra gente con la que luego tuve oportunidad de hablar cuando vine al pueblo.

Los domingos cuando llegaba a la residencia de estudiantes donde estaba y me preguntaban «¿qué tal la tarde?», me callaba como si viniera de una reunión política clandestina. En estas reuniones se hablaba de teorías políticas y se leían folletos bastante indigestos porque eran copias de traducciones malhechas de textos de Marx, Engels o Lenin, mientras que yo tenía el privilegio de escuchar a un testigo viviente que había puesto en acción esas ideas. La pena es que muy pocas veces tomaba nota de aquellas conversaciones y ahora es difícil reproducirlas en toda su riqueza. La que viene a continuación es nuestra conversación de una de aquellas tardes:

—No nos hemos repuesto de la guerra —se quejaba—. Ahora estoy bien. Tengo mi casa, mi familia, los chicos han ido a la escuela aquí, y ya tengo a todos trabajando. Vivimos bien, pero las hemos pasado muy estrechas. Todo el país lo ha pasado muy mal. Ha habido años de hambre, porque con la sequía y la falta de mano de obra que trabajase el campo se han cultivado la mitad de cereales de los que se cultivaban antes de la guerra. Tú imagínate, toda la población que tenía que estar trabajando la tierra y la industria, creando riqueza para el pueblo, estaba en los frentes matándose unos a otros. ¡Cómo no íbamos a pasar hambre después! El capital no, el capital vive de la sangre del obrero. Vivía bien antes de la guerra y vive bien después. Pero los obreros tanto los de izquierdas como los de derechas, que también los había, —mira tu abuelo sin ir más lejos—, esos, salimos perdiendo todos. Bueno, y el capital también sufrió en la guerra, pero no el gran capital que se había escapado con todo lo que pudo, digo las pobres gentes que tenía tierras y no tenía para comer. Sí, es verdad que los nuestros hicieron muchas cosas malas. Pero ¿qué quieres?, era una guerra, en una guerra se hacen barbaridades. Mira, que yo evité algunas. Si no es por mí habrían matado a mucha más gente en el pueblo y en toda la comarca de Belmonte. Y me la jugaba. Cuando yo sabía que iban a venir los milicianos al pueblo me adelantaba si podía, y si no, avisaba de que iban a venir. Claro, eran chicos muy jóvenes que no sabían nada más que lo que le habían dicho, que había fascistas conspirando por los pueblos y que había que acabar con ellos para ganar la guerra cuanto antes. ¿qué iban a hacer? Pues registrar para buscar al enemigo escondido y requisar comida para alimentar a los soldados del Frente, que pasaban tanta hambre como los demás. No se puede ganar una guerra con el estómago vacío.

Yo creía en unos ideales. Y todavía creo en la igualdad y en los derechos del pueblo. Pero las guerras son malas. En la guerra pierde más el pobre y el más inocente. Yo salvé a muchos de derechas, buena gente. Y me están muy agradecidos. Luego, eso me ha salvado. Tuve que presentar avales al terminar la guerra, ellos me avalaron. Los frailes de Belmonte vinieron al hospital en el que estaba herido en una cama y vigilado por los militares

para que no me escapara. Vinieron a verme y testificaron que les había salvado la vida. Y por eso me salvé yo de la cárcel o de ser fusilado como fusilaron a otros, porque fusilaron a muchos. En Uclés hubo sacas, en Alcázar hay una fosa con más de 400 cadáveres. Pero bueno, no vamos a hablar de eso. A lo mejor eso no os lo enseñan aquí, pero la gente de fuera lo sabe. Y se sabrá, más pronto o más tarde, se sabrá todo lo que pasó.

Mira, esta radio pequeña la llevo siempre conmigo. Tiene onda media para poder coger emisoras del extranjero. Así estoy informado. A la familia le gusta ver la televisión. Yo con esto me apaño. La llevo en el bolsillo. Por la mañana me bajo hasta el río, me siento ahí en un banco y oigo las noticias. Por la noche oigo Radio Pirinaica. Mi mujer no se entera.

Por la radio me enteré del desfile de los nuestros en París. Fue en agosto de 1944, había caído Hitler y lo aliados desfilaron bajo el arco de triunfo en las calles de París, Sí, sí, los nuestros, los republicanos españoles que estaban con la resistencia francesa. Varios de Villaescusa, entre ellos Deogracias Mena, un hijo del Lobo, Lopezosa de apellido, otro hijo de la hermana Tomasa... muchos que no han vuelto luego. Desfilaron con carros de combate que llevaban los nombres de los Frentes de nuestra guerra: Belchite, Guadalajara, Jarama, Madrid. Para mí fue una esperanza. Creí como muchos que Franco iba a durar poco, y ya ves, de esto hace más de veinte años y Franco sigue, va a durar hasta que me muera a este paso. Yo ya no lo veré, mejor estar ciego, pa lo que hay que ver.

La radio también hablaba de los maquis, los republicanos a los que no habían podido coger y que todavía estaban en el monte escondidos. Durante algunos años mantuvieron su resistencia a Franco. También ellos oían la radio y tenían sus enlaces que les informaban. Dieron la noticia de que habían matado a varios enlaces y a la gente sospechosa de ayudarles. Ni los periódicos, ni las noticias de la radio, ni los telediarios dijeron nada. Pero se oían rumores, la gente hablaba de haberlos visto en tal o cual sitio. Y luego salía la noticia de cuando los detenían.

Maceo había sido un dirigente comunista con un alto cargo, creo que el de jefe comarcal del partido de Belmonte. Entonces, en los años sesenta que era cuando tuvieron lugar estas conversaciones, el Partido Comunista, el Partido Socialista, todos los partidos de izquierda seguían prohibidos, si bien actuaban en el extranjero, sobre todo en el sur de Francia donde había muchos exiliados españoles, y clandestinamente en el interior, entre los estudiantes de las universidades y los obreros de algunas fábricas. Pero la mayoría de la gente no se enteraba de estas actividades. No se daban en las noticias. De ahí el atractivo de escuchar aquellas cosas en boca de Maceo:

—Después de la guerra todavía hubo unos años en que se creyó que las cosas podían cambiar. Cuando empezó la Operación Reconquista el 19 de octubre de 1944 todavía había esperanza de que diera la vuelta la tortilla. Nos enteramos por Radio Pirinaica porque ni la radio ni los periódicos de aquí decían nada. Luego sí, pero dijeron lo que les convino, para hacer propaganda del Régimen y diciendo que habían acabado con unos cuantos criminales que habían pasado por Francia. Ya digo, sólo la radio clandestina informó de la acción. Pasaron unos tres mil hombres por el valle de Arán. Trajeron hasta carros de combate, ametralladoras y un cañón. Ocuparon varios pueblos y llegaron hasta Viella, un pueblo del Pirineo. Pero Franco mandó a toda la tropa. Desplazó a medio ejército, unos desde Barcelona, otros por Lérida y por Burgos. Asestaron a los que no pudieron huir. Una matanza. ¡Qué desperdicio de vidas! Y Francia no hizo nada por ayudarnos. Nosotros les ayudamos a echar a los nazis pero ellos nos dejan que tengamos Franco toda la vida.

LOS MAQUIS

Tenían la cama en un trigal, al lado nuestro. Lo sabíamos porque había rodales en que el trigo estaba tumbado y no nos acercábamos. Miedo no teníamos. Si nos hubieran querido hacer mal, lo habrían hecho antes. Ayudarles tampoco. Éramos unos chicos.

Y como tales, porque uno no había cumplido los veinte años y el otro rondaba los doce, no eran conscientes del peligro que corrían. Las madres sí. Las madres siempre están temerosas de lo que pueda ocurrirles a los hijos. Aunque las leyes de la vida y de la muerte son tan caprichosas que ni siquiera una madre puede comprenderlas.

Salieron indemnes de aquella aventura. Para uno de ellos, Ángel, sería una historia más que contar en el casino, pero muchos años después, ya de mayor, cuando nadie hablaba ya de los maquis, cuando ya la persecución hacía cesado porque los daban por desaparecidos. El otro chico es el que habla de ello ahora, sesenta años después de que ocurrieran los hechos. Se llama Quintiliano y tiene ochenta y siete años. Entonces, los tiempos de que habla, son los años de la postguerra, cuando un sector de los vencidos aún no se había resignado a la derrota y se escondía en los campos, con las armas en la mano.

Ninguno de los dos chicos que guardan el ganado en el aprisco de Las Corralizas había ido a la guerra, eran unos niños en el 36 cuando empezó. Se libraron. A lo mejor por eso estaban vivos.

A pesar de esos cuantos guerrilleros, a los que el Gobierno de Franco llama forajidos, la normalidad había vuelto a los pueblos. La gente volvía a sembrar y a sacar el ganado a los pastos. Quintiliano empezó a trabajar de pastor en casa de Juan Ángel,

al que llamaban Pataseca. El «rochano» , el muchacho más joven que ayuda al pastor, tiene unos años menos que él. Es el hijo mayor de la casa. Se llama Ángel.

—Nos decían en el pueblo que había gente por la sierra con escopetas, que tuviéramos cuidado porque robaban el ganado y que eran peligrosos. La Guardia Civil los buscaba para matarlos. Y nos dijeron que si los veíamos teníamos que decírselo.

Los padres, sin embargo, les dijeron otra cosa. Ellos sabían mejor lo que había que hacer: no decir nada a nadie. Que los guardias hicieran su trabajo pero ellos no los iban a ayudar. Porque hasta ahora no les habían hecho mal alguno ¿por qué iban a querer hacérselo? En cambio si se lo decían a los guardias, iban a ir tras ellos y entonces si que habría tiros... O podían enterarse de que los habían delatado. Eso si que era correr peligro.

La hermana Obdulia nunca levantaba la voz, en la casa se hacía lo que quería el marido, pero que no le tocaran al hijo. Ya había perdido dos. Ni uno más. No estaba dispuesta a dejarle a la muerte arrebatándole otro. Aunque tuviera ella que asumir las culpas, aunque la acusaran de ayudar a la insurrección.

—Madre ¿Qué quería la Guardia Civil?

—Nada hijo mío, les he dicho que tú no has visto nada. Si te preguntan, tú no digas que has visto a nadie. Hijo mío, mira, que esto es muy serio.

—¿Y si se llevan las ovejas?

—Pues que se las lleven. Vosotros no habéis visto nada.

—¿Y si son del pueblo?

—Entonces me lo dices a mí, pero a nadie más. Ni a tu padre siquiera.

—Pero madre, si nos quitan las ovejas...

—Mejor que nos las quiten a que nos maten ¿Quieres que te maten? ¿O que nos lleven a la cárcel? ¿No sabes lo que le ha pasado al hermano Manuel el del Rayo?

—Que se lo han llevado preso.

—Pues eso. Que dicen que se acostaban en su casilla y mira tú.

—Madre, si duermen entre el trigo.

—¿Y quién te dice a ti que eso no es la cama de algún animal?

—Madre, si los he visto. Eran tres hombres.

—Hijo mío, por Dios, no lo digas. Aunque te pregunten, tú no digas nada.

—Bueno.

—Mira, te he comprado tabaco de liar. Mañana, te lo llevas al campo con el almuerzo. Ya eres un hombre. Y como un hombre tienes que mantener la boca cerrada.

—Sí madre.

Era el mayor de los hijos que le quedaban. Había tenido cuatro, pero dos se le habían muerto de enfermedades cuando ya eran mocetes. La primera que se murió fue una chica, Pilar. Se fue con todo su conocimiento. «No llores mama. Que te queda el chico» Pero luego también se murió el chico. A los dos años, también por enfermedad y a la misma edad que tenía su hermana. Y siguió teniendo hijos. No para reemplazar a los anteriores, los hijos no se reemplazan nunca y el dolor que dejan sigue estando ahí, pero vienen los otros y traen otras alegrías que tapan un poco las penas...

Los dos que tuvo después, Ángel y Antonio, habían pasado ya la edad más peligrosa. Se habían criado fuertes. No habían estado malos nunca. Y ahora, esto. Este sinvivir con que les pudiera pasar algo...

Vino la Guardia Civil a preguntar si los pastores habían visto algo raro, algún hombre merodeando o si les había faltado ganado.

—No, hasta ahora no nos ha faltado nada. Descuide usted, que si los chicos ven cualquier cosa, yo misma me acerco a Belmonte, al cuartel, a dar parte.

Luego, los primos de Belmonte le contaron que tuvieran cuidado, que los mismos guardias se disfrazaban de maquis yendo al campo a pedirle a los pastores que les entregaran ovejas y que si se las daban sin oponer resistencia, los denunciaban por haber ayudado a la insurrección y los metían en la cárcel.

¿Qué iba a decirle al chico ahora? Si les pedían las ovejas y no se las daban por las buenas, si como decían eran unos hombres muertos de hambre, lo más normal era que se las quisieran llevar

a la fuerza. Lo más sensato era darles lo que pidiesen. Pero ¿y si, como decían los primos de Belmonte, era la Guardia Civil la que venía disfrazada?

—Mira, hijo mío. Tanto Quintiliano como tú, si veis a un hombre que huele mal como de haber estado muchos días sin lavarse y sin haber comido y os pide una oveja, vosotros le decís que coja las que quiera, que a vosotros no os importa porque son del amo. Y que no sepan que tú eres su hijo ¿entendido?

—Sí madre.

—Pero si huelen a jabón, están afeitados, o si parece que no tienen hambre, entonces no se las deis. Les decís que la Guardia Civil lo tiene prohibido o que el amo os va a matar si se entera...

Por la serranía de Cuenca se esconden el Chaqueta Negra, el Pesquera, que es del pueblo de Cuenca del que le viene el nombre y alguno más. Son hombres acostumbrados a pasar necesidades. Han sobrevivido a las trincheras, algunos han sido alcanzados por las balas y han sobrevivido a las heridas. A lo que no pueden sobrevivir es a la indiferencia de los paisanos, a la falta de solidaridad del pueblo por el que han luchado y por el que han arriesgado la vida.

Miran entre las mieses a los dos chicos. Los ven sacar y entrar el ganado al corral. Los ven mirar hacia ellos y notan su miedo.

A la hora del almuerzo los ven sacar la talega de cuadros y comerse un cantero de pan sin saber si hay algo en el medio. ¿Un trozo de queso? ¿Una loncha de panceta? Pueden verlos sacar una cebolla o un tomate y partíroslos con la navaja en rodajas. Los ven llevárselos a la boca con la mano que sujeta la hoja abierta del arma. ¡Sería tan fácil arrebatársela!

Aguantan su hambre y planean un golpe. Un robo a mano armada en la posada del Facho.

Esperan. Saben esperar. Saben aguantar el hambre y la sed. Llegará su momento, mientras, es mejor cerrar los ojos, imaginar que el sol también alimenta, que las hierbas que ha masticado son un succulento manjar y que su estómago ya está satisfecho.

Darán el golpe por la noche, si es que esa noche hay juego.

Allí estará la gente pudiente. Gente que tiene algo más que cebolla para llevarse a la boca.

Hasta que llegue el momento esperan y se entretienen mirando a los muchachos, escuchando la cháchara del más joven y el silencio del mayor.

El sol estaba en todo lo alto. Un hombre de pie no haría sombra. Tampoco la hacen ellos, agazapados entre la espigas al acecho de quien pudiera venir por el camino.

Han aprendido todos los ruidos que hacen los pájaros. Tanto tiempo en el monte los ha hecho expertos en imitar sus cantos. Han hecho de esos sonidos un lenguaje secreto para comunicarse entre ellos. Hacer tres veces la abubilla quiere decir «viene un pastor». Dos veces, «viene un perro, precaución que detrás puede venir el amo».

Hay veces que oyen a la abubilla auténtica, y si no la ven, pueden llegar a confundirse. La abubilla no se espanta de ellos, a menudo viene a hacerles compañía.

Al menos tienen la solidaridad de los pájaros.

¿No se darán cuenta los españoles de que al régimen de Franco le quedan días contados? ¿Qué pena que la guerra mundial no hubiera empezado un año antes! Ahora no estarían así, dejados de la mano de todos los países. Pero iba a durar poco. Tenía que durar muy poco. Se habían equivocado al llevarse a las Brigadas Internacionales. A los fascistas bien que les ayudaron Hitler y Mussolini. Menos mal que ya estaban en las últimas.

La razón acaba por imponerse, pero ¡cuánto tarda en hacerlo!

Queda poco tiempo. Ha empezado el declive y en estos pueblos de por aquí no se han dado cuenta todavía.

Ahora es cuando haría falta que la gente de bien se levantase en armas. Porque todos no han podido hacerse franquistas de la noche a la mañana. Todos estos pueblos que han sido zona roja

no pueden volverse azules en un pis pas. Por la fuerza no se convence a nadie. Su corazón tiene que seguir siendo rojo. ¿Por qué no se levantan?

Es cuestión de tiempo, se dice. Es importante que la gente sepa que ellos están ahí, que la lucha prosigue, que todavía queda gente que no se ha rendido.

Cuando parecía que todo estaba perdido, empieza a renacer la esperanza. El triunfo viene cuando uno, sin hacer caso del fracaso, se levanta otra vez. Eso es lo que hay que hacer, levantarse del fracaso...

Dentro de dos días, cuando con la ayuda internacional ganen ellos, la gente cambiará de bandera otra vez. Toda Europa tendrá la bandera de la libertad. Las Brigadas Internacionales regresarán, los que cayeron serán reemplazados y por cada uno que murió vendrán cinco a ocupar su lugar. Lo mismo ocurrirá con los guerrilleros... porque ahora han aprendido de los errores y ya no van a luchar entre ellos. Van a estar unidos comunistas con anarquistas y hasta con católicos y monárquicos. Los de fuera han dicho que hasta los monárquicos vendrán a unirse para echar a Franco. Y América, y Francia, una vez que se libere definitivamente del yugo nazi, y los países del Norte... Hasta vendrán alemanes e italianos cuando hayan acabado de restaurar la paz en sus países. Vendrán a hacerse perdonar. O a celebrar juntos la liberación del fascismo.

Los que juraron lealtad a Hitler tendrán que agachar las orejas y asumir su culpa.

Estos nacionales se van a cagar en los pantalones cuando se enteren de que a su caudillo ya no le quedan amigos

Tiene ganas de hablar con todos, dar la buena nueva a la gente para que los ayuden, para salir cuanto antes de la clandestinidad de la que son prisioneros

Porque aunque no haya rejas, están prisioneros en el campo, sin libertad de movimientos... Pero se está mejor que en una cárcel.

¡Pobres camaradas los que se están pudriendo en ellas desde que acabó la guerra!

Él, al menos está fuera, aunque mañana le pegue un tiro la Guardia Civil, lo prefiere. No se cambiaría por ninguno de los que está en los penales de Uclés, Cuenca, Ocaña... Tampoco por los compañeros que han renegado de todo, aunque ahora estén comiendo caliente y acostándose en su cama con su mujer. No. Él está donde tienen que estar. En la brecha. En la trinchera verde y ondulante de un mar de espigas.

Come los tallos y le saben a gloria.

El sabor del trigo verde.

¿Qué será que siempre engorda en verano?

En esta prisión sin rejas puedes mirar al cielo sin peligro. Haces tus necesidades y desaparecen en la tierra Las entierras o te vas a otro sitio. No las hueles noche y día como en las trincheras. Las tuyas y las de los compañeros.

Esta trinchera verde es mejor, mucho mejor. Se oyen los pájaros y los insectos, en vez del atronador ruido de la artillería contraria. Los cielos están tan limpios como si todos los aviones hubieran quedado inservibles. ¿Qué habrá sido de la temible Legión Cóndor y de sus orgullosos y engreídos aviadores alemanes?

Se revuelca en el surco y huele la humedad de la tierra. Un olor agradable, fresco. Aunque no tengan agua, aunque no se laven, huelen a tierra fresca, a Naturaleza, a vida. Esta vida, aunque sea dura, no tiene ni comparación con la de las trincheras o con la del campo de concentración.

¡Qué infiernos saben hacer los hombres!

Afortunadamente, esos campos de concentración han desaparecido. La Resistencia en Francia, con ayuda de antifascistas españoles —todo hay que decirlo— ha logrado la victoria... Ahora sólo queda el recinto fascista de España y Portugal.

España que había logrado realizar el sueño de generaciones: la utopía castiza de que nadie fuera más que nadie.

¡Cuánto tardan en sacudirse el miedo los antifascistas de estos pueblos!

En otros, hay mujeres que ayudan. Compran comida para ellos, les lavan la ropa, les avisan cuando viene la guardia civil. Incluso reparten propaganda en las iglesias animando a las novias

a que, en las cartas a los novios que están haciendo la mili, les pidan que deserten, que dejen de apoyar al régimen de Franco y se unan a la resistencia, que se escapen al monte y se lleven consigo todas las armas que puedan para dar la última batalla, porque sólo queda la última.

Muy pronto llegará la normalidad y él dejará por fin el fusil y volverá a la escuela a enseñar, y los chicos de enfrente volverán también a las aulas que es donde tienen que estar, en vez de ser explotados haciendo un trabajo de adultos.

Cerca de Villaescusa, en Villalgordo del Marquesado, perdió la vida uno de los maquis, el 23 de agosto de 1948.

A lo mejor en el momento de morir pensó que toda su lucha había sido inútil. Que moría como un perro y que nadie se acordaría de él. Y así fue durante muchos, muchos años. Su tumba estaba apartada en el corralillo donde se enterraban a los niños que iban al limbo, porque morían sin haberlos bautizado, y a los que se quitaban la vida y tampoco podían enterrarlos en sagrado. Claro, era un maquis, un rojo, tenía que ser un descreído por fuerza. Aunque fuera apenas un muchacho, Y aunque no se hubiera quitado la vida voluntariamente como los que enterraban allí, sino que había sido asesinado por la espalda, a sangre fría, por uno del pueblo, un católico de los que iba a misas todos los días y al que seguramente pondrían una medalla por aquello.

Nadie se atrevió nunca a poner flores en su tumba. Todos los años, por los santos, la gente iba al cementerio a rezarle a sus muertos pero nadie venía a rezar a la tumba del maquis. Hasta hace unos diez años. Una mañana, la tumba apareció arreglada, habían quitado los hierbajos que crecían alrededor y la tierra estaba limpia. Además habían puesto una cruz encima.

—¿Quién fue?

—Nadie vio a nadie. Quien fuese que vino, entró en el cementerio clandestinamente y con el mismo sigilo que llegó se fue.

—Pero algunos del pueblo estaban muertos de miedo. Creían que podían venir a por ellos.

—O a lo mejor eran las conciencias.

—Pero no vino nadie nunca más. Y la tumba sigue ahí, solitaria y apartada del resto. La tumba del maquis.

—Ahora ya, hablan de ellos los libros. Pero la gente todavía tiene miedo. En Villaescusa también estuvieron

— Se escondían en la sierra la Villa y desde allí bajaban a Villaescusa, a Rada.

—Dicen que uno tenía una novia en Los Hinojosos y uno del pueblo que la quería —que luego sería su marido— avisó a la Guardia Civil de que estaban en la casa. Fueron y se liaron a tiros, hubo muertos.

—Iban de un lugar a otro por estos pueblos. Llegaron hasta Las Pedroñeras. Mi padre me contó que se encontró con ellos una vez.

Hacía menos de una semana que estaba en una finca entre Las Mesas y Pedroñeras. Lo habían llamado para podar las viñas y se mudó allí con su mujer encinta. Era el mes de noviembre, la víspera del Día de difuntos, ya muy tarde, cuando dejó de trabajar en el campo y se iba para la casa. Por el campo, a aquellas horas, no había nadie y no se oía nada más que el viento. Se echó la chaqueta por encima y echó a andar. De repente, notó una mano de alguien, por detrás, que le cogió del brazo.

Ese alguien, o los que fueran, habían salido de entre los árboles, porque no los había visto antes. Se volvió con miedo y se dio de bruces con tres desconocidos sin afeitarse y con barba de varios días. Uno de ellos llevaba el brazo en cabestrillo y liado en un trapo. Tenía mala cara y a todas luces se veía que estaba herido.

Le preguntaron por el anterior guarda y mi padre contestó:

—Ya no está, ahora ocupo yo su lugar.

Entonces le pidieron vendas y gasas. Mi padre les dijo que no tenía de esas cosas porque llevaba poco tiempo viviendo en la casa, pero ellos insistieron en acompañarlo hasta allí. Cuando llegaron, mi madre casi se muere del susto al ver a mi padre entre aquellos hombres con tan mala pinta. Le pidieron las gasas y el

algodón, no sé si vendas también, y mi madre le dijo lo mismo que mi padre, que no tenían de nada porque acababan de llegar. Los creyeron y se fueron.

Al día siguiente mi madre ya no quería estar allí. Le pidió a mi padre que la llevara al pueblo para quedarse y mi padre se quería quedar con ella porque yo iba a nacer de un momento a otro.

Decidieron que ya no se iban a vivir a la finca pero no podían dejar el trabajo así como así. El capataz les preguntó la razón para ese cambio. No podían dejar un trabajo sin dar explicaciones. Y tuvo que decírselo. Entonces le obligaron a ir a la Guardia civil a decir lo que había visto, no tuvo más remedio que hacerlo.

Allí estaba un SOMATEN de El Provencio. Había muchos policías que habían venido aposta y a mi padre no le dejaban tranquilo haciéndole preguntas y enseñándole fotos para que identificara al Chinchón. Nos contaba que le parecían todos iguales...

Por fin lo dejaron en paz y se fue a su casa.

Yo nací enseguida, ya en el pueblo. Mis padres se negaron a volver a trabajar en esa finca

—Todo el mundo, en Villaescusa, sabía que en la sierra había maquis. No creas que no pasó la gente entonces. Unos a un lado y la guardia civil al otro y tú en medio.

Una noche estaba mi padre con Pistolas y llamaron a la puerta: «Flores, Flores, que nos prepares una oveja que mañana venimos a por ella». Por eso nos enteramos nosotros que Pistolas se llamaba Flores de apellido. Todo el mundo Pistolas, Pistolas... Era el pastor de en ca Don Eduardo el médico. ¡Y claro, qué iba a hacer el hombre! Pues tuvo que matar la oveja y arreglársela para que se la llevaran.

—Y nadie dijo na.

—Copón, copón, ¿cómo quieres que dijeran algo? Si abrían la boca los mataban.

—Ea, ¿y tu crees que don Eduardo no se enteraba? Tenía que saber que le faltaban ovejas pero el hombre, pos tampoco decía na.

—Luego también vino la Guardia Civil a por él.

—Lo interrogaron, pero lo dejaron libre. El hombre no tenía ninguna culpa.

—Ni el Pistolas tampoco.

—Mucha gente los veía pero no decían nada. Mira tú, Juan Jiménez. Una vez venía de Belmonte andando y se los encontró. Le dijeron que no contara que había visto a nadie. «Somos los maquis, no digas en el pueblo que te has encontrado a nadie por el camino». Y no dijo a nadie nada. Sólo mucho después, ya cuando había pasado todo, pudo contarlo. Y pasó mucho miedo.

—Si creo que hasta venían a jugar a la Banca a la posada. Como nadie los conocía, pasaban como forasteros.

LOS HIJOS DE LA HERMANA FILI

La hermana Fili era la partera del pueblo, la heredera del saber antiguo que se transmitía de mujer a mujer desde los tiempos más remotos. La veíamos al anochecer sentada al fresco, o caminando diligente, a cualquier hora del día o de la noche, hacia la casa donde hubiera una parturienta a punto de dar a luz.

Nunca la oímos quejarse. A nadie le hablaba de su desgracia. Ni siquiera cuando una vez que entramos en su pequeña casa para guarecernos de la lluvia vimos aquellos dos grandes retratos que tenía colgados en su cuarto, uno junto al otro, ocupando toda la pared. Ninguna de nosotras se atrevió a preguntar quiénes eran aquellos dos muchachos que miraban de frente al lado del crucifijo que presidía la cama. Alguien dijo que estaban muertos, no sabía nada más. Permanecemos calladas hasta que dejó de llover y volvimos a salir a jugar a la calle. Aquellas fotos se nos olvidaron.

Sin embargo, cuando hace unos años supe lo que le había ocurrido a esos dos chicos, la figura de su madre cobró una dimensión nueva. Había pasado mucho tiempo. La gente de mi edad tardamos mucho en conocer su desgracia. La historia de esos años, todo lo que había ocurrido en el pueblo durante la guerra, se estaba olvidando o, quizá sin mala intención, se tergiversaba para hacerla más amable, para no hurgar en las heridas,

Fue cuando empezó a hablarse de recuperar la memoria, y de la necesidad de una Ley de Recuperación de Memoria Histórica en la vida política, que se supo de aquellas muertes. Empezó a hablarse de ella en los telediarios, pero en el pueblo tardamos un poco más, hasta que llegó la exhumación de los restos de prisioneros del monasterio de Uclés. Allí habían muerto hombres de Villaescusa. Algunos cadáveres habían sido reclamados por sus familiares y recibido cristiana sepultura, otros esperaban aún a ser desenterrados.

Hay gente en contra de esta recuperación de la memoria. Mejor olvidar, dicen. Hacer borrón y cuenta nueva. No remover las heridas, no hurgar en ellas para que no duelan. Sin embargo, muchas otras personas pensamos lo contrario: que las heridas no se curan ignorándolas sino reconociéndolas y destapándolas para que no se infecten.

A mí me duele el recuerdo de la hermana Fili. Pero es un dolor dulce. Pienso en ella y siento una infinita compasión por el dolor que debió sentir.

La recuerdo sentada en su puerta en silencio o caminando sola por la calle, ágil, vestida de negro y llevando por los hombros una toca negra de lana.

Era pequeña y delgada, aunque la falda larga, de vuelo, hacía que abultase más. Tenía la cara llena de arrugas y el pelo gris, casi blanco, recogido atrás en un moño.

Cuando yo llegué al mundo ya se le debían haber secado las lágrimas, las chicas del pueblo no la vimos nunca llorar.

Aún puedo oír su voz. Era suave, dulce y humilde, pero de una gran firmeza. La imagino diciendo a la gente que iba a llamar a su puerta: «Ahora mismo voy, que pongan el agua a calentar». La imagino también, sacando de su faldiguera las tijeras para cortar el cordón umbilical que nos unía a nuestras madres. La veo como si fuera ayer mirándonos a todas por la calle como su obra, las vidas que ella había ayudado a traer al mundo.

Nunca la oí quejarse. Tampoco reírse. Casi siempre estaba en silencio.

Desde que me dijeron lo de sus hijos, empecé a asociar su imagen con la de la virgen de la Soledad que sale todos los años en las procesiones de Semana Santa. Las dos de luto paseando en silencio la tragedia del asesinato de sus hijos, víctimas del odio de los hombres, sin más delito que pretender que se hiciera justicia en este mundo y hubiera pan para todos.

También, cuando pienso en la hermana Fili, me viene el recuerdo de la Piedad de Miguel Ángel, esa otra madre sentada con el cadáver de su hijo en el regazo. Pero a la de nuestro pueblo se le negó ese último consuelo de abrazar a sus muertos y enterrarlos. Sus cadáveres yacen en algún lugar de la funesta geografía de fosas comunes de la última guerra.

LA HERMANA CRISTINA

Puede decirse de ella que fue durante mucho tiempo la memoria viva del pueblo. Todo el que necesitaba saber algo de antes iba a preguntárselo a ella. Hasta de fuera venían los emigrantes a buscar algún antepasado suyo. A los que iban directamente al archivo parroquial o al del ayuntamiento, de allí los mandaban a la hermana Cristina.

Resulta que su memoria no solo era de hechos que le hubieran tocado vivir en su larga vida, casi cien años, sino también del siglo anterior a ella, porque desde muy pequeña, dormía con la Raimunda, una criada muy anciana que había servido en casa de don Juan Ángel y que rondaba los noventa y tantos años. Esta mujer estaba ya retirada de los trabajos de la casa y las noches se le hacían muy largas, sin poder dormir, así que la Cristina se acostaba con ella y siempre, antes de que se durmiera, le contaba una historia de cuando era joven: de ahí que los recuerdos de Cristina fueran tan antiguos. Los tenía de la guerra de Cuba, de la de Filipinas, de la de África, y de la última, claro.

La última fue la que le tocó vivir, de la que fue víctima y la que le causó las mayores desgracias: torturas, cárcel, la muerte de su hijo de dos años dentro de la prisión...

—¿Qué quieres que te cuente hija mía? ¿De mi vida dices? Bueno, empiezo por lo primero que me acuerdo. Era yo muy pequeña y mi padre que servía de morillero en casa de don Juan Ángel me trajo un botijo de Belmonte. Bueno, Me trajo uno a mí y otro a las señoritas. A cada una un botijillo pequeño. ¡Ay, qué contentas las tres! ¡Y yo la que más! Porque ellas estaban acostumbradas a más regalos. Mi padre era muy bueno, me quería mucho y sabía lo que me iba a gustar tener aquel botijo. Pero, hete aquí, que a la señorita Carmen se le rompió el suyo nada más dárselo.

¡Ay, qué disgusto! ¡Qué llantos! Y mi madre va y para que no llore, me quita a mí el mío y se lo da! Todavía me acuerdo de aquello. Miré a mi padre y no dijo nada. Pero ya me iba para mi casa y me llama: «Toma, ten». Y me da un paquete muy envuelto. «No lo rompas, ten cuidado», me dijo. Y era otro botijillo igual al que se le había roto a la señorita. Y es que en la feria daban cuatro por un real, así que él compró los cuatro, nos dio uno a cada una y guardó el otro sin decir nada ¡Qué contenta yo con mi botijillo!

Mi madre es que era muy dura conmigo. Lo que tenía mi padre de blando, lo tenía ella de dura. Me puso a trabajar bien pronto. En la casa, digo. Como yo era la mayor tenía que lavar la ropa de las más pequeñas. Luego tuvimos un horno y había que cocer el pan, recoger la masa de las mujeres que iban a cocer y luego ayudarles a amasar, cocerlo y llevar el escriño del pan a sus casas. Mucho trabajo, además del campo y la casa.

Desde que nací he estado trabajando. En mi casa todos hemos trabajado mucho. Cuando me casé seguí trabajando.

Todo lo que me dieron mis padres cuando me casé fue una alcoba que me hizo el carpintero: una cama, el armario y las mesillas. Eso es todo. Tampoco había para más. Y mi madre nos prestó para que compráramos una mula. Así Isidoro podía trabajar en el campo, en lo nuestro.

Nunca hemos tenido un lujo. Toda la vida trabajando para vivir. Cuando me casé, ya te digo que no llevaba ni una joya y yo tenía unas ganas muy grandes de tener unos pendientes. Mi marido que lo sabía fue ahorrando y ahorrando y un año para la Feria de Belmonte va y me dice: «Toma, estas pesetas, son para que te compres los pendientes». No sabes qué alegría me llevé. Tanta que fui a decirle a mi madre que se quedara con los chicos, que me iba a la Feria a comprarme unos pendientes. ¡En qué hora se me ocurriría! Va y me dice: «A ver ese dinero». Se lo tiendo en la mano y me lo coge en un respingo. «Este dinero es lo que os presté para la mula, así que es justo lo que tienes que darme». Hija mía, y me quedé sin pendientes.

Le miro las orejas. Lleva puestos unos de oro viejo muy bonitos. Parecen antiguos. Como si por fin hubiera conseguido

cumplir su deseo y comprarse los que le hubiera gustado llevar entonces.

No me atrevo a preguntarle por lo que sé que le va a producir dolor recordar: su implicación en el asunto de los maquis. Me lo han contado ya otras personas con quienes he hablado. Sin embargo, a pesar del dolor, surgen detalles de aquel hecho tan traumático en su vida en sucesivas conversaciones. Me cuenta que los detuvieron por haber acogido en su casa al maestro de música de Las Pedroñeras, que era primo de su madre.

—Fueron a mi madre a pedirle cobijo y mi madre les dijo que por allí pasaba mucha gente, como teníamos el horno, que iban a estar más a resguardo en mi casa y me los mandó a mí ¡Qué iba a hacer yo, hija mía! ¡Pues aquí que estuvieron! La Cristina les dio de comer, los curó y la Cristina pagó las consecuencias. Porque fue a mi marido y a mí a quienes se llevaron a la cárcel. Primero al penal de Valencia y luego, cuando nació mi chico, al de madres lactantes, a Madrid. En Madrid estuve muy bien, como vieron que no me importaba trabajar me pusieron en la cocina. Engordé y todo. Es la única vez en mi vida que he estado gorda. Comía mucho para darle el pecho a mi hijo. Así estuve hasta los dos años. Pero luego me lo retiraron y cuando dejó de mamar se me murió. No digo que no le dieran de comer, sino que las cosas que dan en la cárcel no son para un chico. Y este era muy delicado en la comida. Por eso tardé tanto en quitarle el pecho, para que estuviera alimentado. Fue quitármelo de mi lado y morir. Era muy guapo. No había estado malo ni nada, solo que se murió así sin más. Ese fue mi mayor dolor. Me puse mala y todo.

Pero no podía morirme porque tenía otros hijos y estaba mi pobre Isidoro en otra cárcel de hombres. Por entonces lo mandaron al Norte y allí comían muy bien, comían pescado casi todos los días. Cuando salí, fui a verlo. El jefe de cocina sabía que yo estaba allí y le llenaba el plato más para que comiera yo también. Era comida muy buena.

Cada vez que iba al pueblo me gustaba hacer una visita a la hermana Cristina. Algunos días la encontraba recostada en el sofá con un dolor en el estómago que la venía molestando ya algún tiempo. Se incorporaba y me pedía que no me fuera. Al poco rato, se olvidaba de su malestar y parecía haber recuperado la vitalidad de siempre.

—Hablar del pasado la revive, me decían sus hijos.

Ahora ya, tampoco está ella. Con su muerte es como si se hubiera cerrado la más importante biblioteca oral que tuviera Villaescusa.

—¿Qué gente buena recuerda usted? Alguien que fuera muy bueno... —le pregunté una vez.

—Las de Fernandillo, la madre de Pepe Araña. La hermana Ignacia... Esa era muy buena mujer. Y la Rosa de Pistolas. La Rosa ahora tiene 93 años, vive en Barcelona, ya no ha venido más por aquí. Bueno, solo vino a cuidar de su tío cuando vivía. Venía y se quedaba meses. Lo cuidaba cuando estaba malo, le arreglaba la casa. La Rosa se arrojó con el marido. Se querían mucho y se la llevó a un hotel allí donde estaba, en Málaga, y luego pues se casaron. La Rosa y yo, vamos, como hermanas. Vivíamos puerta con puerta, nos ayudábamos y también nos enfadábamos. Pero eso, que éramos como hermanas.

LAS UVAS DE LA IRA, O EL QUIJOTISMO DE MI TÍO ALFREDO

Tarde de verano de un día de fiesta. Los hombres juegan a las cartas en el Casino.

Después de comer, todavía con el bocado en la boca, vienen a tomar el café mientras las mujeres recogen la mesa. Tienen partida de mus y no está bien hacer esperar a los compañeros.

Las puertas de los balcones están abiertas de par en par para que pase el aire, por lo que el murmullo de las conversaciones se oye desde la plaza.

Entre partida y partida alguno se levanta y se asoma afuera. A pesar de las ventanas abiertas, el interior está lleno de humo. Se agradece una bocanada de aire fresco.

Los hijos de la hermana Adela, propietaria del Casino desde que murió su marido, sirven las mesas. Un café, que vale una peseta, algunas rondas de coñac o de anís y el vaso de agua, con o sin azucarillo. Así, cada uno toma el café a su gusto. Hay quienes lo quieren menos cargado y lo aguan un poco, otros, los que gustan de tomarlo más negro, dejan el vaso a mano para beber después.

Unas mesas piden manta y baraja, otras un tablero de ajedrez o las fichas del dominó.

Para echar la brisca hacen falta al menos cuatro. Si no hay partida, es decir, si alguna mesa se queda impar con menos de cuatro personas, entonces juegan al dominó. Los que lo hacen al ajedrez son muy pocos.

Hoy, como es el día de la Fiesta, se oye la música de la banda de El Toboso que se está organizando para ir a la procesión del Cristo. Los músicos también han ido a tomar café al Casino. Cada cual con el hombre de la casa en la que se aloja, y con alguna mujer, porque como son fiestas, vienen también ellas. Aun-

que no juegan a las cartas ni se sientan en las mesas, se quedan de pie en el mostrador, se toman un refresco de zarzaparrilla, charlan un poquito y se van.

En cierto momento, cuando ya es casi la hora de la procesión, se escuchan unas risas y un jaleo que no es el habitual en la plaza. Alfredo, uno de los hijos de la hermana Adela, se asoma al balcón. Lo que ha visto le ha cambiado el semblante, de por sí tranquilo. Se encamina a la salida, rojo de indignación y baja las escaleras de tres en tres.

Abajo, un hombre viene por la calle con una caterva de chiquillos detrás de él. Lleva un cartel colgado del cuello en el que han escrito: «He robado uvas. Soy un ladrón». La gente se ríe y vocifera como si aquello fuera un espectáculo de circo. Entre los que más ríen y vociferan hay gente respetable del pueblo haciendo burla del pobre reo. A su lado, formando parte de chiquillería que avanza, están los hijos del hombre al que han puesto el sambenito encima.

Las voces de Alfredo pidiéndole al hombre que se quitara aquel cartel han levantado la curiosidad de algunos clientes del casino. Dejan la partida a medias y se levantan a asomarse a la calle a ver lo que ocurre.

El hombre, mira hacia arriba acobardado. No sabe a quién tiene que obedecer: si al alcalde que le ha ordenado ir con ese cartel por todas las calles del pueblo hasta la iglesia y salir con eso en la procesión o a Alfredo que le ruega que se lo quite.

Por un momento se queda quieto en medio de la plaza, llorando como un muchacho.

Al mismo tiempo, en el casino, se para el juego. Los hombres dejan las cartas sobre el tapete, se levantan de las mesas y se agolpan en los balcones a mirar qué pasa en la plaza. Alfredo, mudo de indignación, le ha quitado el cartel al hombre y lo ha hecho trizas pisándolo con rabia. Se guarda los trozos y muy serio ahuyenta a los chicos:

—Vais a reiros de vuestro padre —les grita a todos los que no son los hijos.

Y al hombre, en voz baja, le ordena:

—Ahora te vas a tu casa y no salgas hasta que no recuperes la compostura. Anda vete. Delante de mí, nadie se ríe de un hombre honrado.

A los que miran desde el balcón les muestra el cartel roto que sostiene en la mano:

—Y vosotros le decís al que se lo haya puesto que venga y me lo ponga a mí, a ver si se atreve.

Se hizo un silencio sepulcral y Alfredo subió al casino cómo un héroe. Siguió sirviendo las mesas, taciturno como era habitual en él. Nadie se atrevía a levantar la voz. Algunos volvieron al juego y otros se marcharon para la iglesia antes de que empezara la procesión.

Dicen que el alcalde, que iba delante de la imagen junto al cura y las autoridades, miraba hacia atrás como si buscara a alguien entre la gente. Uno de su camarilla se acercó a él y le dijo algo a la oreja. Los que lo vieron cuentan que le cambió el color de la cara, que se puso rojo y luego amarillo de la rabia y que tardó un rato en recuperar su color normal, y que seguía pareciendo enfadado durante toda la procesión.

Unos días después, los jóvenes del pueblo, reunidos en el Casino, discutían sobre qué obra elegir para hacer teatro. Era costumbre hacer una o dos representaciones al año. Alfredo se acercó al grupo y les sugirió un entremés de Cervantes, el titulado «La elección de los alcaldes en Daganzo», ese en el que después de valorar las habilidades de cada candidato, eligen como alcalde al que mejor hubiera rebuznado ¡No sé si alguien se daría por aludido!

Alfredo era alto y delgado. La cara alargada y la frente despejada como la de don Quijote. Aunque no llevara barba podía decirse de él que «era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza». No en vano se sabía esta obra de memoria. No es que hubiera perdido el juicio leyendo novelas, había leído muy pocas en comparación con el ingenioso hidalgo, pero estas muy bien seleccionadas. Podemos hacer el escrutinio de sus lecturas por los libros que tenía en la estantería de su casa. Uno trataba de la masonería, el que había heredado de su padre, que a su vez lo heredó del suyo, maestro albañil como él. Aunque la palabra suene a enigmas y misterios, el manual de ma-

sonería no trataba de logias ni sociedades secretas, sino que consistía en un manual práctico de construcción en el que había aprendido las artimañas del oficio: la importancia de nivelar las paredes con la escuadra, la necesidad de cubitar antes de hacer una escalera de caracol, etc. También tenía otros libros que debió adquirir después: el de «Merlín y familia» de Álvaro Cunqueiro —seguramente por la relación del hechicero con el Quijote—, la novela «Un millón de muertos» de José María Gironella y, claro está, varias obras de Cervantes. Estas últimas las había tenido con él desde siempre. Además del Quijote, que solía citar al tres por dos en su conversación, era entusiasta de dos entremeses, uno el ya citado y el otro «El juez de los divorcios». Sacaba de estas obras aplicaciones prácticas para la vida. Hacía comentarios sobre la realidad usando ideas, argumentos e incluso frases literales de Cervantes, muchas veces sin citar la fuente, pero no porque quisiera que parecieran suyas (que ya lo eran puesto que las vivía como propias) sino por no resultar pedante. Porque Alfredo, a pesar de su erudición, se mostraba a los demás como una persona sencilla a más no poder. Aunque tuviera sus ribetes de orgullo y de ironía, no se lo vamos a negar.

En el casino solía ocupar un lugar alrededor de la estufa de leña. Junto a él se formaba el corro de hombres que lo escuchaban: Casildo, el Ángel, el Notario, Paco el de Lucinio, Paco el Pelao, etc. Le gustaba provocarlos diciendo que los matrimonios deberían durar solamente cinco años. Que después de ese tiempo, los casados, si querían seguir estándolo, tendrían que ir al juez a solicitar otros cinco años de matrimonio y acreditar que eran merecedores de la prórroga. Que si el juez viera que no lo eran, el matrimonio debería quedar disuelto. Esto lo decía Alfredo en una época en la que ya no existía la ley del divorcio. Ni que decir tiene que los que lo escuchaban se lo tomaban a risa, como si aquello fuera un disparate, «una ocurrencia más de Alfredo». Ninguno del casino caía en la cuenta de que lo que contaba estaba sacado de una obra clásica de su adorado Cervantes.

Como las obras de este autor, sobre todo el Quijote eran guía de vida y el catecismo de Alfredo, a su hija le puso el nombre de Luscinda, por este personaje del libro. Y no la llamó Dulcinea

porque seguramente reservaba ese nombre para otra persona. A su hijo le quiso poner Cardenio pero el cura no le dejó porque la conducta de ese personaje no era muy ejemplar. Al fin y al cabo se suicidaba por amor y no estaba dispuesto a bautizar a nadie con el nombre de un suicida.

Con el párroco tenía una relación un tanto peculiar. Hablaba con él, por eso de las tertulias del cura y el barbero con don Quijote, pero creo que, como en el libro, mantenía las distancias. También el cura de Villaescusa, como el de «el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme», intentaba en vano imponer su criterio sobre nuestro quijotesco personaje y obligarle a seguir el camino trillado, el que es así «porque así ha sido siempre». Discutían pocas veces aunque no estuvieran de acuerdo, porque Alfredo, ante ciertas posturas intransigentes terminaba la conversación con lo de: «Con la iglesia hemos dado, Sancho».

Con todo, cuentan que al menos una vez llegaron al enfrentamiento. Ocurrió en un baile en el casino que el cura había prohibido y que los jóvenes, saltándose la prohibición, estaban organizando. Llegó el cura a parar el baile y Alfredo se plantó en la escalera cerrándole el paso. Le dijo que aquel no era un lugar para un sacerdote, que se fuera de allí porque no lo habían invitado, que cada uno en su casa hacía lo que quería y que no le iba a dejar pasar. Entonces el cura se enfadó mucho y amenazó con llamar a la guardia civil.

—Bueno, —dijo mi tío. Llame a quien quiera. A ver quién puede más, el Ejército o la Iglesia. Porque aquí tenemos varios representantes del primero que, como no llevan sotana, sí están invitados al baile.

Era verdad. Estaban Santiaguillo Madrid que era capitán, o no sé qué otro cargo militar, con otros compañeros suyos bailando con las chicas del pueblo.

Al día siguiente, don José, que así se llamaba el cura, con su voz atronadora, arremetió desde el púlpito contra los jóvenes blasfemos que se atrevían a desafiar a la iglesia. Pero no pasó nada. Las aguas volvieron a su cauce y los bailes se siguieron celebrando en el casino con el beneplácito de la guardia civil.

También me contaron que en el Casino se jugaba clandestinamente a la Banca. Y que un día se acercó por allí la guardia civil y estaban jugando. Entonces, mandaron a un chiquillo a avisarles y salió Casildo a entretener a la pareja de la Benemérita. Y también para que vieran que si estaba Casildo fuera es que no podía haber Banca, porque él era uno de los que más jugaban.

Como el guardia hizo intención de pasar adentro, a las habitaciones, que era dónde estaban jugando, Casildo cogió al guardia del brazo y le dijo al oído:

—Hombre, no entres ahí que están las actrices.

—¿Es que hay teatro esta noche?

—Esta noche no. Han venido a ver cuando lo hacen.

—Pero tú has salido de ahí.

—Sí, he ido a fisgar un poco.

—¿Y qué has visto?

—Pues a la chica medio desnuda echada en la banca. Pero no pases tú porque ya ha llegado el marido...

Esas eran las habitaciones que ocupaban las compañías de teatro ambulante cuando pasaban por el pueblo. Una vez o dos al año, generalmente en invierno, venía una familia de comediantes: dos hombres y dos o tres mujeres, dependiendo de la obra. Solían ser un matrimonio adulto, los padres, que hacían los papeles de más edad, y los hijos, chica y chico, que aunque fueran hermanos hacían de galán y de dama. A veces incluso alguna de las chicas hacía un papel masculino.

Dormían todos juntos en la misma habitación. Allí también cocinaban, comían y pasaban el tiempo que no estaban ensayando o preparando los decorados. Estos eran muy simples: unas cortinas rojas, unos papeles en los que se pintaban ventanas, puertas e incluso muebles; otro papel en el que se pintaban árboles y una fuente para que pareciera el patio, o casas y farolas para que pareciera la calle.

Ellos mismos se ponían en la puerta del Casino a cobrar las entradas antes de que empezase la función. Después de la obra de teatro, se cambiaban de ropa y bailaban y cantaban las canciones de moda.

UN ANILLO PARA LA NOVIA

Se abre una puerta enorme de vidrio detrás de la cual varios ancianos, sentados uno al lado de otro sin mirarse entre sí, contemplan fijos la entrada esperando a las visitas.

La mayoría no conoce lo que hay detrás de esa vidriera de cristal que los separa de la calle.

De vez en cuando, alguien se acuerda de ellos y vienen a visitarlos. Un hijo, una sobrina, un nieto. Los amigos, a estas edades, casi todos se han muerto ya.

—Venga tío, vamos a tomar un café fuera...

—Si es que no sé si puedo...

—No tienes que andar. Sólo unos pasos hasta el coche.

—Claro que puede. Y le vendrá bien —dice la enfermera.

—Siendo así. Venga, vamos.

Se asegura de llevar sus dos pares de gafas en el bolsillo. La llave, dice que por si acaso. ¿La de su habitación? ¿Todavía la de su vieja casa?

Avanza inseguro hacia la puerta, Es mucho tiempo sin pisar la calle. Por fin monta en el coche. Marchan despacio para darle lugar a que vea el pueblo desde la ventanilla. Llegan a una plaza, la del ayuntamiento, y se bajan a contemplar una portada donde hay un símbolo masónico en el frontispicio. Esos símbolos, hace unos años hubieran llamado la atención del anciano. Eran las mismas imágenes de la cubierta de uno de los libros que había heredado de su padre: el cartabón y la escuadra se erigían misteriosamente debajo del título «Tratado de masonería». En el interior había dibujos, fórmulas matemáticas y consejos sobre el arte de la construcción. Las páginas amarillentas, tenían señales de haber sido

usadas con frecuencia por las sucesivas generaciones de albañiles de la familia. Una profesión de la que había estado orgulloso toda su vida y que le llevaba a contemplar cada edificio con la curiosidad del oficio. Sin embargo, ahora apenas los miraba.

—Es la primera vez que veo el pueblo.

Mira hacia las sobrinas, vacilante, sin mostrar interés en conocer nada nuevo.

—Vamos a algún sitio a sentarnos.

Con pasos cansados se dirige hasta el coche y sube otra vez al asiento sin ayuda ninguna.

Quedan unas horas hasta la hora de regresar a la residencia de la Tercera Edad en la que está ingresado.

Pasan por la terraza de una cafetería. Bajan del coche y caminan unos pasos hasta las mesas y las sillas en la que todavía no hay nadie sentado. Es pronto para los clientes. Ellos son los únicos a estas horas. Esperan que enciendan la cafetera y, mientras, la sobrina va a comprar unos pasteles enfrente. Son exquisitos. El anciano prueba uno y otro, todos diferentes. Una armonía de sabores que había olvidado que existía. Tan habituado estaba a las insípidas comidas de la dieta geriátrica de la residencia.

—¿Y digo yo que para qué quieren que vivamos más?

—Tío, está bien que os cuiden.

—Sí. Está bien. Pero a cierta edad ya ¿para qué va uno a vivir?

—Pues para recordar...

—Recordar. Sí, eso sí. Recordar para uno mismo. Cada uno con sus recuerdos.

—Y para compartirlos.

—¿Compartirlos? ¿Con quién? ¿A quién le interesan los recuerdos de un viejo?

—A nosotras —dicen las sobrinas.

La parsimonia del camarero es la habitual de los pueblos, la gente vive sin prisas y sin mucho que hacer.

—¿No se habrá olvidado de nuestros cafés?

—No. No. Están marchando.

Deja de limpiar las mesas y cerrar las sombrillas y se adentra en el interior a prepararlos. Su lentitud es cómplice con el mo-

mento. Al anciano le lleva tiempo buscar en la memoria los recuerdos más apropiados. Esos que no haya contado ya.

—Si me parece que esto ya te lo había dicho antes...

—No, no, sigue. Esto no me lo habías contado.

—¿Cómo está la M.?

—Pues mayor. Ha estado enferma, pero creo que está mejor.

—Fue mi novia. Bueno, en realidad no llegamos a serlo. Yo iba detrás de ella, pero me tuve que ir a la guerra. Tres años de guerra y luego otros tres de mili. Mucho tiempo fue...

—¿No te esperó?

—Ya ves. Se casó con mi mejor amigo.

—Eso debe doler.

—No. Si tuve yo la culpa. Después de la guerra me quedé en Madrid trabajando. Allí tenía un futuro y, conforme estaban los tiempos, no podía dejarse un trabajo así como así. Viene una fiesta a verla. Le compré un anillo y todo. Estaba dispuesto a declararme. Pero entonces ya salía con mi amigo y no le dije nada. No le dije nada a ninguno de los dos. Me guardé el anillo en el bolsillo y me volví a Madrid.

—¿Te dolió mucho?

—Claro. Venía a casarme con ella. A llevármela a la capital o a quedarme yo en el pueblo. No sabía que ya se había arreglado con otro. Eso pasaba mucho entonces. Era mucho esperar para una mujer. ¡La maldita guerra tuvo la culpa!

LA MUJER DEL PRESO

La borriquilla ya se sabe el camino a Uclés. Sale del pueblo de madrugada para llegar, ya bien entrado el día, al penal. La mujer avanza en la oscuridad de la noche arrebujándose en la manta para evitar el relente. Las noches de luna la carretera parece una cinta blanca. Si la sigues no te pierdes, pero el peligro de que alguien se esconda entre las lindes es mayor. Por eso prefiere ir a través de los campos para evitar a los salteadores de caminos. La necesidad es tanta por esos pueblos que cualquiera puede salir y asaltarla en cualquier momento. Cuando le entra el miedo habla en voz alta como si fuera con alguien. Así no saben que va una mujer sola, así, a lo mejor, ahuyenta a los atracadores o, por lo menos, ahuyenta al miedo.

Hay veces que después de un viaje tan largo le deniegan el permiso para visitas y se queda sin poder verlo. Eso sí que fastidia, todo un viaje para nada, y encima la duda de si la comida que le ha traído le va a llegar o se la van a comer ellos.

—Familiar de Joaquín Cañabate, pase al locutorio.

El guardia civil la registra antes de dejarle pasar y le toma la cesta sin decir palabra. Ya la conoce de otras veces. Juliana respira con alivio. Cada día viene con la angustia de que no le cojan la cesta porque eso querría decir que le ha pasado algo muy malo. Lo menos malo, podría ser que se lo hubieran llevado a la cárcel de Ocaña o a la de Cuenca, sin avisar. O algo mucho peor que no quiere ni pensar siquiera. No puede olvidar la cara de dolor que ha visto en las mujeres a las que no les cogen los paquetes que traen. Ha estado en la cola con ellas, con el corazón en un puño y sin tener ninguna palabra de consuelo que darles. Ha visto al guardia decirles que esperen y luego traerles los efectos personales: la muda y alguna carta, nada más. Ha visto a las mujeres guardar esas cosas y romper a llorar sin poder remediarlo...

Por eso, aunque ha habido días en que no le han dejado verlo, se ha dicho a sí misma: «Podía haber sido peor». Estaría de castigo, pero estaba vivo.

Hoy está de enhorabuena: le van a dejar ver a su marido.

Nada más pasar el umbral lo ve allí, sentado en la silla, esperando y mirando hacia la puerta. De pie, detrás, hay un guardia nada más y son cuatro los presos, así que van a poder hablar con más libertad, sin que les oigan todo lo que digan.

—¿Qué tal los chicos?

—Los chicos bien ¿y tú? ¿Te dieron la comida que te traje la vez pasada?

—Sí, me la dieron.

—Ya no debes tener na pero no he podido venir antes. Es que como no sabía si te iba a poder ver...

—Nos castigaron a toda la sección.

—Por dios, ya está bien de política. Ya hemos tenio bastante. Déjate de protestas y pórtate como ellos quieran, que no puedan tener ni una queja de ti, hazlo por tus hijos. Por las criaturas nada más, no vayan a tener que criarse sin padre.

—Por ellos estoy aquí. Porque tuvieran un mundo mejor que el que hemos tenido nosotros.

—Yo no me quejo ni de lo que he tenido ni de lo que no he tenido. Antes no nos faltaba de comer. Es ahora cuando tenemos falta de to.

—Pues no traigas más cestas. No quiero que por traerme a mí comida, los chicos pasen hambre.

—No, si alimentaos estamos. Eres tú el que tienes que comer. Te he traído tomates y media docena de huevos cocidos. Los iba a cambiar por arroz, pero mira, mira... Ya vendrán tiempos mejores.

—A ver si me llegan. Conque me llegara alguno me conformo.

—¿Quién se los come? ¿Ese guardia traspellao?

—Juliana, baja la voz que te van a oír.

—Pues que me oiga. ¡Qué poca vergüenza, comerse el pan de un pobre!

—Calla, calla. A ver si me van a cortar las visitas.

—Ya me callo, ya... Es que me pone mala venir cargá pa ellos. ¿Cuantos panes te dieron la vez pasada?

—¿Cuántos trajiste?

—Pues cuatro. Y también unos chorizos y cebollas. Lo que tenía...

—No sé si llegarían a cuatro. Como nos lo dan partido en trozos... Pero entero el pan no estaba, le faltaba un cantero y algunas rebanadas. Pero bueno, es que también los compañeros comen. De los chorizos me llegaron dos.

—Mira que a veces me dan ganas de no venir más.

—Tú verás.

Él sabía que no lo decía de verdad, que aunque lo dijera seguiría viniendo porque era una mujer fiel y leal. No se había equivocado al casarse con ella. Siempre tan animosa, tan trabajadora y tan valiente. Otra no se hubiera atrevido a hacer el viaje de noche, arriesgándose a que la asaltaran por el camino para robarle o para otra cosa...

—Ten cuidao por el camino Juliana. Ven cuando venga alguien de Belmonte, no vengas sola. Hay gente mala por el mundo. Eres una mujer joven.

—Uy, uy, uy, Requeibros a esas alturas...

—Mira ¿ves? el guardia te está mirando. Ahora no te vayas sola que puede salirte algún hombre.

—A buenas horas mangas verdes.

—Hay muchos ladrones sueltos.

—Ya, no me ha salido cuando venía de lleno, me va a salir ahora que voy de vacío...

—Bastante desgracia tengo con estar aquí encerrao. Menos mal que los chicos te tienen a ti.

—Pos sí, menos mal. Menos mal que, para mí, ellos son lo primero. Antes que to. Y eso mismo tendrían que ser para ti. Aunque no sea más que por ellos, haz to lo que te digan. Dicen por ahí, que si los presos tienen buena conducta, los sacan antes.

—Para ellos buena conducta es ser un chivato. Ayer metieron al «cubo» a uno por enseñar a otros a hacer cuentas. Está prohibido reunirse. Nos tienen miedo. Todavía nos tienen miedo. No

quieren que nos organicemos en la cárcel. Acerca la mano con disimulo que tengo que darte algo.

—Mira, a mí no me líes que bastante desgracia tenemos...

El guardia avisa de que les queda unos minutos para despedirse. Juliana traía muchas cosas para preguntarle pero escuchándole a él se ha ido pasando la hora y ya no hay tiempo para hacerlo.

Está orgullosa de su marido. Sabe hablar muy bien de asuntos importantes, no como ella, que no sabe cómo decir las cosas. Se le pone un nudo ahí y ni siquiera se atreve a decirle que lo quiere, que lo echa de menos.

—Te he traído dos mudas por si acaso no puedo venir la semana que viene.

—Haz lo posible Juliana.

—Si te da igual que venga, si tienes a tus amigos esos que te enseñan tantas cosas.

—La familia es la familia y como la mujer de uno no hay nada, Es lo que más se echa en falta, es como si te faltara una mano o una pierna... Por eso te duele más estar aquí dentro.

Este hombre qué cosas sabía decirle. Montada en la borrica de regreso, se iría adormeciendo arrebujada en la manta, recordando que él le había dicho que notaba tanto su falta como si le faltara su mano o su pierna. La próxima vez que viniera se pondría los pendientes que tenía guardados. No, mejor no, mejor que no los sacara para que no se los robaran por los caminos

—Ahora busca a los de Belmonte. Ellos ya saben que te vas a ir con ellos. Ya se lo habrán dicho sus familiares. Se lo he pedido yo. Son buena gente. Siempre me ofrecen algo de lo que le traen.

Ya lo sospechaba ella. Y también que los panes que traía eran para toda la sección. Para esos muertos de hambre. ¡Y creían que iban a cambiar el mundo! Siempre el pez gordo se ha comió al chico. Esa era la verdad y lo demás, un engaño. Habían vivido tres años soñando despiertos. ¡Cómo son las cosas! Hasta ella había llegado a creerse que era posible un mundo sin ricos ni pobres. Y es que su marido la convencía siempre. Incluso ahora,

estando allí encerrado, seguía diciendo que la razón la tenían ellos. Razón a lo mejor no les faltaba, pero a ver con qué se comía eso... Con la razón no se quitaba el hambre.

El preso se queda con la carta escondida debajo de la manga. No ha tenido valor para insistir en dársela. Tampoco ha querido gastar los pocos momentos que tiene de estar con su mujer hablándole de desgracias. Bastantes tienen, como dice ella. No hay nada malo en alargar la esperanza de una madre, en ahorrarle dolor y no darle la noticia de que su hijo ha sido fusilado. Ya tendrá tiempo de enterarse.

Guardará la carta en la celda y se la dará él personalmente, cuando lo pongan en libertad y pueda volver al pueblo. Le contará la entereza con que su hijo afrontó la muerte y que el último pensamiento fue para ella. Que la noche antes de la «saca», pidió a los guardias que le dejaran despedirse de uno de su pueblo, que era él, y que le dijo:

—Joaquín, dale esto a mi madre y dile que me perdone el disgusto que le doy.

Les contará que se abrazaron sin llorar, y que no pudieron hablar más, de la emoción.

El preso fusilado tenía 20 años. Se llamaba Juan Julián Mena. Al poco tiempo, su hermano al que llamaban el Pecas, se presentó en la prisión a verlo. Le hicieron esperar menos que otras veces. El guardia vino con un hato de ropa que le entregó, una muda y unas zapatillas eran todas sus pertenencias. No hubo más explicaciones.

Las «sacas», nombre que le daban al hecho de sacar por la noche a un grupo de presos para fusilarlos, continuaban en el monasterio. Los que quedaban sin «sacar» esa noche, vivían pendientes de que en cualquier momento les tocara a ellos.

En Villaescusa de Haro, algunas mujeres iban a seguir esperando el regreso de sus hijos durante mucho tiempo.

LOS EVACUADOS QUE SE QUEDARON: MARGARITA LA MODISTA

Vino de un pueblo evacuado a causa de la guerra. El Gobierno republicano ordenó el desalojo de aquellas poblaciones cercanas al Frente y las llevó a otras más alejadas de los campos de batalla. Así fue como vinieron a vivir a Villaescusa varias familias que no tenían vínculo alguno con su gente.

Las autoridades republicanas los alojaban en las casas que consideraban oportunas. Al tío Hormigón, en la parte baja de la casa de los Girón; a la familia de la que con el tiempo llegaría a ser una de las nueras de Astrana Marín, en casa de Cañabate; a Margarita, que era soltera, en casa de otra soltera: Pilar, la Pilar de Auxilio. El sobrenombre le venía del trabajo que se encargó de hacer, el reparto del auxilio social.

Margarita llevaba un bastón y un mantón. No la recuerdo sin ellos por la calle, aunque supongo que en verano no llevaría esa prenda.

Era una mujer muy educada. Jamás se le oía un apalabra más alta que otra. Pero nunca la vi en la iglesia. A diferencia de su compañera, que era la encargada oficial de todos los rezos que no dirigía el cura. Si había un muerto, llamaban a Pilar para el rezo del velatorio. Y luego, después del entierro, el rosario con el responso de difuntos cada noche durante nueve días.

También rezaba en la iglesia: el Vía Crucis en Semana Santa, las Flores durante el mes de mayo, la novena de la virgen que empezaba nueve días antes de su fiesta, o la del Cristo, que empezaba inmediatamente al terminar la de la virgen.

Además iba a las casas en las que ocurría alguna desgracia.

Era como una monja pero sin serlo. Hasta llevaba un hábito marrón con un cordón dorado como los de las túnicas de los santos. Esos hábitos que la gente, las mujeres especialmente, se po-

nían para cumplir una promesa cuando Dios, o sus santos, hacían algún milagro como curar de una enfermedad, sacar de la cárcel a alguien o cosas así.

No sé cual sería la promesa de Pilar. A lo mejor tendría algo que ver con esto último, pero no está muy claro. Porque si, como decía la gente, su novio estaba preso ¿por qué le llevaba el hábito si Dios había permitido que se pudriera allí dentro, en vez de salir libre como otros salieron?

También decían que había querido tanto a ese hombre que juró que no se casaría con nadie más que con él, y que, como se murió en la cárcel, ya no se casó nunca.

Margarita la modista era su única compañía.

Cuando se acabó la guerra se habían hecho tan amigas que le pidió que se quedara. Tampoco Margarita tenía un sitio donde ir. Su pueblo había quedado destruido y todos los de su familia muertos.

Así ya no estaban solas. Se tenían la una a la otra.

Se trataban con mucho respeto y se llamaban de usted.

Margarita cosía y Pilar hacía los recados. Era muy raro ver a Margarita por la calle, sólo cuando iba a hacer alguna visita o a tomar las medidas para un vestido a alguien que no pudiera ir a su casa.

Pilar era muy alta y Margarita muy bajita. Claro que cuando la conocí yo, ya estaba un poco encorvada por el peso de la edad. Como era tan poca cosa, necesitaba muy poco para comer: una sopita a mediodía y una rodajita de melón para cenar.

Margarita hablaba sin atreverse a hacerlo, con una voz dulce como pidiendo disculpas. Pilar en cambio, tenía un tono eclesiástico como si la vida abnegada que llevaba le diera permiso para sermonear a todo el mundo. Algunas mujeres la temían, sobre todo si tenían faena por hacer, porque Pilar era muy «generosa» con su tiempo, no tenía prisa nunca. Podía pasarse la mañana entera de cháchara diciendo lo que estaba bien o lo que estaba mal o rezando el rosario contigo si consentías en ello. Cualquiera hora era buena para salvar un alma ¡y había tantas por salvar!

PICAR CON EL ESTÓMAGO VACÍO

El patio blanco con olor a cal. A la sombra de la higuera, una silla. Manuela está sentada en ella mirando a la calle por la puerta que tiene abierta de par en par. La muleta en la que necesita apoyarse para andar la tiene al lado, sujeta contra el tronco de un rosal.

Es por la tarde, vengo de la piscina y me saluda. Se pone ahí en la puerta para ver pasar a la gente. Me siento con ella un rato.

—Ay hermosa, que mala he estado este invierno. No me quería levantar.

—Pero ¿por qué?

—Me dolía todo el cuerpo y estaba tan sola. Le pedía a Dios: ¿Por qué no me llevas? ¿Qué hago yo aquí ya? Porque tengo cumplidos los 89 años. Todos se me han muerto.

Viene una vecina y se pone a barrer el patio.

Cae un higo mientras hablamos. La Manuela le da con el bastón y dice con pena:

—Están malos.

Siguen cayendo los higos.

Ahora hablamos las tres. La vecina, Benita, recoge el montón que ha acabado de barrer, guarda la escoba y el cogedor y se sacude el mandil.

—Sácate una silla —le pide la Manuela.

—No, sí me voy.

Se saca del bolsillo un huevo.

—Toma, Manuela, de tus gallinas.

—Anda, anda, llévatelo para ti.

—Mujer, es de tus gallinas.

Como no se lo aceptan, lo mete otra vez en el bolsillo y me explica:

—Es que tengo cuatro en su corral y ella ya no pisa por allí. Yo le echo las cortezas de melón ahora en verano y las sobras de la comida. Son cuatro huevos los que ponen.

Yo también le pido que se quede y se queda, pero sin sentarse. Pregunto:

—¿En qué época has sido más feliz Manuela?

—Pos cuando vivía mi marido.

Sus recuerdos se remontan a su juventud. Había terminado la guerra y las ilusiones se habían roto. El mundo volvía a ser lo que era. Los ricos habían vuelto a ocupar sus casas y los pobres habían vuelto a las suyas. Las tierras habían dejado de ser colectivas y estaban otra vez en poder de sus antiguos propietarios. La escasez de alimentos era aún mayor que antes de la guerra. Ya no se mataba una oveja ni siquiera una gallina porque apenas quedaban. Tener una gallina llueca era una fortuna.

Ella seguía haciendo lo de siempre: servir. Su ama, la Jacinta, le tenía confianza, por eso le encargaba que recogiera los huevos. Y por eso también, porque le tenía confianza, le encargaba que los fuera a vender. Un día, en un rincón del corral, encontró un verdadero tesoro: un nido olvidado con más de una docena. Se lo dijo a la Jacinta y le dio permiso para que los vendiera en la tienda pero cuando estaba allí, un huevo se rompió y apareció un pollo. Como ya los tenía vendidos el que los había comprado no se los quería devolver.

—Entonces valían más, porque, a ver, siempre vale más un pollo que un huevo.

El de la tienda le puso el dinero encima del mostrador. Pero nada, ella no quería coger el dinero. Al final tuvo que hacerlo porque los huevos, con el pollo adentro, no se los devolvían. Así que se volvió a donde la Jacinta y le dio las pesetas que le habían dado y la Jacinta no tuvo más que conformarse. Confía en ella.

Le vendía el suero de la leche que quedaba de hacer el queso y allí tenía siempre el dinero exacto, porque a pesar de toda el hambre y toda la miseria, nunca dejó de ser honrada y sólo se quedaba con lo que le daban. Eso lo sabían todos en el pueblo. También Polo que acababa de llegar de la guerra y se había fijado en la Manuela.

—Fue la Jacinta que te tenía fe y le habló a Polo de ti, dice la vecina.

—Ah, pues eso no lo sé. A mí no me dijo nada.

—¿Cómo fue que te casaste con él?

—¿Se lo cuento yo Manuela? Me lo has contado muchas veces.

—Bueno.

La cara se le ilumina mientras escucha el relato, sonrío y hasta parece que se ruboriza un poco, no sé si de sus recuerdos o de que hablen de ella.

—Venía de lavar de los Barrancones y Leopoldo estaba escondido entre el carrizo. Cuando llegó al sendero le salió al paso y le dijo: Mira Manuela. Estoy solo hecho un desgraciao. Así no puedo vivir. No tengo quien me lave. Si no me quieres no sé que va a ser de mí. Y la Manuela que tiene un corazón muy grande...

—Ea, ¿qué iba a hacer? Me dio lástima.

—¿Te casaste porque te daba lástima?

—No, eso no.

—¿Lo querías?

—Claro. Y cuando estuvo enfermo lo cuidé. Nunca ha podido tener una queja de mí.

—Eso es verdad —corrobora la vecina.

—¿Cómo fue tu boda?

—Fuimos a la iglesia y nos casamos.

—¿Quién te casó?

—Pues el cura.

—¿Don José?

—No, el de antes. Don Joaquín. Don Joaquín me quería mucho porque decía que yo era muy honrada. Su hermana me había mandado a llevarle el almuerzo y me dio un hatillo con dos magdalenas. Yo, ni lo abrí. Le llevé las dos magdalenas y le

dije: «Que su hermana me ha dado esto para que almuerce». Él cogió y me dio una. «Toma, para ti una, porque has sido muy honrada y no te la has comido por el camino».

Yo siempre he sido honrada. Cuando trabajaba en la casa de Manolo el secretario una vez me llamó a una habitación y había un montón de dinero encima de la mesa. Él se salió y me dejó sola con todo aquel dinero. Yo salí y le dije: Oye, sinvergüenza, ¿qué, me quieres poner a prueba? Pues sabe, que yo en mi vida he cogido lo que no es mío. En ninguna casa en la que he trabajado. ¿Oyes? Nadie puede decir ni esto de mí —añade con un gesto en el que se señala la uña del dedo meñique.

—Es verdad. Y lo buena que has sido con tu marido.

—Estaba tan malo el pobre mío. No lo podía ni levantar. Se murió y yo me quedé sola.

Alguien del pueblo me ha contado la vida tan dura que tuvo Polo antes de casarse con Manuela. Era el tiempo en el que se empezaba a hacer la carretera de Villaescusa a Rada y todos los que no tenían trabajo en el pueblo iban allí, a la carretera, a picar piedra. Se hacía a mano, dándole con un pico, a fuerza de golpes. Allí estaban todos los que habían venido de la guerra. Polo entre ellos.

Después de todo el día trabajando paraban una media hora para comer el bocadillo y echar un cigarro. Los que no tenían para almorzar esperaban allí, a la orilla, a que los otros terminaran de comer para volver al tajo. No tenían ni un mendrugo que llevarse a la boca. «Yo era un chico y aquello me impresionó. Esos hombres, trabajando tan duro y sin comer en todo el día», cuenta un testigo.

Los días del verano pasan deprisa. Las mañanas las pasa Manuela sentada en su patio y por la tarde sale a andar un poco. Va despacio, apoyada en su bastón o en la muleta, y se sienta en un banco en la puerta de la piscina. Los chicos pasan a los columpios, la gente pasea y se paran a hablar con ella.

Le gusta hablar del pasado, de cuando era feliz en su casa, con su marido:

—Al Leopoldo no lo quería su cuñada. No tenía madre ni padre. Había venido de la guerra y no tenía nada. Se acostaba en la banca con una manta del campo y no tenía ni muda.

Cuando me casé el Gobierno nos dio quince pesetas y le compré dos camisas. Con una peseta compré dos sacos de la harina y le hice dos calzoncillos. Lavé los sacos, los corté y mi vecina la María me los cosió a la máquina. Cuando nos casamos, le daba vergüenza porque no tenía ropa para mudarse, y yo lo sabía, así que le dije: Toma, múdate. Y se puso más contento. ¡Ay, qué contento!

(Transcurren silencios entre los recuerdos. Te mira, para comprobar que la estás escuchando y continúa).

—Fue un buen hombre... Se portó muy bien con mi hermano. ¡Porque lo que yo he sufrido con mi hermano por la bebida! Luego dejó de beber y le dio por comer. Comía mucho, no tenía hartura. Venía y decía «¿Qué hay para cenar?», yo le contestaba: «Sopa de aire». Y me preguntaba: «¿Cómo es esa sopa?». Mi marido le decía: «Pero si ya hemos cenado», pero él se despertaba por la noche y tenía que comer. Le echábamos merienda. Se acostaba en la casilla que tenemos. Por la noche cortaba del tocino que teníamos colgado y Leopoldo le decía: «Ten cuidao, no vayas a caerte». Y decía: «Si no me caigo, me agarro del cuchillo y no me caigo». Era listo Francisco. Normal no era, pero tenía mucha memoria y era bueno.

Una vez estaban haciendo cuentas en el Ayuntamiento Manolo, el secretario, con otros hombres. Francisco los oyó y les dijo: «Eso no es así, es así, así y así...»

Y luego Manolo le dijo: «Pues sí, es así como tú decías».

Se iba con Luis, le cantaba «el gori, gori» y Francisco, con la chispa que llevaba, se hacia el muerto.

Tu padre le dijo una vez: Este chico, por tu hermano lo decía, este chico se parece a ti, Francisco.

Y él no le decía más que: «Se lo voy a decir a la Catalina, como digas eso verás, se lo voy a decir a tu mujer y se va a enfadar».

Le tomaban el pelo a mi hermano y él no se enfadaba.

—¿Cómo fue la guerra, Manuela?

—Pues muy mala, mucho miedo y mucha miseria. Se oían los aviones...

—¿Y tu marido fue a la guerra?

—Claro y al terminar tuvo que huir a Francia con los de su batallón pero luego vino y como no había hecho nada malo no le hicieron nada. Aquí no mataron a nadie.

—Pero hubo muertos, los hijos de la hermana Fili, por ejemplo.

—Pero eso fue en el Frente, después aquí no mataron a nadie, no como en otros pueblos. Algunos estuvieron en la cárcel, eso sí. En la guerra sí estuvieron todos. Mis hermanos eran pequeños y no les tocó pero a Leopoldo sí. Leopoldo pasó mucha hambre, les daban un pan para cuatro, para todo el día. Tenían hasta piojos. Y pasaban mucho frío, y enfermedades. Aquí tampoco teníamos mucho. Mis padres me pusieron a servir a los doce años en casa de la Jacinta Pinedo. Me enseñaron a hacer queso y lo hacía con ella. Vendíamos el suero y no me quedaba con nada, porque siempre he sido honrada. Juntaba los dineros y se lo daba. Tampoco tenían ellos de sobra. Lo justo. Vendíamos los huevos, la leche, el queso. Y me querían mucho.

Desde que me casé con Leopoldo, iba al campo con él. Teníamos dos borriquillos y ocho hectáreas de tierra. Iba a escardar en lo mío y luego de jornal a la Poveda. Íbamos andando toda la cuadrilla y cuando llovía nos metíamos debajo del puente, nos calábamos hasta los huesos. Una vez salí de debajo del puente al oír un camión para que nos trajera al pueblo, porque llovía a cántaros. Paró y salimos de debajo los veinte de la cuadrilla y el del camión dijo: ¿cómo voy a llevaros a los veinte? pero lo hizo. Nos montamos atrás y subimos todos.

LA VIUDA

Había pasado la guerra, gracias a Dios. Poco a poco se iban cicatrizando las heridas, aunque había cosas que no tenían solución. Si tenías una herida abierta podía cerrarse pero si lo que tenías era un muñón y te faltaba una mano o una pierna, ésas no podían volver a crecer. Por mucho que dijeran que sí. Haría falta un milagro bien gordo y eso no ocurría así como así. Aunque dijeran que ya había ocurrido tal milagro en Zaragoza, que allí a un hombre cojo al que habían amputado una pierna, rezó a la Virgen del Pilar y le creció otra nueva.

Pamplinas, lo que te faltaba no se podía curar. Al menos en Villaescusa. Aunque la Virgen se llamara del Favor y Ayuda. Mira que le había rezado ella. Seguramente más que ese cojo de Zaragoza. Pero no había habido milagro. Claro que ella pedía algo más que un pie o una mano. Ella había pedido que le devolvieran a su hombre entero.

No se lo devolvieron y ella le seguirá echando de menos toda la vida.

No le consuela pensar que no es la única. ¡Tantas mujeres se quedaron esperando! Sus hombres muertos en el Frente, otros, los que habían tenido más suerte, huidos no se sabía adónde. Más los que habían muerto en las cárceles y los que todavía estarían pudriéndose en las fosas. ¡Tanto padecer en vano! Se sufría menos si no se encariñaba una de ninguno.

Decían que después de una guerra tan cruel no podía venir otra. Ella sabía que sí. Porque los hombres son así ¿Si no pensaban en otra guerra para qué llamaban a filas? Se estaban preparando, la estaban preparando, la otra guerra.

Desde que el mundo es mundo las había habido. Primero la de Cuba. Su abuelo estuvo allí. Solo iban los pobres. Blas As-

trana, el padre del escritor Luis Astrana Marín, uno de ellos. Los ricos se libraban. Pagaban en el ayuntamiento para que fuera un pobre en su lugar.

Luego vino la otra. La más cruel porque, aunque no tuvieran que pasar las calamidades de ir en barco, era mucho peor. Era peor tenerla en tus narices, al lado de tu pueblo como quien dice. Una guerra en la que unos de la familia eran de un bando y otros del otro. En la que no te podías fiar ni de tu vecino, porque tenías miedo de que el que le tuviera rencor al padre se vengara del hijo. O que el que se había arruinado le echara la culpa a otro y se vengara de él para recuperar unas tierras que creía suyas.

¡Había visto tantas cosas a cual más cruel! Durante la guerra y en la postguerra.

Por culpa de los unos y de los otros. En los malos tiempos ya no se piensa como persona. Ves la muerte tan cerca y te da miedo. Y el miedo es tan grande que pierdes el respeto. Se pierden los temores. El más fuerte se come al chico y el más malo, al bueno.

Y la soledad. Ese también había sido un mal muy grande. La soledad de las mujeres. Tantas mujeres con el dolor de la espera. Porque si no esperaran, no era tan malo. Las viudas se iban acostumbrando, su muñón iba echando costras y ya solo les dolía cuando hacía mal tiempo. Pero si estás con el muñón sangrante esperando que te pongan lo que le falta, un día y otro esperando y aquello sin cicatrizar, eso sí que duele.

POR QUÉ PERDIMOS LA GUERRA

Se le veía pasear con su perro por los molinos, un hombre alto y fuerte y un perro que le obedecía en todo, siempre caminando a su lado. Todavía a sus noventa y cuatro años sigue paseando, cada vez más solo porque los de su edad se van yendo o están en sus casas con algún que otro achaque. Él sigue lleno de vitalidad, no tanta como antes, pero aún puede ir cada tarde al Hogar de los Jubilados, en la Casa Grande, a jugar al dominó o a echar una partida de cartas.

Se mueve con una agilidad pasmosa, pero de lo que más contento está es de tener todavía la cabeza en su sitio. De ello da muestras en la conversación.

—¿Me conoce usted?

—¿No te voy a conocer? Pues anda que no he hablado yo con tu padre...

—Y yo con su hija, pero con usted creo que no había hablado nunca. Y me gustaría que me contara cosas de antes. Cuando usted tenga tiempo, no quiero molestarlo...

—Pues ahora mismo, así me siento un rato. Estaba en el corral, que he puesto un huertecillo. Ya, con la edad, no me atrevo a ir al campo. Y me gusta, siempre me ha gustado trabajar la tierra. Pero me da miedo salir del pueblo por si me da algo. Por eso he plantado unas matas ahí y me entretengo cavando, quitando las hierbas malas, regando... Lo que haga falta.

—¿Se agacha usted a cavar?

—Pues claro.

—Así está usted de bien.

—No estoy mal, pero de vista he perdido mucho. Ahora, si quiero leer algo tengo que ponerme al sol. Así que leo poco, y la televisión no me gusta ponerla por el día. Fíjate si tengo tiempo.

—Cuénteme cosas de cuando era joven.

—A los nueve años empecé a trabajar de rochano. Ea, otra cosa no podía hacer a esa edad. Cuidaba los borregos de Alarcón para la Exposición Nacional. Tenía muy buen ganado, siempre se llevaba el premio. A mí me gustaban los animales, siempre me han gustado. Mira, ahora tengo estos gatos que me hacen mucha compañía. Era mejor ser pastor que machacar piedra en la carretera, que era el otro trabajo que había entonces.

Además del sueldo, que no era mucho, me daban el suero que sobraba de hacer el queso.

Fui a la escuela de los siete hasta los nueve años, otros no llegaron a ir, no vayas a creerte que entonces iba todo el mundo.

—¿En qué época ha sido usted más feliz?

—¿Feliz? pues no sé, ahora estoy feliz. No tengo dolores, tenemos paz. Tengo para comer... Yo he trabajado de sol a sol desde bien pronto. Antes la vida no era como es ahora. Las cosas valían mucho y si tenías una enfermedad en la familia tenías que pagar tú las medicinas. Se ha pasado mucho. Ahora vivo bien.

—¿Estuvo usted en la guerra?

—Claro, como todos. Me llevaron siendo un crío. Al segundo año de haber empezado nos llamaron a filas. Tenía dieciocho años, un crío que no había salido nunca del pueblo. Nos metieron en un tren desde Cuenca a Aranjuez y desde allí a Almería, a un pueblo que se llama Berja. Allí aprendimos la instrucción y enseguida nos fuimos a las trincheras. Los sublevados estaban en Vélez Málaga y nosotros teníamos que defender toda esa línea para que no pasaran.

En Berja estábamos en un convento de monjas, no teníamos mantas ni nada pero el clima era bueno, por el mar. Allí lo vi por primera vez. Era muy bonito aquello. Ahora dicen que está más bonito aún, que es un sitio de turismo. Me gustaría volver alguna vez a ver como ha cambiado. No sé si podrá ser, pero me gustaría.

—¿Toda la guerra estuvo allí?

—Allí se estabilizó el Frente y nos tuvieron en la trinchera defendiendo la zona para que el enemigo no avanzara. Parece que lo estoy viendo. Enfrente teníamos el pueblo y a un lado el camino

que venía de la Sierra, que llegaba hasta Motril. Por allí había una finca que se llamaba Haces de Lino con muchos alcornoques.

Me acuerdo de todo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Hasta del nombre de los tenientes que nos mandaban, el Coronel Paco Galán y Jiménez Canito.

—¿Ese coronel no sería el hermano de Fermín Galán?

—Sí, el mismo. Era muy nombrado. Ese fue el primero que proclamó la República. Lo fusilaron a él y a otro militar por haberse sublevado en el acuartelamiento de Jaca. Y al poco, ya triunfó en toda España. Era muy bueno. Venían de una familia humilde y habían llegado a lo más alto por sus propios méritos. No sé qué pasaría después de la guerra con él Si no huyó, también lo fusilarían como a su hermano. Él era el que más mandaba y se mantuvo fiel al Gobierno pero entre los que estaban a su mando hubo traidores. Estuve en las trincheras allí por Berja, en Almería, hasta que un día nos metieron en un tren sin saber a donde nos llevaban. Unos decían que íbamos para Levante y otros que para otro Frente, nadie sabíamos nada. Hasta que al llegar a Manzanares nos detuvimos, le dieron la vuelta al tren, giraron la máquina y la colocaron delante del vagón de cola. Nos dieron la vuelta sin apearnos siquiera. Íbamos a marchar en dirección contraria sin que nadie nos informara de nada. Se armó un revuelo porque unos oficiales habían dicho que nos llevaban en dirección a Extremadura. Nos dijeron que íbamos a tomar Cabeza de Buey. Sin embargo, nos dieron la orden de que entregáramos las armas. ¿Cómo íbamos a luchar desarmados? ¡Si ya las habíamos entregado!

Busco en Internet información sobre la guerra civil en aquel lugar de Extremadura y leo lo del famoso Plan P del general Vicente Rojo. Quería hacer una brecha dividiendo en dos la zona ocupada por los sublevados. El Frente estaba allí en Cabeza de Buey, todo lo que me cuenta Leoncio encaja con lo que leo. En el mes de octubre de 1938 surgió el Ejército de Extremadura, que tenía su cuartel general en Almadén, otro dato que añade verosimilitud al complot del que me habla, el organizado por el

director de las minas de ese lugar que estaba conchabado con el coronel del regimiento para traicionar a la República.

En enero de 1939, las tropas de este Ejército de Extremadura, al mando del general Antonio Escobar Huerta, atacaron las posiciones de los sublevados en la zona de Valsequillo-Peñarroya. Tres Cuerpos de Ejército se lanzaron al asalto siguiendo el plan del general Vicente Rojo. Los objetivos eran ambiciosos: envolver las tropas de Franco del II Cuerpo de Ejército en el saliente de Castuera-Cabeza del Buey, provocando el derrumbe del frente para avanzar hacia Llerena o Mérida. La meta inmediata era ayudar indirectamente a las fuerzas republicanas que resistían en Cataluña. El objetivo estratégico era dividir la zona del enemigo en dos.

—Si nuestro batallón hubiera llegado a lo mejor no se hubiera perdido la guerra. Pero nos vendieron, porque fue una venta lo que hicieron con nosotros. El tren pasó por Almadén, Almadenejo, Alamillo... Nos paramos en la estación de Los Pedroches y de allí no pasamos. Nos quedamos por allí entre los chaparrales...

Franco envió refuerzos al general Queipo de Llano para taponar las vías de avance de los republicanos. El número de bajas fue muy grande y la batalla se perdió. ¿Se hubiera ganado de no darse la traición del ejército acuartelado en Almadén?

—Podría ser. Ya te digo que nos quedamos en el apeadero de Los Pedroches. Nos vendieron. Lo que pasó en Manzanares no tiene más explicación que esa. El tren en el que íbamos dio la vuelta. Nos pidieron que dejáramos las armas, aquello era muy raro. El coronel nuestro y el jefe de las minas de Almadén se habían puesto de acuerdo y querían entregarnos a todo el batallón. No lo consiguieron, porque los descubrieron y los fusilaron a los dos, pero a nosotros nos tuvieron retenidos y sin armas, sin poder luchar y sin poder defendernos si nos atacaban. Y menos mal que se descubrió el engaño antes de que nos entregaran a todos. Yo no sé qué hubiera pasado. Seguramente nos habrían matado. Así, al menos salvamos la vida.

Hubo muchas ventas. Por cosas así se perdió la República. A nosotros nos dejaron por allí sin hacer nada, a nuestro aire. Ya no luchamos más. Al poco se acabó la guerra.

—¿El cargo que le dieron fue antes?

—Sí, fue en Baeza. Allí me hicieron cabo. Yo no quería porque no me gusta mandar pero no tuve más remedio y me llevé el primer castigo por no querer ponerme los galones.

—Usted ya pertenecía al sindicato anarquista. A lo mejor era por eso que no le gustaba mandar ni que le mandasen.

—En el pueblo, entonces, todos teníamos que tener carnet de algún sindicato. Unos de la CNT, otros de la UGT. Si queríamos trabajar teníamos que estar afiliados. Sí, yo tenía el de la CNT que la formó aquí Minuto. Pero en seguida me fui a la guerra, al año de empezar, ya te digo, tenía dieciocho años.

Al hacerme cabo tenía que enseñar la instrucción a los que llegaban antes de que se fueran al Frente. Me daba apuro que me llamaran de usted unos hombres mucho mayores que yo, con hijos y todo. Eran de las últimas quintas a las que llamaron. Enseñarles sí, pero darles órdenes no me gustaba. Cuando querían salir yo les tenía que impedir que salieran. Me decían: «Pero mira que eres, no dejarnos salir». No me gustaba pero no tenía más remedio que hacer que obedecieran las órdenes.

—¿Cuándo terminó la guerra dónde estaba usted? ¿Se acuerda?

—Estaba en Cuenca con mi primo Manolo en casa de mi tío Fernando Ortega. Allí estábamos muchos del pueblo, unos ocho o diez. Estaba Pedro el de Amparo, Luis Sevilla, el Batanero, dos hijos de Canana, uno al que llamaban Ramoncillo, todos los que venían del Frente. Después de cenar les dije: «Vamos a dar un paseo por Carretería». Y nos fuimos. Lo extraño fue que estaba la calle vacía. Fíjate que Carretería siempre estaba llena de gente pero ese día no había nadie, todo el mundo estaba en su casa, mirando detrás de las cortinas esperando algo. Ya debían saber lo que pasaba. Nosotros, los del pueblo, llegamos hasta el cine Madrid, donde estaba el reloj, y allí oímos el micrófono que decía: «En el día de hoy vencido y desarmado el Ejército rojo, España queda a disposición del Generalísimo Franco. Arriba España.»

La gente salió y se abrazaban unos a otros. Los de nuestro grupo parecía que estábamos como apartados y nos dijimos: «Vámonos de aquí cuanto antes.» Nos fuimos corriendo hacia la casa de mi tío.

Podía haber habido alguna revuelta, pero el Ejército nuestro dejó bien acordonada la ciudad y todo en orden para que no pasara nada. Se entregaron y dejaron las armas, no hubo ninguna revuelta. Cuando volvíamos dejamos a Pepe del de Laureano que venía con nosotros y allí en la cuesta una patrulla de los de Franco nos dio el alto.

—¿Quién va? Preguntaron.

Y respondimos:

—España.

—¿Qué gente?

—Pues que gente va a ser, gente de España.

Ea, que íbamos a responder. Eran una patrulla de Montalbo. Les dijimos que éramos de Villaescusa y ellos dijeron que conocían al hijo de Cornago que estaba allí de médico. Nos dieron un cigarro y fumamos juntos sin que pasara nada.

Y después de la guerra tuve que hacer la mili. ¡Otros tres años, se dice pronto!

La hice en Cuenca y cuando podía me venía de permiso.

Antes de la guerra había transporte diario de Cuenca al pueblo. Primero un coche con cuatro caballos que llegaba hasta Olivares. De allí se volvía otra vez para acá y otro coche salía desde Olivares a Cuenca. Yo me acuerdo de haber visto los caballos. También recuerdo la primera vez que vino el coche con ruedas. Se llamaban igual: la Diaria. Circulaban todos los días menos el domingo.

Cuando la guerra no, entonces circulaban pocos coches, y menos en día festivo. Cuando quería venirme salía andando a la carretera y si tenía suerte me cogía alguno que viniera para estos pueblos. Y si no pasaba nadie, seguía andando. Una vez tardé catorce horas en llegar, andando todo el camino, pero llegué justo para los toros y corté una oreja. Al terminar me fui a ver a la novia con mi oreja en la mano.

Cuando vine de la mili no había trabajo. Yo me hice con unas mulas y trabajando mucho he podido salir adelante. Otros se tu-

vieron que ir para poder vivir. Uno de Belmonte al que llaman Cascabel que había hecho la mili con nosotros me quería convencer para que me fuera con él de voluntario a la División Azul. Al que se iba, al volver le daban un puesto de guarda o de lo que fuera. Le solucionaban la vida. Pero yo le dije:

—¡Hostias, vienes de una guerra y te vas a otra! Déjate de guerras, que bastante hemos tenido.

A los quince días de irse con la División Azul dijeron que había muerto. Yo hablé con su padre, luego le dieron una colocación en el sindicato en Belmonte. El muchacho tenía estudios. Si hubiera vuelto seguramente le hubieran dado un buen trabajo, pero ya ves, no volvió. Se quedaron muchos en Rusia.

Nunca se sabe quién va a morir. Parece que el que se va al Frente está más expuesto pero mira, nosotros éramos cuatro en la casa. Tres hijos, los tres en el Frente y una chica, la única que tenía mi madre. Le ayudaba con la costura. Mi madre cosía para todo el pueblo de Villaescusa y para el comercio de Belmonte. Pero antes de la guerra le dejó que se fuera a Barcelona con una tía mía que tenía una mieja de hotel. Y allí murió en un bombardeo a la capital.

Ya ves. Los tres chicos volvimos del Frente sanos y salvos y en cambio, la chica, que fue la que se quedó, fue a la que mataron.

A mi hermano el mayor, Pedro, lo hicieron prisionero y lo tuvieron en un campo de concentración por el Norte. Lo pasaba muy mal al principio. Muchos prisioneros morían, pero por allí se encontró a uno de Mota del Cuervo que lo conocía y lo avaló. Pudo sacarlo del campo y se quedó en el ejército con ellos, hizo la guerra de acemilero, llevando la comida en una mula a los soldados de las trincheras.

Mi otro hermano, Lázaro, estuvo con tu tío Pepe en Brunete, con la República. ¡También se tiraron años en las trincheras, por Torreledones y por ahí!

Pasaba mucho eso de que entre los hermanos, uno estuviese en un lado del Frente y otro en el otro lado. Nosotros hablábamos y nos tirábamos tabaco de una trinchera a otra. Hablábamos un rato y luego, cuando venía la orden, cada uno luchaba contra el otro.

POR QUÉ SE PERDIÓ LA GUERRA

Opinión de un comunista del pueblo

Pues mira, yo te diré por qué se perdió la guerra, se perdió porque los de izquierda estaban reñidos entre ellos: los anarquistas con los comunistas, estos con los socialistas, y así todos, no se podían ver unos a otros, aquí en el pueblo como en el resto de España.

Más que las ideas, era el odio y las enemistades lo que movía a la gente.

Fíjate, aquí había uno de la UGT que se enfadó con los que de su sindicato, se salió de él y formó otro: el de la CNT, aquí en Villaescusa. Estaba en casa de Cornago. No te voy a dar nombres, infórmate si quieres saberlos.

Claro que ha habido comunistas en el pueblo, yo puedo enseñarte carnés de antes de la guerra. Aunque no llevan foto, solo los nombres. Excepto uno, el del Minche, que le echó un par de cojones y puso su foto en el carné del Partido. Había sido alcalde durante la República. Fue antes de las primeras elecciones municipales, cuando el gobernador de Cuenca pidió a cada pueblo una representación de los tres estamentos de trabajadores que había: por el de los artesanos fue el herrero, por los intelectuales fue el maestro y por los obreros fue él.

Hay carnés comunistas en el pueblo, de antes y de ahora, la mayoría sin foto.

Los demás tenían mucho miedo y era para tenerlo, no creas, porque la persecución era muy grande. Mira, todavía cuando lo del 23 F se quemaron algunos archivos que tenían los comunistas de la comarca.

La gente tiene que vivir y por eso te parece que no ha habido comunistas en el pueblo, pero sí los ha habido.

Y lo que te decía de la guerra, aquí cuando la expropiación de tierras y la colectivización no lo hicieron bien. Algunos se creían

que era quitar a unos para ponerse ellos. Cogían los corderos y en vez de mandarlos para el Frente donde se estaba pasando hambre, los mataban y se daban una comilona en la Casa Grande. Y al Pollete y a otra pobre gente les daban cuatro huesos, pero lo mejor era para ellos. Eso no es hacer política, sino quítate tú para que me ponga yo.

Y lo mismo en las casas. Se fueron a vivir a las de los ricos y manejaban la llave de la despensa. Las dueñas tenían que pedirles un puñado de lentejas para poder comer.

¿Te parece que está eso bien?

Mientras que aquí se daban la buena vida en el Frente moría la juventud de este pueblo. Ya te dije, en casa de la hermana Fili, dos hijos muertos y dos heridos, y como en esa familia, pasó en otras muchas. Puede que haya más de treinta muertos. Unos en el Frente por disparos del enemigo, otros de accidentes: que se pisa una mina o que se pierde una bala. Los primeros fueron Juan Vicente Millán, el de Carlote, y Pedro Díaz, un hermano de Dionisio. Esos cayeron en la defensa del Hospital Clínico en Madrid.

Ah, y los que están desaparecidos, todavía hay familias que no saben nada de los suyos.

Algunos fueron apareciendo, los que estaban en Francia o por ahí en el extranjero, unos en el exilio y otros en campos de concentración.

En Francia murieron muchos. También murieron en las cárceles de aquí, ahí tienes al hermano de Perfecto que lo fusilaron, un muchacho de veinte años al que le decían Luciano.

Y a muchos otros. ¡Pregunta, pregunta!

Ya te dije que eso de que aquí no había habido muertos no era verdad.

Bueno, sí. No los hubo dentro del pueblo, aquí no se mató a nadie, no como en otros sitios que se los llevaban de sus casas para matarlos, pero ya ves que sí ha habido muertos, en las trincheras y fuera de ellas. Todos por culpa de la guerra.

REPRESIÓN DE LA MASONERÍA

En el pueblo, las generaciones cercanas a la mía, los que nacimos después de la guerra, no habíamos oído hablar de los masones. La mayoría ni siquiera sabía que significaba la palabra, y para otros sonaba a misterio, a personajes lejanos de la historia, nada que tuviera que ver con nuestro entorno.

Sin embargo, ahí lo teníamos a él, el único personaje ilustre que tiene una calle y una lápida de mármol con su nombre colocada encima de la puerta de la casa en que nació. Lo que no sabíamos era su relación con la masonería. Hoy lo sabemos gracias al Centro Documental de la Memoria Histórica, donde está documentado todo el proceso de acusaciones y castigos que sufrió nuestro paisano Luis Astrana Marín.

Su pertenencia a la Logia de la calle Conde de Aranda está documentada en el archivo de Salamanca dentro de la unidad especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo. En la base de datos de «Víctimas de la guerra y de la represión» hay un legajo de cincuenta y cinco folios con el sumario contra nuestro autor, por delito de masonería, en el que se le condena a doce años y un día de prisión menor e inhabilitación perpetua y absoluta.

Antes de poder disponer de dicho documento su pertenencia a la masonería era una mera conjetura de la que no hablan sus biógrafos. El secretismo de esta institución masónica justificaría esta ausencia de pruebas. Lo mismo que la crueldad con que las autoridades del régimen de Franco reprimieron a los masones justificaría el que nuestro autor negase siempre en público su identidad de masón.

Sin embargo, algunas circunstancias de su vida y de su obra quedarían mejor explicadas por su pertenencia a tan noble y filantrópica organización esotérica, por la que han pasado muchos

personajes ilustres a lo largo de la historia: desde los presidentes más emblemáticos de Estados Unidos como George Washington y Roosevelt, a ingleses como Churchill y políticos españoles como el general Espartero o Sagasta. La nómina de masones ilustres ocuparía varias páginas con nombres de reyes, nobles, premios Nobel, poetas, escritores y filósofos. Por tanto es un elogio, en vez de un desmérito, situar a Astrana Marín junto a Voltaire, Goethe, Dickens, Shelley, Espronceda, Rubén Darío, Tolstoi, Tagore, Mozart, Listz, y tantos otros.

La masonería es una organización filantrópica cuyo objetivo es mejorar a la humanidad dentro del pacifismo, la justicia y la prosperidad económica de los pueblos. Solo la paranoia del dictador hizo que la sociedad española pudiera ver peligro en ella.

Ferrer Benemelli, sacerdote experto en la historia de la masonería, dice que fue por revancha y resentimiento por lo que Franco persiguió tan cruelmente a los masones. Aporta pruebas de que, siendo militar en África, el Generalísimo solicitó entrar a formar parte de la logia en la que estaba su hermano Ramón Franco pero que fue rechazado por los otros miembros masones. Para ser masón se requieren una serie de cualidades humanas junto a una garantía de honorabilidad avalada por otros miembros, lo que Franco no tenía, a juicio de quienes debían admitirle. Cualidades que sí debía reunir el de nuestro pueblo cuando su nombre figura en los archivos de la logia Conde de Aranda del año 1934.

La ausencia de galardones académicos, cargos o prebendas oficiales, en la vida de Astrana, inexplicables en alguien de su valía intelectual, quedan explicadas ahora en ese sumario con la sentencia de inhabilitación perpetua y absoluta con la que lo castigan. No importa que deje de asistir a las reuniones (no las había, puesto que todas las logias fueron clausuradas y perseguidas), la inhabilitación para cualquier trabajo en la universidad, la academia o la Administración fue absoluta y de por vida. Más aún, se le prohíbe detentar cualquier cargo de confianza no solo en la Administración del Estado sino también en empresas privadas.

Una de sus obras más conocidas titulada *Haces de flechas*, en mi opinión, podría ser un intento de depurar su pasado masón

o de hacerse perdonar el que su nombre estuviera en la lista de desafectos al régimen.

Este libro consiste en una serie de artículos de crítica social y literaria, previamente publicados en periódicos como ABC e Informaciones.

La prodigalidad de su escritura se explica también por esta condena: no le dejaban otra manera de ganarse la vida. Lo que sorprende es que tuviera tiempo para investigar en asuntos que no le daban dinero. Quizá su interés por Cervantes se deba a que sentía las desgracias del autor de Don Quijote, su pobreza, su falta de reconocimiento en vida y la injusticia de su encarcelamiento, como propios. Sobreponiéndose a tantas desgracias con el quijotismo de su obra, le rindió a su admirado escritor el homenaje más grande.

En el Sumario del Tribunal de la Represión de la Masonería y el Comunismo citado, consta la obligación que tenía de presentarse cada diez días ante un juez y los permisos que solicita para ausentarse de Madrid con el fin de visitar pueblos de La Mancha, en cuyos archivos investiga la biografía que le llevaría varias años de su vida: la monumental biografía de Cervantes que publicó la editorial Rialp en siete tomos.

En esta obra de *Haces y flechas* da muestras de un análisis profundo, siempre muy erudito, y algunas veces hasta divertido gracias a un especial sentido del humor. Rasgo este de la diversión que, desgraciadamente, escasea. Lo que prevalece a lo largo de sus innumerables escritos críticos, es un humor amargo, lleno de acritud, que le dio fama de satírico terrible entre sus contemporáneos, a los que no dudó en clasificar de «Gente, gentecilla y gentuza» en el título de otro de sus libros. Un humor que se caracteriza también por la gran agudeza verbal que enarbola como un punzón contra sus adversarios.

En un prólogo nos dice: «Procuré, pues el mundo estaba en guerra, apartarme de tal frenesí. No hallé asunto para trazar un libro sobre la paz, antes era un mal asunto, cuando tan pocos querían hablar de ella. Por donde, saltando espacio y tiempo, tropecé con un género que no requería asunto sino asuntos; y

escribí un libro no sobre la paz, sino de paz. Así nacieron *Haces de flechas*; y así, a fin de que no hiriesen, volví boca abajo sus puntas, para que pareciesen espigas.»

La lectura de su obra adquiere otra dimensión a partir de ahora que podemos conocer la desmesurada e injusta condena que sufrió. No se puede interpretar de la misma manera. Cuando dice: «Muchos son los vicios de la ingratitud y yo la he recibido de muchos», sus palabras no son un simple lamento sino la amarga denuncia de una víctima impotente ante el poder de los vencedores.

Sin embargo, Astrana no se deja llevar por el victimismo. Tiene que sacar adelante a su familia y se vale de su pasión por la escritura para hacerlo. Al mismo tiempo escribe para los que leen entre líneas, característica muy común de los escritores bajo cualquier dictadura. Veamos como lo hace: dedica el libro a su amigo Tomás Borrás en un prólogo con fecha del 3 de septiembre de 1939. Este prólogo es una confesión en toda regla, una declaración de su pacifismo en pleno año de la victoria. Mayúscula osadía, y mayor aún darle la vuelta a uno de los más excelsos símbolos de los vencedores: el yugo y las flechas. Recordemos que, al comienzo del libro, a las flechas las vuelve boca abajo, cambiando la dirección de la punta, para que se conviertan en espigas. Continúa con la dedicatoria:

«Tomás, estos haces de flechas que te dedico no descansan en campos de guerra, sino que son las atadas gavillas cosecha de la paz. Frutos de paz, que, ojalá, fructifiquen. Y mira, no bien las hiera la luz, otras flechas flotan en el aire silbando sonos guerreros.»

¿Qué alusión velada es esta? ¿A qué se refiere con esas flechas que flotan en el aire silbando sonos guerreros en el momento en que las hiera la luz? No hay duda de que se dirige a quien lee entre líneas, los sonos guerreros del régimen victorioso no acabaron en 1939, año en el que escribe. Hacía sólo unos meses que se había declarado la victoria y el fin de la guerra. Fue el primero de abril y el libro salió el tres de septiembre. Los sonos gloriosos que permanecerían sonando en Europa podrían ser los de la segunda guerra mundial.

Y sigue: «He querido, de propósito, apartar mi pensamiento de las batallas y huir del contagio de la locura que aflige al mundo. No me hubiera sido difícil hallar flechas belicosas en mi carcaj, ponerlas en el arco y esparcirlas en mil direcciones. He preferido tenderlas y atarlas, boca abajo las puntas para que parezcan espigas. Espigas y atadas, como están las espigas en su haz, con su barba blanca y punzante, esperando el carro mortuorio que las lleve a las eras».

El uso de tal metáfora puede no ser inocente. Sabido es que la imagen contamina con su significado al término con el que se compara. Usar el término «carro mortuorio» en vez de galera o carro a secas, es altamente significativo. La metáfora resulta muy atrevida para el momento. La imagen de «carro mortuorio» contamina de su significado de muerte a las «flechas», resultando así que estas flechas, las del yugo de la Falange —la asociación es evidente y debió estar en la mente de todos— están abocadas a ser llevadas en un carro mortuorio, es decir morir y desaparecer.

El significado de muerte se refuerza al añadir a las espigas lo de la barba blanca. «...espigas y atadas, como están las espigas en su haz, con su barba blanca y punzante, esperando el carro mortuorio que las lleve a las eras.

¿Y estas espigas tendré que decirte que son castellanas? Flechas de nuestro viejo trigo de Castilla, Tomás. Mejores fueran de haberse cultivado en tus campos, sazonadas por tu pluma, flecha y espiga a la vez.»

Recordemos que Tomás Borrás era un conocido falangista en la cima de su prestigio dentro del Régimen de Franco gracias a su pasado bélico al lado de los militares sublevados, famoso además por sus novelas que hablan de los crímenes de las «hordas rojas». De ahí que la dedicatoria pueda interpretarse como una búsqueda de protección en el amigo y al mismo tiempo un acto de depuración ante ese Régimen que lo había condenado a doce años de prisión y a inhabilitación perpetua y absoluta. Un acto no exento de ironía, por lo que se dice en el libro y por el hecho de que este libro aparezca catalogado como literatura falangista en ciertas obras de crítica literaria.

LA MADRE DE ASTRANA

Como le ocurriera a las mujeres de la casa de Cervantes, también la madre de Astrana Marín gozaba de mala reputación entre sus vecinos. Forman parte del folklore del pueblo los pequeños hurtos de gallinas y huevos a la tía Basilisa y al tío Moro, un matrimonio ya anciano, que vivían justo enfrente de la familia Astrana. Tan conocidas son estas historias que pueden leerse en un libro sobre la vida y costumbres de la villa editado por la Diputación de Cuenca.

No obstante, aunque tales hechos no puedan documentarse sino en relatos orales, si hay documentación escrita sobre pequeños hurtos similares en las actas del ayuntamiento de Villaescusa y en sumarios judiciales de allá por el año 1907. Se puede leer en las Actas correspondientes a ese año lo siguiente:

«Informe de la procesada por hurto Gregoria Joaquina Juliana Marín Ruiz, conocida por la Juliana. Mala fama de hurtos, aunque no probados al día de hoy.»

En el Sumario 32 de ese mismo año se corrobora que goza de mala fama entre los habitantes de este pueblo debido a su conducta. Se remite un informe de que ha tenido residencia en este pueblo hasta el mes de octubre o noviembre últimos cuando se trasladó a Cuenca con un hijo, que estudia en el seminario, quedándose en esta villa su esposo don Blas Astrana, al que no se le reconocen bienes ni rentas, no ejerce profesión, arte u oficio, destino, industria ni ocupación lícita, ni se le conoce ningún otro medio lícito de subsistencia. En el mismo informe se dice de él que en algunas temporadas suele dedicarse como agente ejecutivo de cobro de contribuciones del impuesto de consumos.

HISTORIA DE LA TÍA BASILISA, EL TÍO MORO Y LA MADRE DE ASTRANA

La tía Basilisa y el tío Moro vivían en una casa pegando a la del que llaman por mote el Notario. La puerta miraba a la fuente del pueblo y las portás del corral, donde tenían los animales, daba a la calle que hoy se llama Luis Astrana Marín porque es dónde vivía nuestro escritor más insigne.

El padre, Blas Astrana, era un militar retirado que había estado en la guerra de África, pero al que no se le conocía actividad remunerada alguna, según un documento del Ayuntamiento. Vamos, un din sin don, como dirían en el pueblo. Tenían a su hijo estudiando fuera y pasaban necesidades. En cambio el tío Moro y la tía Basilisa no tenían hijos, tenían labor en la casa, una yunta de mulas, un corral lleno de gallinas, conejos, cabras para la leche, en fin que no les faltaba de nada.

Una noche de invierno, estaban durmiendo debajo de su buen edredón de lana, tan calentitos, cuando los despertó un ruido en el corral. Oyeron alborotarse las gallinas y se dijeron:

—¡Ya está otra vez ésta. Ya viene a robarnos los huevos! Pues esta vez no se va a salir con la suya.

El tío Moro saltó de la cama, se puso la pelliza por encima, se calzó las zapatillas y se fue a la cuadra a buscar un palo.

—Esta vez no se nos escapa.

La tía Basilisa, en cambio, en vez de saltar de la cama como hacía otras veces, y salir con su marido al acecho de la furtiva al corral, pensó;

—¿Qué necesidad tengo de coger un resfrío con el relente que debe hacer? Este hombre es un exagerao. Nada más que oye un ruido hace que me levante. La última noche me tuvo al acecho hasta que fue de día y luego no había nadie.

Tras estos pensamientos, se dio media vuelta en la cama, se subió la manta hasta la barbilla y se quedó durmiendo.

En el corral, mientras tanto, la madre de Astrana ya había cogido una gallina y para que no cacareara le había retorcido el pes-

cuezo. Se la escondió debajo del mandil y se dirigió a la salida camino de su casa.

Ya estaba cerca de la puerta cuando apareció el tío Moro en el corral. Como era de noche y no se veía no podía distinguirse muy bien quién era quién. La mujer, que era la Juliana, se pegó a las bardas del corral y se quedó quieta. A dos pasos estaba el tío Moro que al ver un bulto con faldas se creyó que era la tía Basilisa que ya se había levantado:

—Basilisa, ¿la has visto? —susurró muy por lo bajo.

—Yo no he visto a nadie por aquí —contestó, también en voz baja, la madre de Astrana, con la gallina bien sujeta.

—Bueno, quédate aquí un poco, yo voy a dar una vuelta.

La Juliana no rechistó ni se movió hasta que el tío Moro se dio la vuelta y se fue.

Después de un rato de ir de aquí para allá por el corral, el hombre entró a la casa. Subió a la alcoba y helado de frío como estaba se metió en la cama. La tía Basilisa, al sentirlo, se despertó y le pregunta:

—¿Qué, no había nadie?

—Por mi lado no ¡y como me has dicho que por el tuyo tampoco has visto nada!

—¡Qué te voy a decir si yo no me he levantado de la cama!

Salieron corriendo los dos al corral y se alborotaron otra vez las gallinas. Pero esta vez era verdad que no había nadie más que ellos. La Juliana había tenido tiempo de quitar la tranca de la portaiilla para salir a la calle, cruzarla corriendo y meterse en su casa tranquilamente con los bolsillos llenos de huevos y la gallina caliente todavía.

EL PLAN MARSHALL LLEGA A VILLAESCUSA

¿Os acordáis de aquel queso amarillo que nos daban en la escuela para merendar? Venía en latas grandes, redondas y amarillas. La maestra lo cortaba en triángulos y nos daba a cada una de las chicas de la escuela un trozo, que algunas guardaban para llevárselo a casa, y que otras, la mayoría, poníamos, allí mismo, sobre el pan y el azúcar que nos habíamos traído en la cartera. ¡Qué rico estaba!

Un día, viendo la película de Berlanga *Bienvenido Mister Marshall*, me acordé del queso, y con el recuerdo vino la asociación de ideas. Ese queso que llamábamos «americano» debía de formar parte de la ayuda norteamericana a la reconstrucción de la Europa de postguerra. Un poco tarde, pero ya se sabe, las cosas a los pueblos siempre llegan con retraso.

A Villaescusa llegó tarde, pero llegó el señor Marshall. Tuvi- mos más suerte que en el Villar del Río de la película. En ese pueblo, todos los vecinos decoraron las calles para recibirlo, se vistieron sus mejores galas y fueron, con el alcalde a la cabeza, a esperarlo a la carretera. ¡Menudo chasco se llevaron todos cuando la caravana de coches pasó de refilón, sin parar siquiera! ¡Menudo desprecio! A nosotros no, a nosotros, en cambio, sin pedírselo, nos mandó aquel queso tan rico y la leche en polvo que estuvimos tomando cada día durante muchos años.

Nos llevábamos a la escuela nuestros vasos de cristal, que les daban en la tienda a nuestras madres por el detergente «TuTú» o por el chocolate, y nuestra cucharilla. En el recreo, nos poníamos en la fila y la Carmen de Dionisio nos echaba aquella leche caliente y con espuma. Para batirla tenía un batidor de aluminio como el que se usa para hacer tortillas. Primero deshacía los grumos en agua fría y luego le iba echando agua caliente y batiéndola

a mano. Todo un arte. A veces, cuando la Carmen no estaba, lo hacíamos las chicas ¡y te llevabas cada grumo a la boca! Pero estaba buena. A mí me gustaba, y a mi amiga Sole, no digamos.

Las había más delicadas, como mi prima Adela que no se la podía beber sin su Cola Cao y su azúcar. Pero la mayoría la tomábamos sola, porque aunque nuestras madres nos dieran el Cola Cao, cuando llegaba la hora del recreo ya no lo habíamos comido a palo seco.

Aquel Cola Cao lo traían los negritos del África Tropical. Eso era lo que oíamos en la radio en los descansos de las novelas de la tarde, antes y después de «Matilde, Perico y Periquín», en Radio Intercontinental. Además, entonces, era la única vitamina que tomábamos. Nuestras madres nos lo daban por aquello de la canción:

*Si lo toma el ciclista se hace el amo de la pista,
Y si lo toma el boxeador, ¡Pum, pum!,
boxea que es un primor.
Es el Cola Cao, desayuno y merienda ideal...*

Después de tomar nuestra leche, con Cola Cao o sin él, cada una se iba a lavar su vaso al arroyo que corría enfrente de las escuelas. El agua bajaba clara y cristalina, lavábamos los vasos y bebíamos de ella. Nadie nos dijo si era potable o no, pero ninguna chica se puso enferma nunca por haber bebido de esa agua.

A veces, también se caía alguna al arroyo y se mojaba los pies. No se lo decía a nadie para que no la castigaran y aguantaba todo el tiempo con ellos mojados, hasta que era la hora de irse a comer a casa.

Detrás del arroyo había una colina, verde en primavera, sobre la que nos arrojábamos a rular desde lo alto. Allí cogíamos flores, sobre todo las que se comían, como la llamada pan de pastor, que era una flor amarilla, o las del cardo, de la que nos comíamos los tallos después de pelarlos, y también las que servían para hacer tinta, a estas las llamábamos Sangre de Cristo porque eran moradas como la sangre. Y bueno, hay más leyendas que expli-

can el nombre, pero nos estamos desviando del tema: que, gracias a los americanos, los chicos y las chicas de Villaescusa pasamos menos hambre y somos un poquito más altos ahora.

Somos más altos y ni siquiera sabíamos quién era el señor que nos daba la leche y el queso. Yo confieso que, hasta que no vi la película, ni siquiera había oído hablar de ese señor Marshall.

Ahora me dicen que el Plan Marshall fue anterior a mi época, que a nosotros, el queso americano y la leche en polvo, nos los dio el presidente Eisenhower a cambio de poner las bases norteamericanas en Torrejón de Ardoz. Qué ingrata he sido, yo que iba cada año a protestar para que se las llevaran y gritaba ante las verjas: «Yanquis largaros, estáis acorralados».

Pero bueno, a nadie le pidieron permiso para hacer el cambio de leche y queso por bases militares. En esa época ni siquiera se podía votar...

Esta obra
se acabó de imprimir
bajo los auspicios de
Charo Fierro y
Antonio J. Huerga, editores.

FINIS CORONAT OPUS

